



Tesis para defender el título de Maestría en Ciencias
Humanas Opción Filosofía Contemporánea

***La emergencia de la perversión.
Sobre la construcción de personas***

Autor: Shubert Silveira de León

Directora: Dra. María Laura Martínez

Fecha: 09/04/2019

Montevideo, 9 de abril de 2019

Por la presente y en calidad de tutora del maestrando Shubert Silveira de León avalo la presentación de su tesis titulada *La emergencia de la perversión. Sobre la construcción de personas*.

Sin otro particular, los saluda.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'María Laura Martínez', with a large, stylized flourish at the end.

Dra. María Laura Martínez

A Gisella

Agradecimientos

Quiero agradecer a las largas y gratísimas charlas que mantuve en todo este tiempo con Rafael Lorieto y Juan Antonio Olano, con quienes discutí directa e indirectamente aspectos relacionados con este trabajo de tesis.

Estoy en deuda con Sylvia Montañez, ella fue mi tutora en mi trabajo final de grado de la Licenciatura en Psicología y luego mi directora académica y de tesis en la Maestría en Psicología Social, la cual abandoné sin culpa cuando ya solo quedaba hacer la correspondiente tesis.

No puedo dejar de reconocer la ayuda de mis amigos psicólogos Santiago Navarro, Marcelo Otón y Martín Fernández Lamadrid quienes siempre estuvieron allí para ayudarme en lo que necesitara.

No hubiese llegado a escribir este trabajo sin Denis Kaidalov, Guillaume Ferré, Piotr Serafin y Zbigniew Wołk. Mientras estudié en Varsovia me hicieron la vida más fácil y me permitieron convencerme que debía abandonar mis pretensiones de escribir un trabajo de filosofía práctica y pasarme a la filosofía de la ciencia.

A Juan Queijo, Karina Silva, Rita González, Matías Osta y Washington Morales, compañeros y amigos del grupo de investigación de CSIC *Ontología, práctica y estilos de pensamiento y acción científicos en la historia y la filosofía de las ciencias*, sin ellos hubiera dejado de lado mis intereses por la filosofía.

En última instancia, agradezco enormemente a la Dra. María Laura Martínez, ella decidió formar y coordinar el grupo antes mencionado. Le debo no sólo la lectura paciente de mi trabajo de tesis, sus observaciones y, en definitiva, haber hecho de este trabajo una tesis factible y realizada. No hubiese terminado esta maestría sin su motivación, apoyo e infinita generosidad.

ÍNDICE

Resumen.....	VIII
Introducción.....	- 1 -
Capítulo 1. Situando a Arnold Davidson	- 9 -
1.1. Epistemología Histórica	- 9 -
1.2. <i>La emergencia de la sexualidad</i> , en clave de Epistemología Histórica	- 15 -
1.2.1. Ian Hacking: estilo de razonamiento científico	- 18 -
1.2.2. Michel Foucault: la sexualidad y su influencia en Davidson.....	- 22 -
Capítulo 2. La emergencia de la perversión	- 27 -
2.1. Estilo de razonamiento anatómico	- 33 -
2.1.1. Hermafroditismo	- 35 -
2.2. Estilo de razonamiento anátomo-cerebral	- 41 -
2.2.1. Degeneración hereditaria.....	- 43 -
2.3. Estilo de razonamiento psiquiátrico.....	- 48 -
2.3.1. El instinto sexual	- 51 -
Capítulo 3. Construir perversos	- 57 -
3.1. Nominalismo dinámico y construcción de personas	- 57 -
3.2. Efecto bucle y nicho ecológico.....	- 62 -
Capítulo 4. Los perversos	- 73 -
4.1. Sadismo.....	- 80 -
4.2. Masoquismo.....	- 85 -
4.3. Fetichismo.....	- 91 -
4.4. Homosexualidad	- 97 -
Capítulo 5. Psicoanálisis	- 105 -
5.1. Pulsión	- 109 -
Conclusión.....	- 115 -
Referencias bibliográficas.....	- 125 -

Resumen:

La Epistemología Histórica constituye actualmente un movimiento en crecimiento dentro de los Estudios de la ciencia y ha adquirido el reconocimiento por parte de los más importantes filósofos de la ciencia en las últimas décadas.

Esta tesis tiene como punto de partida los planteos del filósofo norteamericano Arnold Davidson, quien habiendo trabajado con Michel Foucault es un claro heredero del tipo de estudios que se identifican por su aproximación a las condiciones de emergencia de los conceptos y objetos científicos.

Davidson en su libro *The Emergence of Sexuality: Historical Epistemology and the Formation of Concepts* (2001) realiza un estudio de las condiciones de posibilidad, dadas en el tiempo, del conocimiento y la práctica científica en torno a la sexualidad, con el fin de comprender los mecanismos en virtud de los cuales se produce la experiencia de la normatividad, la identificación de las desviaciones y la puesta en marcha de los correspondientes correctivos retórico-epistémicos.

Davidson señala que la sexualidad emerge en un estilo de razonar psiquiátrico que se articula en el último tercio del siglo XIX y se desplaza desde el estilo de razonar patológico que dominaba el pensamiento médico de la época. La sexualidad surge conjuntamente con una serie de nuevos conceptos, principalmente el de instinto sexual, que se articulan con ella y dan lugar a novedosas clasificaciones que crean nuevas clases de personas, entre ellos, el perverso.

El instinto sexual, para la psiquiatría decimonónica se asentaba en todas partes y en ninguna, era, por tanto, independiente de la estructura misma de los órganos genitales externos, que solo podían ser instrumentos al servicio de dicho instinto.

El presente trabajo ahonda en los planteos de Davidson quien se centró en su obra en el concepto de sexualidad sin profundizar en la perversión. Aquí buscamos reconstruir las condiciones de posibilidad del saber psiquiátrico que permitieron tanto la emergencia del concepto de perversión como la de los sujetos perversos en tanto sufrientes de la desviación de su instinto sexual. Además de señalar, detallar y analizar los fenómenos sociales, científicos y filosóficos que dieron lugar a una nueva clase de persona: el perverso.

Palabras clave:

Epistemología Histórica- Perversión- Sexualidad- Psiquiatría- Arnold Davidson- Emergencia

Abstract:

Historical Epistemology is currently a growing movement within the Science studies and has obtained recognition by the most important philosophers of science in recent decades.

This thesis is based on the approaches of the North American philosopher Arnold Davidson, who having worked with Michel Foucault is a clear heir of the type of studies that are identified by their approach to the emergent conditions of concepts and scientific objects.

Davidson, in his book *The Emergence of Sexuality: Historical Epistemology and the Formation of Concepts* (2001), makes a study of the conditions of possibility of knowledge and scientific practice around sexuality, given in time, in order to understand the mechanisms by virtue of which the experience of the normativity is produced, the identification of the deviations and the start-up of the corresponding rhetorical-epistemic corrections.

Davidson states that sexuality emerges in a style of psychiatric reasoning that is articulated in the last third of the nineteenth century and moves from the style of pathological reasoning that dominated the medical thought of the time. Sexuality comes together with a series of new concepts, mainly sexual instinct, which are articulated to it and give rise to novel classifications that create new classes of people, including the perverse.

The sexual instinct, for nineteenth-century psychiatry, was settled everywhere and nowhere, and was independent of the very structure of the external genital organs, which could only be instruments at the service of that instinct.

The present thesis delves into Davidson's ideas that focused on his work on the concept of sexuality without deepening in perversion. Here we seek to reconstruct the conditions of possibility of psychiatric knowledge that made possible both the emergence of the concept of perversion and that of perverse subjects as suffering from the deviation of their sexual instinct. In the same way, we point out, detail and analyze social, scientific and philosophical phenomena that gave rise to a new class of people: the perverse.

Key words:

Historical Epistemology- Perversion- Sexuality- Psychiatry- Arnold Davidson- Emergency

Introducción

La corriente que actualmente se denomina Epistemología Histórica es un movimiento en crecimiento dentro del campo de los Estudios de la ciencia y ha adquirido reconocimiento por parte de los más importantes filósofos de la ciencia en las últimas décadas.

Actualmente los *Estudios de la Ciencia* constituyen un área de trabajo interdisciplinaria (Historia, Filosofía, Antropología, Sociología de la ciencia, entre otras disciplinas) dentro de la cual ha surgido recientemente, con mucha fuerza, la mencionada Epistemología Histórica. Bajo esta idea se agrupan una serie de trabajos en historia y filosofía de las ciencias que comparten un cierto espíritu común, aunque el mismo es difícil de definir taxativamente.

En este marco, la presente tesis parte de los planteos del filósofo norteamericano Arnold Davidson quien, habiendo trabajado con Michel Foucault en el Collège de France, es un claro heredero del tipo de estudios históricos y filosóficos que se caracterizan por su aproximación a las condiciones de emergencia de los conceptos y objetos científicos.

Davidson en su libro *The Emergence of Sexuality: Historical Epistemology and the Formation of Concepts* (2001) realiza un estudio de las condiciones de posibilidad, dadas en el tiempo, del conocimiento y la práctica científica en relación a la sexualidad, a fin de comprender los mecanismos en virtud de los cuales se produce la experiencia de la normatividad, la identificación de las desviaciones y la puesta en marcha de los correspondientes correctivos retórico-epistémicos.

Este autor apoyándose en los planteos de Michel Foucault e Ian Hacking señala que la sexualidad emerge en un estilo de razonar psiquiátrico que se estructura en el último tercio del siglo XIX y se desplaza desde el estilo de razonar patológico que dominaba el pensamiento médico de la época. La emergencia de la sexualidad aparece conjuntamente con una serie de nuevos conceptos que se articulan con ella, sobre todo novedosas clasificaciones que crean nuevas clases de personas.

Es así que en este momento surge la figura del perverso, una nueva categoría que engloba a homosexuales, sádicos, masoquistas y fetichistas, y cuya matriz común es entendida por la psiquiatría del siglo XIX como una desviación del “instinto sexual”.

Para Davidson una adecuada historia de la emergencia psiquiátrica de la sexualidad no solo debe tener a la vista los cambios en los modos de razonamiento dentro de la medicina, sino que también debe prestar especial atención a las multirelaciones dentro de la ética, la moral y las descripciones de las prácticas sexuales de la época.

Este trabajo pretende reunir los argumentos planteados en la obra de Arnold Davidson sumado al pensamiento de su maestro Michel Foucault cuya obra ha marcado desde hace 50 años el modo de hacer filosofía tanto en Francia como dentro de la tradición filosófica continental.

De la misma forma se acudirá a las ideas trazadas por Ian Hacking, que, a nuestro entender, es quien mejor pensó el vínculo entre la clasificación y lo clasificado, entre el saber científico y el objeto de este saber, entre la persona y cómo esta se piensa a sí misma. Hacking, ha logrado, sin perder el rigor, articular la tradición de pensamiento analítica-anglosajona con la tradición continental y francesa.

En la obra del filósofo canadiense, los conceptos de efecto bucle, nominalismo dinámico, construir personas (*make up people*), ontología histórica, nicho ecológico, entre otros, forman un conjunto de herramientas teóricas que permiten entender fenómenos como las clasificaciones sociales en general y las

psiquiátricas en particular, trascendiendo a su vez la dicotomía entre lo biológico y lo construido.

La presente investigación se centrará en analizar la emergencia de la perversión como categoría y sujeto psiquiátrico, sin perder de vista que este es resultado de un cambio en el modo de razonamiento de la psiquiatría del siglo XIX.

En este sentido, se ahondará en los planteos de Arnold Davidson, centralmente en lo que refiere a la perversión, ya que el autor a lo largo de su obra se enfoca en la emergencia de la sexualidad sin describir exhaustivamente las características particulares de los nuevos tipos de sujetos que se crean a partir del concepto de sexualidad en conjunto con las nociones de instinto sexual y su desviación.

Uno de los propósitos fundamentales aquí radica en visibilizar manifestaciones propias de la sociedad europea del siglo XIX que están estrechamente relacionados con la aparición del diagnóstico de perversión, es decir, fenómenos que funcionan como condición de posibilidad para que dicha enfermedad pueda emerger.

A partir de la entrada de la categoría de perversión en los manuales psiquiátricos cualquier persona es potencialmente perversa. Este trabajo se propone indagar qué nuevas concepciones de sujeto son visibles a partir de dicho momento.

Una labor de este tipo en filosofía genera el desafío de aunar y sumar perspectivas de otras diferentes disciplinas, como la historia y la psicología, sin perder el rigor filosófico. Más específicamente indagar sobre los orígenes de la perversión supone investigar sobre el estatuto de las enfermedades mentales y sobre la constitución de los sujetos a partir de los discursos científicos y mejor jerarquizados de cada época.

De forma más concreta, el estudio sobre la emergencia de la perversión permite vislumbrar desde una perspectiva histórica la evolución de las categorías médico-psiquiátricas y de los sujetos que son entendidos como perversos, ya que muchas

veces —y de forma peligrosa— ambos fenómenos son entendidos como ahistóricos y universales.

De este modo, y continuando esta breve introducción, la presente tesis se organiza en cinco capítulos:

En el capítulo 1, “Situando a Arnold Davidson”, estudio el lugar que el filósofo norteamericano ocupa dentro de la Epistemología Histórica contemporánea. El capítulo tiene el propósito de acercar al lector a esta corriente de pensamiento dentro de la filosofía de la ciencia distinguiendo dos períodos.

En primera instancia encontramos una etapa que se da en Francia y que reúne a filósofos como Gaston Bachelard, Georges Canguilhem, Pierre Hadot y Michel Foucault. Todos ellos coinciden en afirmar que la ciencia no solo se modifica por desplazamientos internos, sino que la determinación histórica y social juega un rol decisivo a la hora de establecer qué conocimiento es el más acabado.

En segundo lugar, hallamos una etapa nueva que surge a principio de la década del noventa y congrega principalmente a pensadores del ámbito germano y norteamericano que estudian tanto los conceptos y objetos epistémicos como las dinámicas de desarrollo científico. Aquí detallo de modo somero las diferentes vertientes que tienen lugar en la Epistemología Histórica actual y sus principales representantes.

En el último apartado expongo cómo el trabajo de Davidson sigue los patrones que caracterizan a la Epistemología Histórica contemporánea, en tanto su foco de análisis radica en cómo emergen y se validan enunciados científicos en torno a la sexualidad, la normalidad y la perversión.

Para este fin recurrimos a dos de las influencias más importantes en el pensamiento del norteamericano. En primer término, Ian Hacking, de quien retoma el concepto de *estilo de razonamiento científico* y lo ajusta a sus intereses. En una segunda parte, veremos cómo el proyecto de Davidson es en gran medida

una continuación del camino que Michel Foucault emprendiera en la década del setenta al analizar la historia de la sexualidad.

En el capítulo 2, “La emergencia de la perversión”, trabajo, a partir de los planteos de Arnold Davidson, los tres estilos de razonamientos en base a los cuales se pensó el comportamiento sexual a lo largo del siglo XIX. De tal forma se desarrollan el estilo de razonamiento anatómico, anátomo-cerebral y psiquiátrico.

Para el estilo anatómico trazo una continuidad con un modo de saber médico, profundamente físico y basado en la inspección de los órganos. Dicho estilo de razonamiento tiene sus comienzos en el Medioevo y logra su esplendor a fines del siglo XVIII y en la primera parte del siglo XIX. A fin de ejemplificarlo desarrollo el caso del hermafroditismo de Herculine Barbin que en 1985 analizó Michel Foucault, el cual funciona como paradigma sobre cómo se pensó el comportamiento sexual en base a los órganos genitales externos.

En cuanto al estilo de razonamiento anátomo-cerebral, estudio el cambio de foco de análisis que surgió a mediados del siglo XIX, donde los médicos plantearon que la enfermedad sexual ya no se alojaba en los genitales sino en el cerebro. Para ilustrarlo recurro a la teoría de la degeneración hereditaria cuyo postulado principal rezaba que la locura y los comportamientos sexuales inmorales tenían una causa hereditaria y que esta marca se hacía visible en el cerebro de los sujetos.

Por último, abordo el estilo de razonamiento psiquiátrico, el cual se desliga de los condicionamientos anatómicos en tanto postula la existencia de un instinto sexual que es propio de todo ser dotado con vida. Esta noción permite diferenciar sexo de sexualidad, y a su vez, a esta última entre sana y enferma. Es así que en aquellos casos donde el instinto sexual se encuentra desviado deviene la perversión.

En definitiva, el capítulo pretende revelar cómo las interpretaciones en torno a los comportamientos sexuales fueron dinámicas y no lograron un consenso dentro de la comunidad médico-psiquiátrica hasta la publicación de *Psychopathia sexualis* en 1886 por parte del médico germano Richard von Krafft-Ebing. Es a partir de

dicha obra que la perversión puede ser definida como una enfermedad funcional del instinto sexual.

Asimismo, es este el capítulo que establece la base teórica sobre la cual se profundizan aspectos sobre el problema de la perversión que Davidson no trató sino de un modo muy tangencial.

En el capítulo 3, “Construir perversos”, recorro a los conceptos filosóficos de Ian Hacking a fin de echar luz sobre el fenómeno de las clasificaciones. Así hago uso de las nociones de nominalismo dinámico y de construcción de personas para pensar el proceso histórico de la constitución del sujeto perverso en tanto tal. Establezco pues, que las categorías psiquiátricas emergen en simultáneo con los comportamientos de los sujetos que buscan etiquetar. De este modo defiendo que no existe una realidad neutra que es luego reflejada por los expertos, sino que las personas se construyen y constituyen de acuerdo a las formas de clasificación de su época, y a su vez pueden reaccionar a estas.

La construcción de personas posibilita que una nueva clasificación científica pueda hacer que emerja una novedosa clase de persona, experimentada y concebida como una forma de ser persona. En otras palabras, una vez que la perversión se erige como enfermedad funcional clasificada, un sujeto es capaz de reconocerse a sí mismo dentro de dicha clasificación y de pensarse a sí mismo como perverso.

En una segunda instancia echo mano a las ideas de efecto bucle y nicho ecológico con el objetivo de comprender cómo se da un doble movimiento, entre la comunidad de expertos que clasifican a la perversión y los sujetos que conforman estos cuadros psiquiátricos, quienes a su vez cambian y obligan a nuevas categorizaciones. Por otro lado, la idea de nicho ecológico recoge las condiciones de posibilidad para que un diagnóstico médico-psiquiátrico pueda darse en un tiempo y en un lugar determinado. Así ilustro cómo la perversión estuvo en una

profunda relación con la realidad europea decimonónica que la propuso para pensar a una serie heterogénea de individuos.

En el capítulo 4, “Los perversos”, me aboco, a partir de las conceptualizaciones de Hacking y Foucault, a profundizar los planteos de Davidson en torno a la perversión. De esta guisa recorro a los psiquiatras más ilustres del último cuarto del siglo XIX cuyas ideas supusieron un cambio en la forma de entender los comportamientos sexuales, pero, sobre todo, las que pasarían a ser entendidas como conductas perversas.

Sobre esto último realizo importantes distinciones entre el uso del vocablo “perversión” a nivel moral y el uso de la misma palabra a nivel médico. Es por ello que en esta sección la figura de Krafft-Ebing y sus ideas son desarrolladas de forma detenida.

Seguidamente estudio detalladamente las cuatro perversiones clasificadas por Krafft-Ebing, a saber, sadismo, masoquismo, fetichismo y homosexualidad. Cada una es analizada y visibilizada tanto en sus generalidades como en sus particularidades.

En cada uno de los apartados donde examino las perversiones brindo datos históricos que ligan la clasificación con el modo de sentir, pensar y actuar de la sociedad europea que construye al sujeto perverso. De la misma forma, me detengo en las diferentes propuestas de nomenclatura que fueron expresadas para englobar un tipo de comportamiento específico, así como en las discusiones que los diferentes nombres provocaron entre los psiquiatras europeos de mayor renombre.

En el capítulo 5, “Psicoanálisis”, recojo la herencia que Sigmund Freud toma en *Tres ensayos de teoría sexual* de la psiquiatría del último tramo del siglo XIX. Es decir, propongo una vinculación directa entre el estilo de razonamiento psiquiátrico y el psicoanálisis.

De este modo postulo que la ciencia del inconciente expuesta por Freud en su teoría sexual funge como culminación del proyecto psiquiátrico decimonónico, y que en gran medida el psicoanálisis es un fruto directo de la *scientia sexualis* que tuvo como figuras emblemáticas a Krafft-Ebing, Moll, Ellis, Bloch, Hirschfeld, entre otros. Esto se hace claramente visible en la medida en que Freud retoma conceptos cuyos orígenes están en las obras de los mencionados médicos.

Este capítulo concluye con una serie de precisiones sobre el concepto freudiano de pulsión en contraposición a la idea de instinto propuesta dos décadas antes por Krafft-Ebing, aunque destaco que el segundo concepto fue condición de posibilidad para el primero.

Frente a la tradicional visión rupturista que se tiene del trabajo freudiano contrapongo la idea de continuidad. Sin quitar méritos al psicoanalista vienés, sostengo que su originalidad radica en la reorganización de conceptos ya existentes antes que en la creación de dichas ideas.

Con este último capítulo realizo una proyección de lo que supuso el surgimiento del estilo de razonamiento psiquiátrico y más en profundidad la emergencia de la perversión, ya que Freud piensa la sexualidad desde la anomalía y comienza su libro central acerca de la sexualidad humana tratando el tema de la inversión sexual. En definitiva, continúa un tipo específico de metodología psiquiátrica que consiste en inferir la normalidad a partir de la anormalidad.

En las conclusiones finales retomo las ideas trabajadas en los capítulos anteriores, con el fin de articular los objetivos planteados en esta introducción. De tal modo, se pondrán de manifiesto los resultados del cumplimiento de los objetivos explicitados en esta sección.

Capítulo 1. Situando a Arnold Davidson

1.1. Epistemología Histórica

En la actualidad podemos reconocer que cada vez más autores e instituciones dicen identificarse con la corriente denominada Epistemología Histórica. Aunque no por esto resulta sencillo establecer qué es y qué hace la Epistemología Histórica, antes bien, determinar su objeto de estudio no es tarea sencilla.

La primera dificultad se presenta al amalgamar las contribuciones teóricas que se despliegan bajo este gran paraguas llamado “Epistemología Histórica”. Así, no es casualidad que una de las críticas a este movimiento radique en su indefinición, tanto sobre su objeto de estudio como en la indeterminación de su contenido.

De cualquier modo, hay que reconocer que esta propuesta ha realizado significativos aportes historiográficos además de desarrollar una gran capacidad descriptiva y explicativa, sin dejar de mencionar su virtud de sintetizar diferentes tradiciones filosóficas.

Para acercarnos a su conceptualización y a la perspectiva que Davidson toma debemos hacer un somero recorrido de los antecedentes y fundamentos filosóficos que le dieron origen.

Frente a la tradicional tendencia en epistemología y filosofía de la ciencia que “not only analyze its subject matter –from concepts of knowledge, belief, justification, observation and so on up to scientific theories and methods- [...] but also to assume that the results of such analyses possess some kind of universal validity” (Feest & Sturm, 2011: 285-286), se sitúan críticamente una serie

importante de movimientos académicos que cuestionan la idea de concebir la producción y práctica de conocimientos sin tomar en consideración algunos aspectos referidos al contexto en el cual ellas se suceden.

Dentro de tales corrientes críticas se ubica la Epistemología Histórica, una aproximación que reclama una metodología y estrategia de abordaje que, por un lado, ha encontrado nichos de desarrollo en varios espacios académicos de relevancia; mientras que, por el otro, ha sufrido importantes objeciones de muchos filósofos de la ciencia. Como su nombre lo indica, esta perspectiva otorga una relevancia fundamental en la tarea de la epistemología y filosofía de la ciencia al reconocimiento de la situación histórica que posibilita las condiciones de surgimiento y producción del conocimiento y de los objetos científicos. En tal sentido, bajo esa denominación se han ido desarrollando y agrupando (voluntaria e involuntariamente) una serie de trabajos y perspectivas.

La expresión Epistemología Histórica (*Epistémologie Historique*) es una expresión francesa que se identifica con la tradición epistemológica de pensamiento galo, en la cual las reflexiones sobre la ciencia incluyen como aspecto esencial el análisis histórico. Desde su origen y aplicación, la Epistemología Histórica se distingue tajantemente del análisis propio del positivismo lógico cuyo carácter es a-histórico. Esta expresión comenzó a ser usada en los ámbitos franceses, pero hoy interesa no sólo en este espacio, ya que se ha extendido y ha atraído la atención en otras tradiciones epistemológicas.

Según Braunstein (2012) y Méthot (2012) en el desarrollo de la Epistemología Histórica pueden distinguirse dos etapas: la etapa “vieja”, en suelo francés, y la etapa “nueva” o contemporánea, especialmente en el ámbito germano y anglo-americano. Entre ambas fases se han señalado continuidades y rupturas.

En medio de la tradición francesa se reconoce a Gaston Bachelard como el antecedente más significativo en los inicios de la mencionada propuesta y es a partir de él que una importante serie de filósofos franceses siguen esta metodología, la cual emprende un estudio crítico de los principios, hipótesis y

resultados de diversas ciencias a fin de comprender su lógica. Para Bachelard la ciencia no tiene un objetivo más allá de su actividad específica, es por ello que en la práctica produce sus propias normas y sus propios criterios de existencia. En otras palabras, Bachelard no hace una historia de la epistemología, sino que plantea que la epistemología es histórica (Hacking, 1999).

Es Dominique Lecourt quien caracteriza y da un panorama de tradición a este tipo de filosofía de la ciencia en el libro *L'Epistémologie historique de Gaston Bachelard*, publicado en 1969. Dicho de otro modo, Lecourt ve a Bachelard y su trabajo en una perspectiva mayor, resaltando las conexiones con las obras de Canguilhem, Hadot y Foucault.

La obra de Dominique Lecourt se vuelve crucial para la indagación sobre estos vínculos. Su estudio sobre el filósofo francés contribuyó a difundir fuera de Francia la filosofía de Bachelard en particular y la epistemología francesa en general (Lecourt, 1969; Gingras, 2010).

Del mismo modo, la línea planteada por Lecourt es retomada el mismo año por Michel Foucault quien refiere en su obra *La arqueología del saber* a Bachelard y Canguilhem¹ como los autores que dieron con los modelos de esta nueva forma de pensar la historia, a la que hoy llamamos Epistemología Histórica, la cual no necesita situarse en el mismo interior de la ciencia y volver a colocar todos sus episodios en el edificio en el que la ciencia misma se construye. Antes bien, se trata de saber cómo un concepto —cargado todavía de metáforas o de contenidos imaginarios—, se purifica y toma estatuto y función de concepto científico. Así pues, Foucault establece que esta forma de analizar el campo científico requiere, en sus propias palabras:

[d]e saber cómo una región de experiencia, localizada ya, articulada ya parcialmente, pero cruzada todavía por utilidades prácticas inmediatas

¹ Así como de Bachelard y Canguilhem, Foucault siempre se sintió deudor de los trabajos de Georges Dumézil, Jean Hyppolite y Pierre Hadot. A ellos le rindió un explícito homenaje en su lectura inaugural en el Collège de France el 2 de diciembre de 1970.

o valorizaciones efectivas, ha podido constituirse en un dominio científico; de saber, de una manera más general, cómo una ciencia se ha establecido por encima y contra un nivel precientífico que a la vez la preparaba y la resistía de antemano, cómo ha podido franquear los obstáculos y las limitaciones (Foucault, 1991b: 320-321).

Desde la tradición francesa el conocimiento en su sentido más acabado, no es únicamente el desplazamiento interno y sucesivo dentro de la ciencia; es, también, atravesar un campo de determinación histórica que debe dar cuenta de los discursos en su apariencia, su persistencia, su transformación y en sus ensayos. Discursos de los cuales algunos conocimientos todavía se reconocen como científicos, otros han perdido este status, algunos nunca lo han adquirido y otros ni siquiera han pretendido obtenerlo (Foucault, 2013).

Si como se ha esbozado a grosso modo, la propuesta de la Epistemología Histórica involucra el compromiso por comprender y analizar la producción científica —sus objetos, herramientas y discursos— a partir de las condiciones históricas que hacen posible su emergencia, es claro que se pueden reconocer antecedentes en mayor o en menor medida directos de esta forma de entender el trabajo epistemológico.

El inicio de la nueva etapa de la Epistemología Histórica suele señalarse en 1993 en una Conferencia internacional dedicada a ese tema, organizada por Ian Hacking y Lorraine Daston en la Universidad de Toronto, a la que siguieron otras conferencias en otros países. En esta nueva fase se destacan los estudios realizados fundamentalmente en Alemania en el seno del Instituto Max Planck para la Historia de las Ciencias (MPIWG), enmarcados en tres abordajes según Uljana Feest y Thomas Sturm (2011):

1- Historia de conceptos epistémicos de alto nivel: probabilidad, objetividad, observación, etc. (ejemplos de este abordaje son los trabajos de Daston, Galison y Hacking).

2- Historia de objetos epistémicos: trayectos históricos de objetos particulares como el ADN, el flogisto, o la sexualidad (muestras de este tipo de estudios los encontramos en Rheinberger y Davidson).

3- Dinámicas de desarrollos científicos a nivel de la larga duración: por ejemplo, las transformaciones de los sistemas de conocimiento físico (los trabajos de Renn son los más representativos en este aspecto).

También cabe señalar en esta etapa contemporánea el espacio de formación, investigación e intercambio desarrollado en la Universidad Paris I, Panthéon-Sorbonne, con el objetivo de promover investigaciones acerca de la historia de la Epistemología Histórica, debates metodológicos en filosofía e historia de las ciencias en relación con prácticas en diversos dominios disciplinares y la reflexión acerca del sentido crítico del análisis propio de la corriente (Becerra, 2016).

Como se aprecia, tras su origen francés, la Epistemología Histórica tiene su segundo surgimiento en el ámbito americano y germano, pero ha llegado al italiano y retornado al francés. Instituciones importantes se pueden identificar hoy con esta corriente, destacándose, como ya se mencionó, el Instituto Max Planck de Berlín, pero también la Universidad de Chicago, el Collège de France y la Universidad de Toronto entre otros.

Ampliamente reconocidos como parte de este movimiento contemporáneo parecen ser títulos como *The Emergence of Probability* (Hacking, 1975), *Toward a History of Epistemic Things: Synthesizing Proteins in the Test Tube* (Rheinberger, 1997), *Objectivity* (Daston & Galison, 2007), *The Globalization of Knowledge in History* (Renn, 2012), y por supuesto la obra aquí central *The Emergence of Sexuality: Historical Epistemology and the Formation of Concepts* (Davidson, 2001). Textos representativos del tono general en el cual se enmarca este movimiento, que, al decir de Sturm y Feest, “historical epistemology is nowadays usually defended by historians of science rather than by philosophers” (Feest & Sturm, 2011: 286).

En forma sintética y muy general, se puede afirmar que la Epistemología Histórica se ocupa tanto de la genealogía de objetos científicos, como de categorías y valores epistémicos como pueden ser en rasgos generales la objetividad o la evidencia, y en rasgos más particulares y diversos, la personalidad múltiple, la perversión o las partículas citoplasmáticas.

Como señala Lorraine Daston (1994) la Epistemología Histórica puede ser comparada con la historia de las ideas, pero plantea un tipo diferente de pregunta, ya que no se trata de la historia de este o aquel uso particular de, por ejemplo, los infinitesimales en la demostración matemática de los siglos XVI y XVII, sino la historia de las formas cambiantes y estándares de demostración matemática durante el período; no se trata de la historia del establecimiento de tal o cual hecho empírico en, pongamos por caso, la fisiología de mediados del siglo XIX, sino más bien la historia de las formas competitivas de facticidad —estadística, experimental, etc.— en los institutos y laboratorios fisiológicos alrededor de 1870. En este sentido, el libro que la mencionada autora publicó junto a Peter Galison, *Objectivity* (2007), da muestra de este tipo de análisis teórico, ya que analiza los múltiples significados y sentidos del término *objetividad*, así como sus manifestaciones.

Por lo tanto, la Epistemología Histórica no busca evaluar la validez de teorías, afirmaciones, creencias, prácticas o conceptos, sino que está preocupada por revelar cómo fueron posibles ciertos regímenes normativos. Nociones como objetividad, realidad, probabilidad, han tenido y continúan teniendo un papel normativo, el cual, precisamente, trata de explicar la Epistemología Histórica. En lugar de tomar una postura normativa, este movimiento se ocupa de explorar qué fundamenta a cualquier postura normativista dentro de un período histórico determinado.

Así pues, ya sea en términos de objetos científicos fluctuantes, de historia conceptual o incluso de estilos de razonamiento, la Epistemología Histórica aspira a dar cuenta de la génesis de la experiencia científica (Fragio, 2007).

La dinámica de categorías científicas encuentra sus mecanismos de transformación y transferencia en la actividad científica, que permanece en todos los casos institucionalmente y gnoseológicamente localizada. De esta manera la Epistemología Histórica es claramente antiformalista y sustituye la coherencia lógica por el interaccionismo, declarándose, por tanto, partidaria de una epistemología descriptiva anti-prescripcionista, enfrentada a cualquier pretensión de promover modelos de conocimiento universalmente válidos (Fragio, 2007).

Los aportes que ha realizado la Epistemología Histórica no sólo son de gran relevancia en el mundo académico actual, sino que son cardinales para entender a la historia y a la filosofía de la ciencia de hoy y por ello esta corriente está en la base de nuestra investigación.

Asimismo, la aplicación de la Epistemología Histórica implica investigar uno de los tópicos más actuales e interesantes del campo de la historia y la filosofía de la ciencia, entendiéndola como una herramienta actual y de amplio potencial interpretativo y explicativo.

1.2. *La emergencia de la sexualidad, en clave de Epistemología Histórica*

La obra central de Arnold Davidson lleva por subtítulo “Epistemología Histórica y formación de conceptos”, con ello el autor nos ofrece la clave de lectura del texto. El libro está integrado por una serie de estudios y conferencias que ponen en práctica la perspectiva de la Epistemología Histórica y sus procedimientos respecto a nuestra experiencia de la sexualidad (Capurro, 2007).

En dicha obra se reúnen ocho ensayos dedicados a la evolución de las condiciones de validación de los enunciados científicos y a la formación de categorías científicas ligadas a la sexualidad, la perversión y la monstruosidad. En cada uno de los ensayos-capítulos Davidson busca comprender los mecanismos por los

cuales se genera una concepción de normalidad que se contrapone a un sinnúmero de desviaciones y pone en marcha todo un arsenal teórico y práctico de correctivos retórico-epistémicos.

De esta guisa, la obra de Davidson se centra en la historia del razonamiento científico como el lugar en el que se genera la posibilidad de las explicaciones y la emergencia de nuevas y diferenciadas estructuras de conocimiento. De esta manera adquiere protagonismo la génesis de evidencias o pruebas: en ellas se puede investigar las condiciones de validación del conocimiento.

En resumen, la cuestión fundamental, desde esta perspectiva, consiste en dilucidar cómo un cierto enunciado, en primer lugar, se vuelve capaz de ser pensado y expresado en palabras y, en segundo lugar, cómo se vuelve susceptible de adquirir un valor de verdad, frente a otros enunciados que son sistemáticamente descartados y reconocidos por su inadecuación (Fragio, 2007).

En la psiquiatría la perversión y la histeria son los ejemplos *princeps* que le permiten destacar el momento de la apropiación por parte de la medicina de territorios hasta entonces vecinos, es decir no medicalizados. La historia de la psiquiatría en el siglo XIX se plantea para Davidson como el nacimiento de una práctica discursiva, un nuevo estilo de razonamiento. En otros términos, como la emergencia de un conjunto de conceptos ligados por reglas en torno a un nuevo objeto para ese discurso, un objeto llamado sexualidad (Capurro, 2007).

A Davidson le interesa estudiar el proceso de conversión de las nosologías clínicas que están indisolublemente trabadas con la anatomía patológica en “enfermedades funcionales”, cuyos ejemplos más notables son la mencionada perversión sexual y la histeria. En esta transformación se reflejaría un cambio en los procedimientos de obtención de evidencias propios de la práctica clínica que, paulatinamente, abandonarían el modo de entender las patologías como arraigadas en lo anatómico y por consiguiente cerrarían los cuerpos dando lugar a trastornos que son explicados desde lo psíquico y no a partir de lo físico (Fragio, 2007).

Por lo arriba mencionado, Arnold Davidson entiende que su metodología es propia de la Epistemología Histórica y que su investigación en torno a la emergencia de la sexualidad se enmarca en esta corriente. El principal foco de interés está en las condiciones de posibilidad bajo las cuales los enunciados científicos logran ser postulados y capaces de ser aceptados o rechazados.

Desde esta perspectiva, se diseña una Epistemología Histórica entendida como historia de la ciencia, pero que a su vez se hace cargo de la genealogía de la experiencia científica e incorpora las pertinentes modificaciones historiográficas. Davidson hace converger esta doble tensión (epistemológica e historiográfica) en la historia de la perversión (Fragio, 2012).

Tanto a Davidson como a su maestro y mentor Foucault no les interesa el mero hecho de que en determinado punto del siglo XIX emergió la sexualidad dentro del campo científico, sino también las condiciones de posibilidad para la emergencia del discurso de la sexualidad como tal. Asimismo, ambos autores analizan la experiencia de la sexualidad, cómo los sujetos la experimentan, cómo son determinadas por ella y cómo su identidad se construye en relación a ella (Davidson, 2004; Foucault, 2002a; 2002b; 2002c).

El siglo XIX bajo el manto de un lenguaje científico y depurado, recubre al sexo con un discurso que no deja ni oscuridad ni respiro, que lo abarca todo. El imperativo es tajante, no se trata sólo de confesar los actos contrarios a la ley, sino de intentar convertir el deseo en discurso. A este respecto, no se sufre una censura ante el sexo, antes bien, se constituye un dispositivo que produce discursos sobre el sexo, discursos susceptibles de funcionar y de surtir efectos en la economía misma (Foucault, 2002a).

A estos efectos es que Davidson entiende pertinente la utilización de la Epistemología Histórica, ya que lo que llamamos sexualidad está vinculado a estructuras de conocimiento y específicamente a un nuevo estilo de razonamiento y conceptos que son posibles gracias a él. El problema central para Davidson pasa por una investigación histórica detallada sobre las condiciones de posibilidad,

históricamente dadas, del conocimiento científico a fin de entender las condiciones de emergencia de dicho conocimiento como tal.

A partir del último tramo del siglo XIX y dentro del discurso de la sexualidad, todos somos potencialmente perversos. Uno de los objetivos centrales del trabajo de Davidson es analizar cómo ha sido esto posible. Con este punto como norte reconstruye las condiciones de posibilidad que condujeron a la emergencia de la sexualidad y de la perversión como trastorno de esta última.

Para dicha reconstrucción Davidson utiliza el estilo de razonamiento de Hacking, así como los planteos acerca de la sexualidad que Michel Foucault desarrolló a lo largo de su obra. Es en la conjunción de estas dos perspectivas que el norteamericano emprende su análisis crítico en torno al problema de la sexualidad.

1.2.1. Ian Hacking: estilo de razonamiento científico

Davidson encuentra en la Epistemología Histórica francesa una de sus principales fuentes de orientación. Sin embargo, también se sirve de la historiografía de Carlo Ginzburg, quien, a su vez y desde la historia, se ocupa del problema de las “condiciones de validez” acerca de la verdad o falsedad de los enunciados dentro de un discurso científico específico. Sumado a la tradición francesa, Davidson se concentra en el problema de las “condiciones de posibilidad” en torno a cómo un enunciado puede pasar a convertirse en un candidato a ser calificado como verdadero o falso dentro de un discurso científico (Davidson, 2004).

De la misma forma en que se sirve de los planteos de Ginzburg, Davidson parte de una serie de nociones que toma de Ian Hacking, herramientas que son apropiadas y modificadas en la obra del estadounidense: tal es el caso de los estilos de razonamiento.

A lo largo de su extensa obra, Hacking nos presenta el estilo de razonamiento como una nueva herramienta analítica que puede ser usada tanto por historiadores como por filósofos para diferentes propósitos (Hacking, 1992b). Como el mismo Hacking lo expresa en *Language, Truth and Reason* (1982), toma la palabra estilo del libro de Alistair Crombie titulado *Styles of Scientific Thinking in the European Tradition* (1994). Si bien Hacking se inspira en la lista de estilos de pensamiento de Crombie, la modifica y la amplía.

De este modo, para Hacking, el estilo de razonamiento es la posesión de una unidad social perdurable, impersonal, que a su vez es la totalidad de la preparación intelectual o disponibilidad de un camino particular para ver y actuar y no otro. Pero, a diferencia del concepto de paradigma en Kuhn, el estilo de razonamiento no determina un contenido o una ciencia específica, sino que es común a varias ciencias. Además, aunque pueden desarrollarse o abandonarse, son inmunes a cualquier tipo de refutación: ellos son estables, permanentes y acumulativos (Martínez, 2002).

En la concepción de Hacking los estilos de razonamiento son evolutivos, bien uno puede estar con nosotros eternamente, o bien otro puede caer en el desuso, al tiempo que otros cambian. Nuevos estilos se desarrollan continuamente y con ello aprendemos nuevos modos de razonar acerca de la naturaleza (Martínez, 2002; 2005).

En este sentido Hacking entiende que el debate entre realismo y anti-realismo en términos generales no tiene sentido. Dicho debate debe darse en el marco de un estilo de razonamiento científico específico. El estilo de razonamiento científico propone determinadas ontologías pues, según el autor entiende, no hay objeto que exista independiente de algún estilo de razonamiento científico, como en esta misma dirección ya advertía Hilary Putnam (1988), caemos en un error al suponer que "realidad" debe referirse a una sola supercosa, pues bien, sabido está que negociamos y estamos obligados a renegociar nuestra noción de realidad a medida que se desarrolla nuestro lenguaje y nuestra vida.

Un estilo de razonamiento introduce novedades, nuevos tipos de objetos, leyes, etc., crea toda una maquinaria que posibilita el pensamiento. Cada estilo persiste, en su manera peculiar e individual, ya que tiene y aprovecha sus propias técnicas de auto-estabilización (Hacking, 1992a; 1995a).

Los estilos de razonamiento de Hacking, son parte de lo que tenemos que entender como objetividad. Esto no es porque los estilos son objetivos (es decir, que han encontrado las mejores maneras imparciales de llegar a la verdad), sino porque han establecido lo que es ser objetivo (verdades de ciertos tipos que obtenemos mediante la realización de determinados tipos de investigaciones y respondiendo a ciertas normas). Los estilos crean criterios de objetividad para llegar a la verdad. Un enunciado es candidato a ser verdadero o falso sólo en el contexto del estilo mismo. Así los estilos contienen su propia auto-autenticación.

Por otro lado, si bien Arnold Davidson utiliza la expresión estilo de razonamiento (*style of reasoning*) lo hace con sensibles diferencias al modo hackiniano. Así en Davidson un estilo de razonamiento consiste centralmente en las condiciones que posibilitan diversas clases de enunciados y a su vez que estos enunciados puedan ser considerados verdaderos o falsos.

Tanto Hacking como Davidson coinciden en la pluralidad, no hay un solo estilo sino diversos estilos de razonar que están históricamente configurados. El estilo de razonamiento marca un juego de verdad y opera con conceptos, percepciones y prácticas científicas. El estilo de razonamiento habilita que un enunciado pueda ser candidato a ser juzgado bajo los criterios de verdad y falsedad.

Para ambos autores los conceptos se estabilizan dentro de un espacio conceptual, dentro de un estilo de razonamiento que especifica las reglas de utilización de los conceptos. No obstante, el uso que de los estilos de razonamiento hace Davidson es más laxo que el que hace Hacking. Mientras que para este un estilo puede ser eterno o perdurar siglos, para aquel un estilo de razonamiento se configura y

reconfigura constantemente en la medida en que cambia el orden de los conceptos científicos.²

En Davidson el espacio conceptual de la psiquiatría se inscribe en un estilo de razonamiento propio, siendo este un conjunto de conceptos y prácticas que se ajustan entre sí y con aquellos fenómenos que busca describir y conceptualizar dentro de las condiciones de enunciación del tiempo histórico en que se despliega el estilo mismo (Reguillo, 2017).

Así Davidson puede hablar de tres estilos de razonamientos diferentes dentro de la psiquiatría europea del siglo XIX, algo que Hacking jamás haría, ya que para el canadiense los estilos se inscriben en una historia de larga duración y a este respecto habla del estilo de razonamiento taxonómico, que engloba tanto a la medicina como a la biología (Hacking, 2009). En esta tesis la expresión estilo de razonamiento será utilizada a la manera de Davidson, en caso contrario se harán las aclaraciones que correspondan.

A estas influencias en el trabajo de Davidson, a saber, Ginzburg, Hacking y los autores de la Epistemología Histórica es menester sumar a su maestro Michel Foucault, quien merece un apartado particular en este capítulo.

² Del mismo modo, la mayor laxidad del uso de los estilos de razonamiento que hace Davidson le permite compararlos en el terreno de la crítica del arte con las corrientes artísticas. Así utiliza los planteos de Heinrich Wölfflin, en cuyo trabajo *Conceptos fundamentales para la historia del arte*, publicado en 1915, propone leer a la historia del arte como la historia de los estilos y las escuelas artísticas (Barroco, Renacimiento, etc.).

1.2.2. Michel Foucault: la sexualidad y su influencia en Davidson

Los filósofos están interesados nuevamente en el sexo fue el slogan que se utilizó décadas atrás para darle un título a las nuevas investigaciones y líneas de interés por parte de filósofos de primer nivel y de varias partes del globo. Por supuesto, el gran impulsor de esta nueva tendencia fue Michel Foucault, pero también sus colegas franceses —no sólo filósofos— el filólogo Paul Veyne o los historiadores Philippe Ariès y Georges Duby.

De modo que, el sexo jamás ha sido tan estudiado, teorizado, examinado, sondeado, exhibido e interpretado como hoy en sus múltiples formas en nuestra sociedad occidental. En la década de los setenta del pasado siglo los filósofos se unieron a esta empresa que consiste en analizar las diferentes aristas e influencias del sexo y la sexualidad. Dicho proyecto signa la obra de importantes autores y abarca los últimos 30 años del siglo XX y continúa hasta hoy.

Como señala Hacking (1988), para Foucault la sexualidad no sólo es la preocupación por el sexo, sino que combina un conjunto mayor de ideas, de conciencia del cuerpo y de los cuerpos. Para el filósofo francés la sexualidad tiene que ver con las *tecnologías políticas de la vida*. Así pues, desde esta perspectiva, por un lado, la sexualidad se ajusta a la intensificación y distribución de fuerzas y energías en el cuerpo, mientras que por otro refiere a la regulación de las poblaciones. El sexo llega a convertirse a partir del siglo XIX en un medio de acceso tanto para la vida del cuerpo como para la vida de la especie (Foucault, 2002a).

Si bien desde la publicación del primer tomo de *Historia de la sexualidad* (1976), Foucault logró que los filósofos volvieran a prestar interés en el sexo, también es

cierto que hasta hoy este está entre los tópicos más difíciles de las ciencias humanas, ya que parece ser un dato natural, biológico y primordial que resiste el análisis histórico y una perspectiva teórica crítica. Si pensamos en la dieta,³ que al igual que el sexo, tiene una fuerte base biológica, aquella es más susceptible de análisis en términos de diferencias de clase, pautas culturales o rituales sociales. Pero en cuanto al sexo parece ser siempre la misma cosa o en todo caso estar sometido a variaciones que son de limitado interés hermenéutico. Así pues, los estudios demográficos tratan las variaciones en la actividad sexual, pero lo hacen desde un análisis objetivado que reduce la práctica sexual a la reproducción. El sexo sigue siendo para los historiadores de las ideas un curioso y marginal sector de las mansiones de la mente. Mientras que para los psicoanalistas se encuentra en relación con la formación de la personalidad y sus vicisitudes en la vida adulta (Poster, 1988).

Foucault, en su etapa arqueológica y biopolítica, al emprender el análisis sobre la sexualidad trata de demostrar cómo, a mediados del siglo XIX, una mutación en las reglas para la producción del discurso hizo posible hablar sobre la sexualidad más allá del sexo. Es justamente dicha mutación en las reglas del discurso la que permitió una nueva manera de hablar sobre las enfermedades de la sexualidad y que a su vez permitió que los médicos aislaran las enfermedades como claras entidades morbosas y produjeran un discurso sin precedentes sobre la perversión (Davidson, 1988).

Foucault llegó a terminar y publicar en vida tres tomos de su historia de la sexualidad: *La voluntad de saber* de 1976, el cual se sitúa en los siglos XVIII y XIX y trata del funcionamiento de la sexualidad en relación con la emergencia del biopoder. Los tomos dos y tres están signados por la búsqueda de los orígenes en la antigua Grecia y la Roma clásicas respectivamente. Así en *El uso de los placeres* y *La inquietud de sí*, que datan de 1984 aborda la utilización del cuerpo

³ Más adelante en esta tesis veremos el fuerte peso que ha tenido en la historia de la medicina la analogía entre sexo y nutrición, entre dieta y sexualidad.

en un sentido muy amplio (económico, dietético, sexual) en la Antigüedad. Luego, nos encontramos con el inacabado cuarto volumen, que emprende ya la era cristiana y su moral ascética. El mismo estaba casi concluido desde antes que los dos tomos anteriores y fue publicado en Francia en 2017 bajo el título de *Las confesiones de la carne*. Además de estas cuatro obras, Foucault pensaba concluir su proyecto magno con dos libros más. El quinto hubiera llevado por título *Los perversos* y el sexto *Población y razas* (Castro, 2014).

En relación a la posición de Davidson y sus influencias creemos pertinente señalar que el título de la obra de Davidson, *The Emergence of Sexuality* ha sido traducido al español como *La aparición de la sexualidad*. A este respecto, consideramos que hubiera sido más acertado mantener una traducción literal de la noción de *emergence* (emergencia) y no introducir el término “aparición”, ya que este hace alusión a una presentación repentina (casi que por un “milagro”) de la sexualidad. Davidson (2004, 2006) hace hincapié en que los conceptos no son objetos eternos sino cosas que emergen a través de condiciones históricamente variables, que cambian con el tiempo. La creación *ex nihilo* no es acertada. Un concepto como la sexualidad no surge por sí solo, sino de manera sistemática relacionado con otros conceptos, por lo que es menester prestar atención a toda la estructura.

De hecho, Davidson a través de su texto explica que el surgimiento de la sexualidad se debe a la constitución de un estilo de razonar psiquiátrico que conforma a la sexualidad como su objeto de estudio; así pues, el surgimiento de la experiencia que recibe el nombre de “sexualidad” está asociado a la formación de un nuevo estilo de razonar, a saber, “psiquiátrico”, en comparación con el precedente estilo patológico de razonar (Arteaga, 2012).

Así Davidson investiga el uso médico del término *sexualidad* (sexuality) y lo encuentra por primera vez en el diccionario de Oxford a veinte años del comienzo del siglo XX. Allí es definida como la capacidad de tener sentimientos sexuales y de tener poder sexual. Con la tecnología del sexo, la institución médica cambia el

problema de la muerte y el castigo eterno por el problema de la vida y de la enfermedad, la carne es proyectada sobre el organismo. Los personajes son sexualizados, son vistos socialmente desde otra perspectiva que pone a sus deseos y su vida sexual misma como centro de su esencia (Foucault, 2002a, 2002b, 2002c)

A su vez, hablar de “aparición” en lugar de “emergencia” esquiva el proyecto que Foucault tenía a la hora de escribir su historia de la sexualidad. Hablar de sexualidad y ya no de sexo no se trata de un mero cambio de vocabulario más, sino que es fruto de toda una historia, de una ontología y una construcción paulatina del sujeto occidental.

Desde esta perspectiva, el proyecto de Davidson es profundamente foucaultiano en el sentido que, al igual que su maestro, pretende comprender a través de qué juegos de verdad se permite al hombre pensar su propio ser cuando se percibe como loco, cuando se contempla como enfermo, cuando se reflexiona como ser vivo, como ser que se juzga y que se castiga.

Davidson (2004) al igual que Hacking (1992c), entiende que el mejor intérprete de los textos de Foucault es el propio Foucault, aunque es de resaltar que el discípulo no solo interpreta magistralmente el trabajo de su mentor, sino que continúa su proyecto inacabado y produce desde la maquinaria teórica propuesta por aquel.

De este modo Davidson emprende, desde Hacking y Foucault, un análisis de los cambios científicos de la psiquiatría decimonónica. En dicho proceso el foco de investigación está puesto en la sexualidad desde la clave interpretativa y explicativa de la Epistemología Histórica.

Capítulo 2. La emergencia de la perversión

Hay supuestos epistémicos que nos dan la posición para tramitar el saber, es decir, existen planteos tácitos, incuestionados o admitidos explícitamente que nos posicionan como sujetos cognoscentes (Eidelsztein, 2015). A principios del siglo XIX un axioma de la medicina rezaba que no hay enfermedad sin lugar donde asentarse. No aceptar tal axioma suponía entender que podían existir funciones sin órganos. La localización física y hallable de la enfermedad era pues un logro en la nueva medicina (Foucault, 1991a; 2004).

La forma de ciencia médica que dominó la primera mitad del siglo XIX fue profundamente anatómica, al punto tal que todo desorden conductual sexual era explicado, en primera instancia, por una malformación en los genitales exteriores y posteriormente por lesiones cerebrales. Pero cuando estas formas de razonamiento, a las que entenderemos como estilo de razonamiento anatómico y estilo de razonamiento anátomo-cerebral respectivamente, dejaron de dar explicaciones satisfactorias al porqué de las conductas de los individuos fue menester encontrar y elaborar otro tipo de sofisticadas explicaciones.

En su libro sobre el nacimiento de la clínica, Foucault (2004) entiende que el gran quiebre en la historia de la medicina occidental se da en el preciso momento en que la experiencia clínica se convierte en una mirada anátomo-clínica; todo cuanto era explicable sobre las afecciones del cuerpo partía de su propia anatomía y su configuración fisiológica. De la misma guisa, décadas más tarde, el gran quiebre en la historia de la psiquiatría occidental se genera en el momento en que la mirada anátomo-clínica está en declive.

Bajo este modelo foucaultiano Davidson divide a la historia de la sexualidad en tres etapas, cada una caracterizada por un modo diferente de entender, pensar y explicar las enfermedades. Cada uno de estos períodos está signado por un estilo de razonamiento diferente, los cuales son entendidos por el discípulo de Foucault como espacios conceptuales estructurados, pero susceptibles de sufrir transformaciones tanto en su aplicación como en las reglas que rigen su eventual crecimiento.

En una primera instancia, y a modo de resumen, la perversión fue pensada como una enfermedad de los órganos genitales y reproductivos, es decir, una enfermedad causada por una anatomía anormal de dichos órganos. En 1849 Claude F. Michéa en *Las desviaciones enfermas del apetito sexual* analiza el caso del soldado Bertrand, un caso denominado como “amor griego”, ya que el militar en cuestión se sentía atraído por otros hombres. Michéa encuentra la causa de la enfermedad del paciente en los genitales externos, es decir, remite a un hermafroditismo físico: la conducta se explica por la anatomía. Curiosamente es en la obra de Michéa y en su análisis del caso Bertrand que se utiliza por primera vez el término *perverso* en la psiquiatría francesa (Roudinesco, 2009).

En el estilo de razonamiento anatómico, los órganos masculinos llevaban a un comportamiento masculino y órganos femeninos a un comportamiento femenino, nada podía ser más “natural” que esta forma de razonar. Así, por ejemplo, se entendía que la tendencia femenina de algunos hombres tenía una base anatómica.

La segunda etapa se caracterizó por entender a la perversión como una anomalía de carácter cerebral, la cual se esperaba conocer más cabalmente y de forma definitiva cuando las tecnologías de la neuroanatomía y la neurociencia lo permitiesen, ya que de los órganos sexuales y reproductivos se pasó a pensar que la perversión se alojaba en el cerebro. Ya no se trataba pues, de órganos genitales externos dañados, sino de daños cerebrales. La anatomía era desplazada pero no desaparecía.

Por último, la tercera etapa y la que consolida a la perversión como tal, está determinada por el momento en que la perversión empieza a ser pensada como producto de desviaciones del instinto sexual sin poder reducirse a patologías cerebrales ni a patologías anatómicas en general. Es aquí donde la psiquiatría escala con fuerza al escenario de las ciencias y la anatomía patológica decae.

Alrededor de 1880 los psiquiatras cambiaron el enfoque sobre cómo entender a los actos inmorales y las desviaciones de la norma. De este modo varios médicos, recolectando y publicando historias clínicas, clasificaron y explicaron la amplia gama de comportamientos sexuales entendidos como desviados. En este contexto, Richard von Krafft-Ebing quien fuera titular de la cátedra de medicina legal en la Universidad de Viena y otros colegas, como Albert Moll, Havelock Ellis, Iwan Bloch, Magnus Hirschfeld, Paul Moebius, Wilhelm Griesinger, Carl von Westphal, etc., expresaron una nueva perspectiva sobre la sexualidad y la perversión.

Richard von Krafft-Ebing fue un psiquiatra austro-alemán, el cual es hoy considerado el iniciador de la clasificación y sistematización de la patología sexual. A poco más de una década de finalizar el siglo XIX publicó una obra de suma importancia para el devenir de la psiquiatría, la medicina y la psicología, *Psychopathia sexualis*, libro en el cual analiza con extremo detalle las principales formas de lo que entonces se consideraban "desviaciones sexuales". Con este texto Krafft-Ebing da lugar a una serie de variadas clases de individuos que marcarán toda una forma de trabajar y proceder en psiquiatría (Oosterhuis, 2012).

La primera edición de la exitosa *Psychopathia sexualis*, que Krafft-Ebing escribió en primera instancia para abogados y médicos, fue publicada en 1886. Pronto le sucedieron varias ediciones modificadas, aumentadas y más elaboradas, así como traducciones a varios idiomas. Krafft-Ebing revisó su libro varias veces, especialmente para agregar más casos e introducir nuevas categorías sexuales. Al nombrar y clasificar virtualmente toda la sexualidad no procreativa, sintetizó el nuevo conocimiento psiquiátrico sobre la perversión, coadyuvado por la noción de

instinto sexual lo cual permitió la emergencia de lo que a partir de ese momento se entendería como perversión.

La gran preocupación en torno a la perversión nace en el siglo XIX y es tributaria del cambio en el modo de razonamiento de la medicina, en otras palabras, esta obsesión emerge directamente de la creación de la noción de instinto sexual propuesta por la psiquiatría, ya que es este concepto científico el núcleo que permitió pensar nuevas clases de personas.

Los científicos de este tiempo planteaban que el instinto sexual era un fenómeno psicológico que se daba en todo ser normal dotado de vida. Lo entendían como una necesidad de orden general al igual que la necesidad de comer o beber, y, en consecuencia, se dejaban de lado los principios sólidos de la anatomía ya que *era inútil buscar su localización*. El instinto sexual estaba en cualquier parte del organismo.

The sexual instinct is a physiological phenomenon in every normal being endowed with life. It is a need of a general order and in consequence it is useless to look for its localization, as one has done, in any particular part whatever of the organism. Its seat is everywhere and nowhere... This instinct is therefore independent of the structure itself of the external genital organs, which are only instruments in the service of a function, as the stomach is an instrument in the service of the general function of nutrition (Legrain, 1896, 36 citado en Davidson, 2004).

De este modo, el instinto sexual se asentaba en todas partes y en ninguna, era, a diferencia de las teorías anteriores, independiente de la estructura misma de los órganos genitales externos, que sólo podían ser instrumentos al servicio de la función reproductiva, como el estómago es un instrumento al servicio de la función general de nutrición.

Desde este momento la perversión será vista como una enfermedad funcional y no orgánica. Trastorno que radica en la desviación del instinto sexual, ya que este no busca la reproducción de la especie por medio de la copulación heterosexual, sino que se extravía hacia otros objetivos.

El quiebre real que posibilita que el estilo de razonamiento psiquiátrico emerja está localizado en este punto, cuando el instinto sexual y sus enfermedades funcionales fueron introducidas juntas. La combinación inédita de estos conceptos permitió establecer a la sexualidad y a las perversiones como tales siendo un nuevo objeto en el mundo de la medicina.

Davidson señala que una transformación epistemológica es la condición de posibilidad para la existencia de un nuevo sistema científico de afirmaciones. Así, y bajo esta perspectiva, hace 150 años las teorías sobre los desórdenes de identidad sexual no eran ni verdaderas ni falsas, sino que ni siquiera eran teorías candidatas a ser juzgadas bajo el rango de falsedad y veracidad. De esta manera, hace siglos las operaciones de cambio de sexo no sólo no eran posibles tecnológicamente, sino que tampoco lo eran conceptualmente. E incluso dando un ejemplo menos radical, antes de la mitad del siglo XIX una persona no podía pensarse como perteneciente a determinada anatomía sexual, hombre o mujer, y psicológicamente del sexo opuesto.

La sexualidad adquiere una positividad en el momento en que se genera un espacio conceptual dentro de la psiquiatría que permite poder pensar y postular una serie de enunciados inéditos capaces de ubicarse dentro de la órbita de lo verdadero y lo falso.

Así, la sexualidad sólo logró convertirse en un objeto de estudio de la psiquiatría capaz de ser teorizado y de especular en torno a él a mediados del siglo XIX, donde se dieron una serie de circunstancias y cambios en el modo de razonar científico que posibilitó que la sexualidad emergiera (Davidson, 2004; 2006).

Con esta emergencia la sexualidad se distingue del análisis anatómico que predominaba en la biología y en la medicina. Se conceptualizó la sexualidad con independencia de los órganos; además fueron dejadas atrás las visiones que entendían a las perversiones como vicios cuyo origen radicaba en lo congénito. A partir de la emergencia de la sexualidad las perversiones pasaron a ser

enfermedades capaces de ser explicadas por las historias personales de aquellos que eran entendidos como perversos (Davidson, 2004; Reguillo, 2017).

Hoy, con el concepto de sexualidad funcionando a pleno, se tiene la tendencia a verlo como un concepto a-histórico, lo cual, por supuesto, no es así. Canguilhem sobre este tema, desarrolla el concepto de *virus del precursor* y en su obra *Estudios de historia y filosofía de la ciencia*, originalmente publicado en 1977, demuestra su posición crítica con respecto a un cierto presentismo. Critica la tendencia a buscar en el pasado a los precursores de la moderna racionalidad científica. Según el autor francés, el objeto de la historia de la ciencia debe ser la historicidad del discurso científico, dicho de otro modo, la historia de la ciencia sólo es posible si se acepta que la ciencia es un objeto histórico (Canguilhem, 2009).

Con esto Canguilhem es junto a Gaston Bachelard uno de los primeros pensadores de la Epistemología Histórica en el mundo francófono, pues entiende que la ciencia no puede ser apartada del momento histórico en que se produce y los conceptos epistémicos que se utilizan en ese preciso momento. Volviendo al virus del precursor, si existiesen precursores la historia de la ciencia perdería todo sentido, puesto que la propia ciencia no tendría una dimensión histórica más que en apariencia. Caer en el virus del precursor nos lleva a incurrir en anacronismos en el mejor de los casos e investigaciones ininteligibles la mayor parte de las veces (Canguilhem, 2005; 2009).

Así la definición del precursor como alguien que anticipa el futuro supone, de facto, una negación de la dimensión histórica de la ciencia, puesto que dicha definición lleva implícita la idea de que el precursor pertenece a dos tiempos históricos diferentes: el pasado en el que vive y el futuro que anticipa. Esto mismo sucede con la sexualidad, que emerge en el siglo XIX pero que rápidamente pasa a ser un concepto utilizado para explicar fenómenos anteriores, donde el mismo concepto era incapaz de emerger.

En síntesis, nuestra experiencia de sexualidad nació al mismo tiempo que emergió la perversión como un tipo de desviación por el cual la sexualidad era amenazada incesantemente. Y del mismo modo, antes de la emergencia de la perversión no hubo perversos.

En este capítulo analizaremos los tres estilos de razonamiento dentro de la medicina decimonónica que se encargó de pensar al comportamiento sexual. Asimismo, trataremos los cambios en las diferentes concepciones acerca de la enfermedad y la normalidad que posibilitaron que la perversión emergiera como tal.

2.1. Estilo de razonamiento anatómico

La anatomía comienza en Occidente con las disecciones practicadas en el norte de Italia hacia 1270 y 1280 para lograr su punto de mayor desarrollo en las primeras décadas del siglo XIX. Esto no quiere decir que la anatomía haya llegado a su fin hace dos siglos ni mucho menos, sino que desde ese momento también surgieron novedosos y potenciales métodos de conocimiento sobre el cuerpo humano más allá de las disecciones.⁴

Desde el Renacimiento hasta la primera parte del siglo XIX la anatomía es tal vez la ciencia más reputada y ciertamente un terreno en expansión. El estudio de los cadáveres se deslizó a las más variadas representaciones y discursos: la filosofía, la moral, la estética, la literatura, la espiritualidad y el divertimento estuvieron fuertemente influenciados por los desarrollos de la anatomía.

⁴ Entiéndase que con el correr de los siglos, desde la Edad Media hasta el siglo XIX, surgieron métodos alternativos a la anatomía, pero no es sino hasta el siglo XIX que la hegemonía de la anatomía comienza a ser disputada.

De tal modo madura a finales del siglo XVI la ciencia anatómica en Europa. Los anfiteatros de las universidades cuentan regularmente con disecciones, la apertura y la inspección de cadáveres se convierten en el modo más certero de conocer el cuerpo humano, la anatomía es pues el dispositivo privilegiado de conocimiento (Mandressi, 2012).

La anatomía, tras un largo camino, se erige como la vía regia para encontrar las verdades del cuerpo, en ella se les da un sentido a las diferentes partes dentro del organismo humano y a los malestares que en él puedan surgir. Pero el cuerpo no se ofrece transparentemente, sino que como bien establece Mandressi (2012), es necesario hacer de la mirada del anatomista el cincel desde donde esculpir sus verdades.

Foucault cita a Bichat para ilustrar en *El nacimiento de la clínica* el papel que juega la anatomía patológica en el siglo XVIII:

Usted podría, durante veinticinco años de la mañana a la noche, tomar notas en el lecho de los enfermos sobre las afecciones del corazón, los pulmones, de la víscera gástrica, y todo no será sino confusión en los síntomas que, no vinculándose a nada, le ofrecerán una serie de fenómenos incoherentes. Abrid algunos cadáveres: veréis desaparecer enseguida la oscuridad que la observación sola no había podido disipar (Foucault, 2004: 208-209).

Bajo esta perspectiva la identidad sexual de los sujetos se agotaba en la anatomía, y por ello toda anormalidad de comportamiento se explicaba por anormalidades anatómicas, fueran estas grandes o pequeñas. Dentro de este estadio, lo que está en juego es el sexo, no la sexualidad. Mientras que el sexo es estrictamente anatómico, la sexualidad lo abarca y a su vez lo trasciende en tanto supera las categorías materiales.

Como hemos visto, Davidson (2004) señala que hasta mediados del siglo XIX las explicaciones de los estados patológicos debían remitirse a los órganos; cualquier explicación que no fuera de este tipo, antes que falsa, no era ni siquiera capaz de ubicarse en el dominio de lo pensable científicamente. Una explicación hacia un

desorden de comportamiento que no estuviese basada en lo anatómico bien podía formar parte de la teología, pero nunca de la ciencia.

Incluso los exámenes post mortem que no mostraban lesión anatómica alguna y que debían tener el rol de la evidencia en este estilo de razonamiento, siempre eran explicados bajo la consigna de que los cambios y lesiones anatómicas eran indudablemente tan finos que los instrumentos ordinarios no eran capaces de demostrar el desorden en el cuerpo. La explicación, o mejor aún, la falta de explicación se les atribuía a los insuficientes recursos tecnológicos.

2.1.1. Hermafroditismo

Un caso paradigmático del estilo de razonamiento anatómico es el de Herculine Barbin, cuyas memorias dan testimonio de los periplos de su vida en función de los avatares que le deparó la malformación anatómica de su aparato reproductor. Su manuscrito está fechado en 1868, no obstante, cobró una segunda y más importante vida al ser descubierto por Michel Foucault y editado por iniciativa del filósofo francés. Este caso forma parte de la vida de los hombres infames que define Foucault,⁵ es decir, aquellas historias que el autor rescata de archivos judiciales sobre sujetos que se destacaron en un momento de su vida por un delito o por una anormalidad.

El caso de Barbin, un joven hermafrodita de 28 años, plantea al lector un límite respecto a las categorías culturales de la Francia del siglo XIX, ya que al nacer se la definió como mujer, pero se la obligó a cambiar a varón tras un examen físico. Su testimonio en una primera instancia apareció en algunos informes médicos en

⁵ Las vidas infames de Foucault consisten en historias de vida que son un reverso a las vidas paralelas de Plutarco y explican lo oculto y lo esperable de ser ocultado en una sociedad determinada.

los *Annales d'hygiène publique* y luego, en 1874 se publicó su mismo manuscrito tal como Foucault lo trae al siglo XX.

Auguste Ambroise Tardieu⁶ fue uno de los artífices del discurso de la sexualidad. En su obra de gran éxito y aprobación pública, *Estudio médico-legal sobre los atentados a las costumbres* (1857) propuso una serie de ideas que marcarán durante años las instituciones tanto francesas como europeas (Rosario, 1999; Tin, 2012).

Tardieu ilustra el caso de Herculine Barbin, tratando de desentrañar el misterio de su verdadero sexo, entendiendo que su hermafroditismo no es más que un engaño que tras el examen competente de un perito se disiparía. Tardieu sostiene entonces que Herculine Barbin fue víctima de un error médico que no supo diagnosticarla adecuadamente: tuvo el infortunio de vivir en un sexo que no le correspondía.

Tardieu se rebela contra la idea de que el hermafrodita tiene ambos sexos a la vez, para él y la visión que logrará que impere en su siglo y el siguiente, solo existe un sexo verdadero y en el hermafrodita está oculto, por lo que es menester desentrañarlo.

No deja de ser interesante que analizando el diario de Herculine Barbin, Tardieu desestime todas las páginas en la que expresa su rabia, desesperación y amargura, ora dirigidas a Dios, ora al destino, ora a la humanidad. Tardieu solo reconocía en esta parte del diario de Herculine quejas, recriminaciones e incoherencias. La verdad estaba en la anatomía, en ningún otro sitio (Capurro, 2004; Foucault, 2007).

⁶Tardieu era un médico legista francés del siglo XIX. Fue presidente de la Académie nationale de médecine, así como deán de la facultad de Medicina y catedrático de Medicina legal en la Universidad de París. En *Estudio médico-legal sobre los atentados a las costumbres* Tardieu se muestra preocupado por la detección de la sodomía y apoya sus estudios en la revisión del cuerpo de los sodomitas para establecer las huellas materiales dejadas por las conductas viciosas (Capurro, 2004).

El derecho civil y canónico de la Edad Media y el Renacimiento reconocía la coexistencia de ambos sexos en un mismo individuo, si bien, como lo demuestran las partidas alfonsinas, el cumplimiento de la fijación de la identidad yacía en el nombre a la hora del bautismo,⁷⁸ y luego se mantenía en contratos de herencia, matrimonio, unción o testificación, en juicios donde se establecía y se exigía que la persona optara por un sexo determinado, con la salvedad que una vez elegido no podía cambiar de opinión (Vázquez & Moreno, 1995; Davidson, 2004).

La elección del sexo no era pues cuestión médica, sino que concernía a la voluntad de la familia y una vez alcanzada la edad del razonamiento, a la persona en cuestión. Pero en la medida en que el campo médico iba ganando espacio, los médicos se mostraron más reticentes a admitir a los hermafroditas como individuos de sexo dudoso.

A diferencia del Medioevo y del Renacimiento, los siglos XVIII y XIX construyeron un discurso donde claramente se buscaba establecer la existencia de un único y verdadero sexo. Bajo esta perspectiva no había más dos sexos yuxtapuestos funcionando en la misma persona: se era hombre o se era mujer, nunca ambos (Vásquez, F. & Moreno, A., 1995; 1997).

⁷ En la ley XIV del Título IV de la primera partida de *Las siete partidas* el rey Alfonso se refiere a las palabras al momento del bautismo y establece: “Las de primero son quando aducen al que ha de ser bautizado á la iglesia, et en la puerta ante que entre se para el sacerdote con él preguntandol qué quiere ser; et los padrinos han de responder que cristiano. Et luego el clérigo debe preguntar que como quiere haber nombre; et los padrinos deben decir aquel nombre que quieren que haya” (Alfonso, 1807: 56).

⁸ En el Medioevo y en la Modernidad Temprana el bautismo fue un ritual central forjador de identidad, a modo de ejemplo piénsese en Guido de Monte Rochen y su *Manipulus Curatorum Officia Sacerdotus* (libro más leído y más copiado que las propia *Summa Theologiae* de Santo Tomás). En dicho manual se aborda el oficio de cura, Guido se pregunta qué criterio seguir al bautizar a los siameses: ¿tienen una sola alma? ¿tienen dos? ¿corresponden dos bautismos?: si hay dos almas corresponden dos bautismos, concluye el preclaro sacerdote (de Monte Rochen, 2011).

Si se nos permite la extrema simplificación diremos que mientras que el siglo XVII fue pródigo en el análisis de monstruos,⁹ portentos, homúnculos y brujas, el siglo XVIII trajo consigo el combate al oscurantismo y sortilegios. Con él vinieron las luces y *La Enciclopedia*. Médicos y anatomistas hablan del hermafroditismo como una fábula, y en pro del examen racional negaron la posibilidad del hermafroditismo en los mamíferos en general y en el hombre en particular; en la medida en que las obras sobre el hermafroditismo prosperaron, Buffon sostuvo que el hermafrodita tiene en realidad una naturaleza femenina. Entonces Diderot y D'Alembert publicaron su *Enciclopedia*¹⁰. En el artículo de índole anatómica ubicado en el octavo tomo del magno proyecto Louis de Jaucourt¹¹ escribió:

Concluons donc, que l'hermaphrodisme n'est qu'une chimère, et que les exemples qu'on rapporte d'hermaphrodites mariés, qui ont eu des enfants l'un de l'autre, chacun comme homme et comme femme, sont des fables puériles, puisées dans le sein de l'ignorance et dans l'amour du merveilleux, dont on a tant de peine à se défaire. (De Jaucourt, 1766: 166).

Desde el siglo XVIII los hermafroditas eran vistos como monstruos, no prodigios: ya que eran explicados en términos naturales y entendidos como moral y

⁹ El vínculo entre la falta moral y el desorden de la naturaleza fue un tema constante durante este siglo y sus centurias predecesoras. Se creía ampliamente que el mal cometido en la tierra podía dejar su marca en la estructura del cuerpo humano, a la manera que se señala en *Éxodo*, 20:5.

¹⁰ Recordemos que el título de este gran proyecto francés es *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, por lo que la razón es puesta en primer plano.

¹¹ El caballero —chevalier— Louis de Jaucourt (1704-1779) fue un erudito francés y el colaborador más prolífico de la *Encyclopédie*. Escribió alrededor de 18.000 artículos sobre temas que incluyen fisiología, química, botánica, patología e historia política, lo cual equivale aproximadamente al 25% de toda la enciclopedia. Sin embargo, su legado fue eclipsado por las figuras de Diderot, Rousseau y D'Alembert.

normativamente neutros. A su vez la anatomía, la medicina legal y la historia natural del siglo XVIII le dejan al siglo sucesor la herencia de no creer en fábulas mágicas y supersticiones del vulgo como el hermafroditismo. Así este pasa a ser solo un engaño de la naturaleza, en el más grave de los casos una niebla en el cuerpo a ser descifrada. El siglo XIX dejará en claro que no hay verdaderos hermafroditas, sino gustos perversos. El experto ha de saber encontrar el verdadero sexo en estos engaños (Capurro, 2004).

El hermafroditismo generaba una dualidad que se transformaba en sospecha, como escribe Foucault en su *Historia de la sexualidad*: “Durante mucho tiempo los hermafroditas fueron criminales, o retoños del crimen, puesto que su disposición anatómica, su ser mismo embrollaba y trastornaba la ley que distinguía los sexos y prescribía su conjunción” (Foucault, 2002a: 50).

Volviendo a Herculine Barbin o también Alexina Barbin o incluso Abel Barbin, a los 17 años es derivada a un médico que examina su anomalía anatómica y se produce una ratificación de su estado civil. En 1860 cuando cuenta con 21 años se le reasigna el sexo: recibe entonces el nombre de Abel, debe cambiar sus vestimentas y enfrentarse a las consecuencias que supone cambiar de género.

Es a raíz de una serie de dolores que Herculine acude al médico y es atendida por el doctor Chesnet,¹² quien determinará el cambio legal en la asignación del sexo. Chesnet examina la uretra, introduce una sonda y la palpa, observa un pequeño miembro de unos 5 centímetros, miembro que no es ni pene ni clítoris, aunque es capaz de tener una erección. El galeno palpa los testículos y descubre que uno está sin descender y el otro lo hizo de forma tardía: eso explica los dolores por los cuales Herculine fue a consulta. No obstante, también encuentra que Herculine tiene una vagina pequeña y estrecha, pero nunca menstruó a lo largo de su vida y no tiene útero alguno. Chesnet concluye al fin: Alexina (Herculine) es un hombre,

¹² Será el doctor Chesnet, a la sazón médico del hospital de La Rochelle, quien publique en 1860 el informe sobre el caso de Herculine Barbin en los *Annales d'hygiène publique*.

sin lugar a dudas, pero con predilección evidente por el sexo masculino (Foucault, 2007).

Un nuevo nombre masculino, Abel, sustituye a los nombres femeninos que recibió desde su nacimiento. Desde lo jurídico se le hace saber que es y ha de ser un varón y en contrapartida se espera que actúe como tal. Cinco años más tarde y viviendo en completa soledad en París, se suicida (Capurro, 2004).

Una vez muerta, el doctor Goujon¹³ realiza la autopsia de Herculine; encuentra espermatozoides en el semen además de un órgano diminuto, tal vez capaz de fecundar. Al igual que Chesnet concluye que la preeminencia de la naturaleza masculina es evidente (Foucault, 2007).

Primero en vida, por segunda vez ya muerta, la ciencia examina el cuerpo de Herculine y su posición es consistente y basada exclusivamente en lo anatómico. Luego Tardieu analiza el caso, reúne la información médica, desestima el diario con carácter de confesión de Herculine y avala la decisión de Chesnet que llevó a Herculine a pasar de Alexina a Abel.

¿Qué certeza resuelve la ciencia y la ley ante la incertidumbre del sexo? ¿Cuál es el error que repara el campo científico y cuáles son los efectos de su intervención? Foucault entiende que el diagnóstico médico del sexo tiene un interés moral ya que las fantasmagorías de la naturaleza llevan al extravío en el libertinaje.

El siglo XVIII y la primera mitad del XIX impusieron a cada uno su identidad sexual primera, profunda y determinada. De aparecer otros elementos que pusiesen en duda la única identidad sexual, estos aspectos no eran sino superficiales y accidentales. De la ciencia anatómica dependía hacer evidente el

¹³ Étienne Goujon (1839-1907) fue un médico y político francés que dirigió una importante casa de salud en el barrio parisino de Picpus. Hoy su apellido nombra la calle principal donde se encontraba la puerta de entrada de su hospital psiquiátrico.

verdadero sexo de cada persona: de este modo el médico buscaba con total pericia detrás de los órganos la verdad.

No obstante, el siglo XIX fue dinámico en los procesos de conversión de las nosologías clínicas, de modo que las enfermedades que estaban pensadas como indisolublemente arraigadas en la anatomía se transformaron en pocas décadas en “enfermedades funcionales”. La anatomía dejaba varios casos sin explicar, ya que no se encontraban anormalidades físicas en sujetos con comportamiento anormal.

Los cambios en la concepción de enfermedad que se darán en el siglo XIX fueron un reflejo de las modificaciones en los procedimientos de obtención de evidencias propios de la práctica clínica que, paulatinamente, abandonarán y cerrarán los cuerpos y pasarán a otro modo de concebir lo patológico (Fragio, 2007).

2.2. Estilo de razonamiento anátomo-cerebral

A falta de explicaciones basadas en la anatomía de los órganos genitales sobre comportamientos anormales la medicina propone un nuevo estilo de razonamiento para la comprensión de las desviaciones sexuales. Manteniéndose en la línea anatómica se comienza a pensar que las enfermedades de este tipo no se alojan ya en los genitales sino en el cerebro.

A mediados del siglo XIX se cambia el foco de análisis, y de los genitales los médicos pasan a preocuparse por el cerebro. En estas primeras décadas es el cerebro el órgano privilegiado para explicar las enfermedades y las desviaciones.

El siglo XIX había comenzado con grandes auspicios respecto a la anatomía de la locura: Bayle y Calmeil, ilustres investigadores franceses, habían localizado lesiones anatómicas en las membranas de los cerebros de los locos que anteriormente a su locura habían padecido parálisis general. Este comienzo

triumfal no pudo mantener su buen ritmo ya que la investigación anatómo-patológica no logró descubrir las lesiones cerebrales en enfermedades tales como la melancolía, la manía y la demencia, es decir, el secreto de la locura no se descubrió ni desenterrando cadáveres ni a fuerza de autopsias.

No obstante, el estudio del cerebro a principios y mediados del siglo XIX trajo nuevas promesas en relación al encuentro de las explicaciones sobre comportamientos inusuales o criminales en las personas. Del estilo de razonamiento anatómico-cerebral se desprendieron disciplinas tan exóticas —para nuestra concepción— como la frenología, disciplina que tuvo como fundador al médico austríaco Franz Josef Gall (1758-1828) que se especializó en la anatomía del cerebro, por lo que bautizó a su ciencia como craneoscopia, más tarde tendría la denominación por la cual hoy la conocemos. El método consistía en descifrar el carácter del individuo a partir del examen del cráneo, prestando especial detalle a las depresiones y los sectores salientes de dicha parte del sistema óseo.

El neurólogo vienés Moritz Benedikt en su *Estudio anatómico sobre el cerebro de los criminales* que data de 1878, propuso, siguiendo a Gall, que el estudio del cerebro de los criminales proporcionaría las piedras fundacionales de la Historia Natural del Crimen. Benedikt proponía que cada tipo de criminal tenía una clase de cerebro. En consecuencia, el crimen era explicado por el cerebro y por las diferentes categorizaciones que de este se podían hacer según su forma (Nin, 2013).

Siguiendo la línea de Benedikt y alineándola a la cuestión perversa, Valentin Magnan (quien fuera por un tiempo colaborador de Charcot) explicó, un año antes que Krafft-Ebing publicara su obra más importante, en una conferencia en la Société médico-psychologique, en 1885, que las perversiones se dividían en cuatro clases según la parte afectada de la anatomía. En su disertación titulada *Des anomalies, des aberrations et des perversions sexuelles*, Magnan entendía que un desorden en la médula espinal llevaba al onanismo, de esta guisa un desorden en la parte anterior del cerebro y la médula espinal llevaba a conductas invertidas,

una aberración en la parte posterior de la misma zona a ninfomanía en las mujeres y satirismo en los hombres, además de erotomanía si la parte afectada era la zona anterior del cerebro (Magnan, 1885).

Estos postulados se hacen fuertes con la teoría de la degeneración hereditaria propuesta por el mismo Valentin Magnan y su maestro Bénédict Augustin Morel. Dicha teoría bien puede ser vista, a retrospectiva, como un puente entre las concepciones anatómicas y la funcional, por este motivo creemos importante detenernos en ella.

2.2.1. Degeneración hereditaria

La teoría de la degeneración hereditaria fue una teoría muy popular y sugerente que sostenía que ciertas familias sufrían un deterioro hereditario que se extendía por al menos cuatro generaciones. Las personas que se encontraban en estos aciagos árboles genealógicos solían presentar síntomas como la depravación moral, la locura, el retardo mental y esterilidad. Las causas de tales males eran atribuidas al alcoholismo, las conductas inmorales, la alimentación, las condiciones de trabajo y habitación, pero sobre todo a una herencia nerviosa hereditaria (Nin, 2013).

La doctrina de la degeneración hereditaria surgió en Francia alrededor de 1850 y rápidamente creció en popularidad y se expandió por el viejo continente alcanzando su cenit en el decenio que va de 1880 a 1890 ya que fue adoptada por las figuras más insignes de la época, desde Magnan y Charcot en Francia, hasta Cesare Lombroso en Italia y Francis Galton en Inglaterra.¹⁴

¹⁴ La teoría de la degeneración hereditaria alcanzó un extremo insospechado con el médico húngaro Max Nordau quien en su libro *Degeneración* (1892) trasladó las teorías de Morel, Lombroso y Krafft-Ebing al mundo del arte y la literatura. Nordau postuló que

La Francia del siglo XIX estuvo centrada en debates filosóficos sobre la relación cuerpo-espíritu. En tales circunstancias se planteaba si había una base orgánica para la locura. Si la respuesta hubiera sido afirmativa, habría significado la sentencia de muerte para la psiquiatría, ya que de ser posible la explicación de la locura por bases biológicas o lesiones orgánicas, el terreno psiquiátrico se habría difuminado en diferentes áreas de la medicina y la biología.

A este respecto la teoría de la degeneración creó un marco explicativo amplio de la enfermedad mental, en cuyo interior desaparecieron las barreras taxativas entre la alienación y las degeneraciones menores, éstas últimas eran definidas como desvíos físicos o morales del tipo primitivo. A partir de ese momento, la psiquiatría sale de los muros del asilo para dedicarse a la gestión completa del espacio social (Caponi, 2009). De este modo la teoría fue creada para rellenar los vacíos del saber psiquiátrico y llegó a volverse un punto nodal en la psiquiatría del momento.

La teoría de la degeneración hereditaria tuvo un emblema fundamental en la figura ya mencionada de Bénédicte Augustin Morel. Tras la publicación en 1857 de *Traité des dégénérescence physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine*, Morel reemplaza el patrón anterior que tenía como figuras más representativas a Pinel y Esquirol,¹⁵ en cuyos modelos toda clasificación se basaba en la sintomatología. Morel insiste en que solo cuando estén claramente determinadas las causas y no únicamente los síntomas, se podrá crear una red clasificatoria de nosologías y una terapéutica o profiláctica apropiada para cada patología (Caponi, 2009).

los degenerados suelen ser artistas y escritores, ejemplarizando este postulado en las figuras de Baudelaire, Nietzsche, Ibsen, Tolstoi, Verlaine, Wilde y Zola (Nin, 2013).

¹⁵ Recordemos que Philippe Pinel (1745-1826) fue el fundador de la psiquiatría en Francia, antes de él no se hablaba de psiquiatras sino de alienistas mentales. Pinel fue el médico jefe del manicomio de Bicêtre y más tarde del hospital de la Salpêtrière. Mientras que su alumno Jean Etienne Dominique Esquirol (1772-1840) fue un investigador teórico de las monomanías y un organizador del psiquiátrico moderno.

En su obra Morel explica cómo factores tales como el alcoholismo, la inmoralidad, la mala alimentación y las malas condiciones de vida conducían a consecuencias patológicas que caracterizaban a ciertas estirpes familiares. Morel, inspirándose en la observación de las comunidades obreras de Rouen, concluía que por al menos cuatro generaciones los miembros de estas familias mostraban signos de neurosis, alienación mental, imbecilidad, idiocia y esterilidad (Morel, 1857).

La concepción de Morel no es idéntica a las teorías clásicas de herencia por semejanza, ya que en ella lo que se repite no es la misma enfermedad, antes bien, lo que aparece son ciclos de predisposición y manifestaciones patológicas más o menos previsibles, pero siempre cambiantes (Caponi, 2009).

Como la obra de Morel lo indica, la causa de la degeneración es de tenor hereditario, la cual podía deberse al contexto social, a intoxicaciones, a afecciones mórbidas o lisa y llanamente a inmoralidad. El médico entiende por degeneración a un desvío mórbido del tipo normal de la humanidad que se manifiesta tanto en el cuerpo por marcas exteriores (altura, color de piel, tipo de cabello, etc.) como en el comportamiento (pereza, indolencia, etc.) (Morel, 1857).

Para Morel la transmisión hereditaria de padecimientos del sistema nervioso y de las lesiones cerebrales provocan alteraciones en el encéfalo de los descendientes, de esta forma se producen enfermedades que se suceden con tal regularidad que cumplen un ciclo fatal de grados diferentes de degeneración. De tal modo una primera generación puede mostrar inmoralidad, depravación y excesos alcohólicos, la segunda descendencia accesos maníacos y parálisis generales, la tercera generación sobriedad, pero en contrapartida tendencias suicidas e hipocondría, mientras que la cuarta prole inteligencia poco desarrollada, estupidez, idiotismo y en definitiva la “extinction probable de la race” (Morel, 1857: 125).

La teoría de la degeneración hereditaria se desarrolla en el seno del estilo de razonamiento anátomo-cerebral, ya que el cerebro ocupa el lugar central. Este es la sede anatómica que permite conocer la causa de las marcas externas de, por ejemplo, la degeneración, y pasa a ser comprendido como el puente entre lo corporal y lo moral/espiritual:

Nous avons dit, à propos de l'influence exercée par l'alcool, l'opium, le hachich et d'autres substances ébriantes : Les causes les plus actives de dégénérescence dans l'espèce humaine, sont celles qui, s'attaquent directement et fréquemment au cerveau, produisent des états spéciaux et placent périodiquement ce-lui qui fait usage de ces agents intoxicants dans les conditions d'une folie momentanée (Morel, 1857: 333-334).

A su vez lo anatómico empieza a desfigurarse o al menos dilatarse en movimientos generacionales. Incluso el mismo Morel escribe:

Je crois, avec M. le docteur Buchez, que le cerveau est l'organe de l'âme. Toute force quelle qu'elle soit, spirituelle ou autre, est nécessairement limitée par son organe; elle ne peut rien faire, rien produire au-delà de puissances contenues dans son instrument. L'âme peut bien avoir conscience des limites que son organisme lui impose, mais elle ne peut les dépasser (Morel, 1857: 56).

Con Morel aparecía en escena la locura hereditaria, una clase de locos por causa genética con caracteres e incluso estigmas físicos y psicológicos típicos e inclusive será él quien, continuando la propuesta de Michéa, imponga el uso de la expresión “perversiones sexuales” en lugar de “aberraciones” o “anomalías”, términos utilizados antes de su llegada al campo científico (Nin, 2013).

Como observa con agudeza Sandra Caponi (2009) las historias patológicas propias de las familias de degenerados, llevan a Morel a concluir, por un lado, que para comprender los procesos de alienación y degeneración no es posible limitar la observación a las lesiones en los cadáveres, como sucedía en el estilo de razonamiento anatómico. Por otro lado, también llega a la conclusión de que es necesario ampliar los estudios anátomo-patológicos con consideraciones sobre la predisposición hereditaria y las transformaciones cíclicas que afectan a las diferentes generaciones, esto incluye la historia de vida y la historia patológica de

cada una de las generaciones que pertenecen a las diferentes familias de degenerados. Solo así será posible identificar clases y categorías de degeneración, para, de este modo, poder establecer una clasificación confiable, etiológica y no sintomática, de las patologías mentales (Caponi, 2009).

La teoría de Morel se basa en una desviación del tipo normal de ser humano que se transmite de aquellos individuos que no están sanos a sus descendientes. Si bien la teoría de la degeneración hereditaria funcionó como marco pseudo-explicativo en el mundo psiquiátrico, en algunos médicos tuvo un lugar más relevante que en otros, pero estuvo presente a lo largo de la segunda parte del siglo XIX.

Estas teorías tuvieron una amplia repercusión y fueron punto de referencia para las investigaciones posteriores.¹⁶ No obstante sus resultados y explicaciones prácticas fueron más bien escasos y los médicos se vieron en la necesidad de buscar nuevos estilos de razonamiento para echar luz sobre la sexualidad y las perversiones en los seres humanos.

Asimismo, tanto el carácter perverso como las degeneraciones hereditarias eran vistas como incurables, y esta característica tendía a enlazarlas aún más. No se puede luchar contra una enfermedad que es constitutiva del sujeto e incluso vemos en Morel cómo estas enfermedades se transmiten por un par de generaciones hasta que estas se extinguen sin haber cura alguna.

¹⁶ En sus *Tres ensayos de Teoría Sexual* (1905) Freud se refiere al más ilustre discípulo de Morel, Valentin Magnan y escribe: “Se ha hecho costumbre imputar a la degeneración todo tipo de manifestación patológica que no sea de origen estrictamente traumático o infeccioso. La clasificación de los degenerados propuesta por Magnan hace que ni siquiera una actividad nerviosa de óptima conformación general quede necesariamente excluida de la aplicación de ese concepto” (Freud, 2000, 126). Asimismo, dos años antes Iwan Bloch, se había opuesto a la teoría de la degeneración hereditaria en su libro *Contribuciones a una etiología de la Psychopathia sexuales*.

Específicamente en el terreno social y político, la teoría de la degeneración hereditaria excluía a los clérigos de la discusión, ya que siendo la locura un fenómeno biológico, autorizaba a los psiquiatras a pasar por encima de las órdenes religiosas que competían en la época por el control de los hospitales, asilos y hospicios

¿Cómo hacer que lo incurable por herencia se vuelva tratable? Para que haya perspectivas de futuro en pacientes que eran catalogados como portadores de una herencia degenerada era necesario desplazar el sentido de lo inamovible que la genética suele tener. Para ello el movimiento fue desde el vicio (herencia degenerada) a la perversión (el perverso).

El asunto torna su cara hacia el poder, si el problema es congénito la psiquiatría no tiene nada que hacer, si el problema se basa en un trastorno, desorden o enfermedad, entonces esta tiene mucho para aportar.

Las limitaciones del estilo de razonamiento anátomo-cerebral marcan la necesidad de pasar de una teoría profundamente anatómica a una propiamente psiquiátrica y psicológica. El viraje que transforma a la psiquiatría en una psicopatología basada en la sexualidad se debe a la ponderación de la categoría de perversión, entendiéndola como un trastorno funcional del instinto sexual y solo será posible cuando los expertos abandonen la posibilidad de localizar la fuente de la desviación y la enfermedad en un locus fijo del cuerpo humano.

2.3. Estilo de razonamiento psiquiátrico

La idea de sexualidad y de perversión llegaron a consolidarse como tales en la medida en que se impuso el postulado de que existe una fuerza poderosa, continua, compulsiva e irresistible en la vida humana, que es a la vez peligrosa y saludable, tal fuerza se denominó *instinto sexual*. Ilustres psiquiatras dedicaron

grandes trabajos y obras para que la noción de instinto sexual fuera aceptada por la comunidad científica.

En 1844, en Leipzig, el médico ruso Heinrich Kaan publicó un libro con el título de *Psychopathia sexualis*, el mismo que años después utilizaría Krafft-Ebing. El tiempo entre una y otra *Psychopathia* señala un cambio: mientras que Kaan escribió todo su libro en latín, Krafft-Ebing solo utilizó la lengua clásica para aquellas partes que describían los actos eróticos (Assandri, 2008).

Kaan, inspirándose en el modelo del hambre¹⁷ y la nutrición, naturalizó el instinto sexual (*nisus*¹⁸ sexual), pero, ante todo, atribuyó las desviaciones a la *phantasia*, generadora de las psicopatías sexuales. Con esto el médico ruso problematizó tanto la “copulatio ortodoxa” como las “aberraciones”, por ello Michel Foucault durante su curso de 1974-75 en el Collège de France dijo que la *Psychopathia sexualis* de Kaan fue el primer tratado de psiquiatría en hablar solo de patología sexual, pero también fue el último en hablar de sexualidad únicamente en latín.

A la manera de Descartes, quien escribe dos siglos antes su *Discours de la méthode* (1637) en francés y no en latín, Krafft-Ebing escribe su tratado de psiquiatría en alemán y reserva el latín para los escabrosos casos que ilustran sus novedosas clasificaciones y para el título de su libro. Es Krafft-Ebing quien postula la noción de instinto sexual (y no *nisus sexual*), la cual forma el núcleo esencial del estilo de razonamiento psiquiátrico.

Poco antes de Krafft-Ebing, en 1879, el médico escocés James Matthews Duncan en *Diseases of Women* (1883) escribe que, quitando los ovarios a una mujer, no necesariamente se destruye su sexualidad. Esto señala, por un lado, que el modelo

¹⁷ La analogía entre instinto sexual y la nutrición tuvo gran aceptación, de modo que más tarde Freud escribiría: “La unión de los genitales es considerada la meta sexual normal en el acto que se designa como coito y que lleva al alivio de la tensión sexual y a la extinción temporaria de la pulsión sexual (satisfacción análoga a la saciedad en el caso del hambre)” (Freud, 2000a, 136).

¹⁸ Sustantivo latino que significa “esfuerzo”, “acción de esforzarse”.

estrictamente anatómico queda rezagado y que el concepto de sexualidad ya es utilizado sin miramientos, es decir, va de suyo (Davidson, 2004).

En el ejemplo de Duncan la sexualidad de una mujer no se reduce a sus órganos reproductivos, es el estilo de razonamiento psiquiátrico el que permite pensar el fenómeno de este modo. Sin este estilo de razonamiento seguiríamos hablando de sexo y no de sexualidad.

A esta observación de Duncan, Davidson (2004) agrega que a partir de estos cambios se empiezan a observar hombres con rasgos femeninos y mujeres con rasgos masculinos y que es esta una de las características que se le solía dar al perverso a fines del siglo XIX, es decir, que el perverso tiene rasgos de mujer y la perversa rasgos de hombre.

La separación entre sexo y sexualidad fue parte del espacio conceptual que hizo posible la separación entre ser un hombre y tener comportamientos femeninos y viceversa. Antes de ello, como vimos en el caso de Herculine Barbin, era imposible asignarle a un hombre una psicología femenina o viceversa.

El gran cambio que permite el pasaje del estilo de razonamiento anátomo-cerebral al psiquiátrico es la noción de instinto sexual, ya que es en este pasaje donde se abre el espacio para pensar más allá de la anatomía. A raíz de la postulación de la existencia de un instinto sexual presente en todos los seres vivos es posible postular a la sexualidad como tal.

Lo que caracteriza al estilo de razonamiento psiquiátrico es el completo pasaje de lo anatómico a lo psicológico. Esta nueva perspectiva logró articularse por los trabajos de grandes investigadores de la psiquiatría del último tercio del siglo XIX, no solo Krafft-Ebing, aunque este sea el nombre más ilustrativo de este período.¹⁹

¹⁹ Posteriormente, figuras centrales de la ciencia sexual rindieron tributo a Krafft-Ebing y lo destacaron como fundador de la reciente ciencia. Entre sus continuadores se encontraron Albert Moll, Iwan Bloch, Magnus Hirschfeld, Havelock Ellis e incluso el

No obstante, no hay un corte puntual entre quienes proponían que el desorden sexual se explica por lesiones o aberraciones cerebrales y quienes lo explican introduciendo la noción de instinto sexual. El neurólogo alemán Wilhelm Griesinger entendía que no había nada incongruente en decir que el instinto sexual se alojaba en el cerebro y el mismo Krafft-Ebing afirmaba que el instinto sexual era una función de la corteza cerebral. Más allá de esto, Krafft-Ebing no agrega nada sobre dicha afirmación, e incluso Freud no abandonaría nunca las pretensiones biologicistas (Davidson, 2004).

2.3.1. El instinto sexual

El término *instinto* proviene del latín *instinctus* que literalmente quiere decir "lo que pincha interiormente". El vocablo deriva del verbo *instinguere* (instigar, estimular), que a su vez se forma con el prefijo *in* (dentro, desde el interior) y el verbo *stingere* (pinchar, agujar). Esto hace que la palabra pertenezca a la misma familia de términos que "estímulo" o "instigar" (Corominas, 1991).

La idea de instinto es deudora de las teorías de Lamarck y Darwin ya que surge en el terreno de la biología y a partir de las teorías de los científicos ingleses cobra gran vigor y popularidad no sólo en los ámbitos científicos sino también en la sociedad toda. Es importante recordar que *El origen de las especies* (1859) de Darwin fue a su manera un best-seller.²⁰

mismo Sigmund Freud quien lo cita abundantemente a lo largo de su extensa obra (Nin, 2013).

²⁰ Un claro ejemplo de esta influencia evolucionista en la sociedad europea decimonónica lo da el crítico literario francés Ferdinand Brunetière, quien trasladó las teorías de Darwin a la literatura y concibió a los géneros literarios a la manera de las especies biológicas. Brunetière presentó al género literario como una entidad que nace, crece, envejece y

La voluntad que tan en boga estuvo con Schopenhauer y que Nietzsche románticamente mantuvo fue desplazada por la noción de instinto. En tiempos donde el alienismo ganó terreno, es decir, del siglo XIX hasta hoy, hablar de instinto más que de voluntad adquirió una mejor adecuación a las necesidades explicativas de las sociedades occidentales.

En un principio el concepto de instinto empezó a ser utilizado en el campo de la psiquiatría para explicar *crímenes monstruosos*, la disciplina jurídica pedía una explicación y la psiquiatría estaba en condiciones de formular una respuesta. Así pues, la idea de instinto fue clave para el proceso de patologización del crimen, ya que este empezó a ser entendido como una fuerza que se impone y obnubila la racionalidad, algo que empuja y sobrepasa las facultades superiores del intelecto.²¹

En este mismo sentido Krafft-Ebing tomó casos y fantasías de delincuentes para desarrollar su manual. La asociación entre el delincuente y el perverso es una constante a lo largo del siglo XIX. Esta monstrificación de la sexualidad bajo el modo de perversiones tuvo a la ya mencionada frenología como principal exponente, en ella el mal era medido geoméricamente en el cráneo de los facinerosos. Igualmente, la perspectiva sobre el comportamiento sexual de los delincuentes no cambió ni con la teoría de la degeneración hereditaria ni con la noción de instinto sexual desviado.

muere, o se transforma. En este darwinismo literario, los géneros literarios debían adaptarse a las circunstancias o perecer (Aguiar e Silva, 1979).

²¹Más tarde William James tuvo al concepto de instinto como central en su teoría y no dudaba en afirmar que el ser humano posee todos los instintos de los animales y muchos más, es decir, que ya a fines del siglo XIX reconcilió instinto y razón y elaboró a partir de ello una sofisticada teoría pragmática (Hernández Delgado, 2016).

Foucault en *Vigilar y castigar* (2006b) muestra cómo la psiquiatría a mediados del siglo XIX comienza a trabajar en función de la justicia penal, con un principal interés en el criminal *a priori*, es decir, buscando ser capaz de determinar quién es potencialmente criminal y ubicarlo incluso antes de que delinca determinando su *peligrosidad*. Con la apropiación del campo de las anomalías, el poder psiquiátrico se extiende más allá del espacio asilar, se disemina a través de la función psicológica y de una trama social disciplinaria (Arcos, 2008).

A partir del concepto de instinto la psiquiatría va a poder dar una explicación a los casos que no son propiamente de locura, o no eran interpretados ni interpretables así. El instinto, a partir de ese momento, es una piedra de toque que explica los trastornos y las irregularidades de conducta por pequeñas o grandes que estas sean (Foucault, 2000; 2006a).

A propósito de esto Foucault pone en relieve la relación entre instinto y anomalía establecida tanto por psiquiatras como por pedagogos:

Vemos surgir algo que es exactamente la anomalía: el niño idiota o retrasado no es un niño enfermo sino un niño anormal... ¿cuáles son los fenómenos positivos de esta anomalía, al margen del apartamiento, de las desviaciones con respecto a la norma? ¿Qué es lo que esa anomalía libera? El instinto. No son síntomas, entonces sino esos elementos a la vez naturales y anárquicos. En resumen, los instintos son a la anomalía lo que los síntomas a la enfermedad (Foucault, 2000: 244).

En esta dirección, los desórdenes que específicamente afectan al instinto sexual provocan la perversión. La diferencia entre voluntad e instinto es, a partir de ese momento, insalvable. En el estilo psiquiátrico de razonamiento, la perversión se ubica fuera de los límites de la voluntad. Es una enfermedad del instinto sexual, psicológicamente y biológicamente incrustada en el propio individuo, y no es legítimamente el objeto de la aprobación o desaprobación moral.

Es necesario insistir en que a fines del siglo XIX las explicaciones psiquiátricas sobre la perversión comenzaron a cambiar desde una perspectiva biomédica hacia una psicología del instinto sexual. Cada vez más el término "sexualidad" se usaba

para indicar el deseo sexual, siendo este entendido como una atracción que se basaba no solo en una oposición física entre lo masculino y lo femenino, sino también en una oposición psicológica. Bajo esta perspectiva la perversión no estará arraigada en lo físico sino en lo funcional (Oosterhuis, 2012).

De este modo comienza a ganar aceptación la idea de que el instinto sexual se explica de modo funcional y no anatómico. En 1896 M. P. Legrain's publica *Des anomalies de l'instinct sexuel et en particulier des inversions du sens genital* y compara la función sexual con la nutricional, asignándoles el mismo valor. Ni la función nutricional ni la sexual se localizan en un órgano determinado y ambas funcionan con la fuerza del instinto, el uno llevando a la supervivencia propia, el otro llevando a la conservación de la especie.

Este instinto sexual pasa a independizarse totalmente de los genitales que ahora sólo son instrumentos al servicio de su función como la boca o el estómago son instrumentos al servicio de la función de nutrición. Desde entonces el instinto sexual pasa a estar ubicado en todo lugar y en ningún lugar, lo cual lo convierte en un antecedente directo de lo que Freud llamará inconciente y de lo que la psiquiatría y la psicología hoy llaman *personalidad*.

Para Krafft-Ebing en su temprana obra de 1879 *Lehrbuch der Psychiatrie auf klinischer Grundlage für praktische Ärzte und Studierende* la vida presenta dos instintos, el de autopreservación y el sexual.²² La perversión entra en escena en el momento en que el instinto sexual se desvía, en la medida en que este no funciona correctamente. En este sentido la perversión es el reverso de la sexualidad.

De la misma forma que el instinto sexual, el instinto de autopreservación, basado en la nutrición, tiene para el psiquiatra alemán sus desviaciones. Así pues, un incremento del apetito lleva al desorden de la hiperorexia, la falta de apetito a la

²² Antecedente directo de la división entre pulsiones yoicas o de autoconservación y pulsiones sexuales en Freud, que hacia el final de la obra del psicoanalista vienés evolucionarán a pulsión de vida y pulsión de muerte.

anorexia y por último perversiones en el apetito, como el impulso a comer arañas, sapos, gusanos o sangre humana (Davidson, 2004). En contrapartida, cuando el instinto sexual se desvía, produce las perversiones, que en un principio son cuatro, a saber, sadismo, masoquismo, fetichismo y homosexualidad.

Como es lógico, postular que en los casos en que el instinto sexual funciona mal conlleva un desorden, exige que también se deba explicar qué sucede o a qué fenómeno se arriba una vez que el instinto sexual funciona correctamente. Sin parámetro del mal y el buen funcionamiento del instinto todo puede funcionar como trastorno o desorden, es decir, nos encontraríamos sin criterio alguno.

¿Cuál es pues este criterio? La copulación entre hombre y mujer con fines reproductivos: “During the time of the maturation of physiological processes in the reproductive glands, desires arise in the consciousness of the individual, which have for their purpose the perpetuation of the species (sexual instinct)” (Krafft-Ebing, 1892, 25) lo cual es complementado más adelante en la obra con la siguiente especificación: “With opportunity for the natural satisfaction of the sexual instinct, every expression of it that does not correspond with the purpose of nature—i.e., propagation—must be regarded as perverse” (Krafft-Ebing, 1892, 79).

Este postulado, a saber, que el correcto funcionamiento del instinto sexual es la perpetuación de la especie, silenciosamente era tomado como sobreentendido y aceptado por todos, incluso desde antes del siglo XIX. No se sentía, ni en el ámbito científico ni fuera de él, la necesidad de fundamentarlo.

Krafft-Ebing, como buen científico es devoto de las descripciones, resultado de esto es la tetra-partición que hace de las perversiones sumado a que establece que para conocer si un sujeto es perverso, es menester investigar toda su forma de ser, gustos e inclinaciones. El diagnóstico no puede proceder únicamente de los actos sexuales de los individuos en cuestión (Davidson, 2004).

Así, Krafft-Ebing establece como principio fundamental que para diferenciar entre enfermedad (perversión) y vicio (perversidad) se debe investigar todos los aspectos del individuo que lo motivan hacia el acto perverso, sólo así se encuentra la clave del diagnóstico. El estudio de las emociones, deseos, fantasías, impulsos, tendencias y apetitos adquiere un rol central a la hora de investigar a qué tipo de persona se enfrenta el médico y el psiquiatra.

Conocer la sexualidad significa conocer la externalización de lo escondido, la esencia interior del sujeto, en otras palabras, conocer la sexualidad es conocer a la persona. La sexualidad nos individualiza, nos convierte en un tipo específico de individuo, en una clase específica de persona.

El siglo XIX silenciosamente y de manera tácita aceptó el concepto de instinto sexual, y si bien el concepto se articula con el modo de pensar del siglo y las teorías biologicistas en boga, no es tan claro que de él se desprendan cuatro clases de perversiones. Para llegar a englobar a homosexuales, sádicos, masoquistas y fetichistas como perversos es necesario aceptar que la función del instinto sexual es la reproducción y con ella viene una satisfacción psicológica del instinto que se da únicamente en la heterosexualidad y en la relación sexual genital: sólo aceptando esto colegiremos al cuarteto señalado como perverso.

Foucault en su obra *Los anormales* (2000) ve como los mecanismos del placer aseguran la desconexión del instinto sexual respecto a la procreación, y es justamente esta desconexión la que va a permitir que se construya un campo unitario de aberraciones: las perversiones. El placer que no se ajusta a la sexualidad normal es el soporte de una serie de conductas anormales, descarriadas e instintivas y que en tanto tales son susceptibles de psiquiatrización.

Capítulo 3. Construir perversos

3.1. Nominalismo dinámico y construcción de personas

¿Cómo nuevas formas de clasificar abren o cierran posibilidades para la acción humana? ¿Afectan las clasificaciones a la persona clasificada? ¿Cómo cambiamos en virtud de ser clasificados? ¿Nuestros cambios tienen un efecto de retroalimentación en el sistema de clasificación?

A fin de pensar estos problemas y esbozar una serie de planteos con respecto a la perversión acudiremos a la obra del filósofo canadiense Ian Hacking cuyo trabajo ha sido muy importante en la labor de articular la tradición de pensamiento analítica y anglosajona con la tradición que ha caracterizado a la Europa Continental y más en específico a Francia.

Si bien Hacking se define a sí mismo como un filósofo analítico de Cambridge, y sus primeros libros avalan esa postura, gran parte de su obra versa sobre el análisis filosófico de las ciencias humanas. La mayoría de sus trabajos en este ámbito aparecieron a partir de la segunda mitad de la década de 1990. Entre ellos cabe destacar *Rewriting the Soul* (1995), *Mad Travelers* (1998), *The Social Construction of What?* (1999) e *Historical Ontology* (2002).

En dichas obras Hacking declara no renunciar a las principales líneas de investigación en las que venía trabajando desde sus inicios, pero acuña una serie de nociones estrechamente relacionadas entre sí y específicas para las ciencias humanas: nominalismo dinámico, ontología histórica, construcción de personas, efecto bucle y nicho ecológico (Martínez, 2010).

Hacking (1990) sostiene que Kuhn hizo progresar considerablemente la causa nominalista al explicar cómo nuestras categorías son modificadas en el curso de revoluciones científicas. A partir del pensamiento de Kuhn pero sin continuar sus planteos, Hacking, en los trabajos en que aborda a las ciencias humanas, se define como un nominalista dinámico y argumenta que hay clases de seres y acciones humanas que devienen simultáneamente con la creación de las clases en que son clasificados.

Este es un tipo particular de nominalismo que, por un lado, se concibe histórico, en la medida en que la historia juega un rol esencial en la constitución de los objetos (las personas y sus comportamientos), y por otro lado es fundamentalmente dinámico. Este concepto tiene sus antecedentes en Nietzsche y Foucault además de tener implicancias para la historia y la filosofía de las ciencias humanas (Martínez, 2010).

En términos generales el nominalismo es una posición defendida por numerosos filósofos desde la Edad Media según la cual no existen los conceptos generales o universales como realidades o cosas extramentales (anteriores e independientes del conocimiento) ni en las cosas ni fuera de las cosas, sino que lo que llamamos conceptos universales son meros nombres con los que denominamos a aquellas propiedades que pueden predicarse de varios individuos.

Hacking entiende que el nominalismo consiste en que el mundo no tiene estructura, sino que el hombre lo organiza en hechos. La organización y estructuración del mundo es una imposición del ser humano. Las personas constituyen los hechos en un proceso social de interacción con el mundo e interviniendo en sus asuntos. Como opuesto a éste tradicionalmente se ha posicionado al realismo, si bien Hacking entiende que no tiene porqué ser necesariamente así, de modo que homologa al nombre de nominalismo dinámico el de realismo dialéctico, en tanto estudia las interacciones de lo que existe con nuestras concepciones acerca de ello:

I think of myself as a “dynamic nominalist” interested in how our practices of naming interact with the things that we name – but I could equally be called a dialectical realist, preoccupied by the interaction between what there is (and what comes into being) and our conception of it (Hacking, 2002: 2).

El nominalismo dinámico implica una noción cambiante de la verdad y permite dar cuenta de cómo el objeto y la teoría se ajustan, se adecuan e interaccionan entre sí. A este respecto, Hacking entiende que no hay una teoría única y más rica acerca de cómo es el mundo. En otras palabras, el universo es demasiado complejo para describirlo en una sola y única teoría. Antes bien, son fácilmente imaginables numerosas descripciones verdaderas e independientes entre sí acerca del mundo (Martínez, 2005).

De este modo, en su análisis filosófico Hacking plantea que la verdad, en tanto que ajuste entre lo categorizado y su categoría, tiene historia al igual que la tienen el razonamiento, la investigación y las técnicas de descubrimiento utilizados para llegar a la verdad, ya que no solo hemos investigado el mundo, sino que también hemos tenido que descubrir cómo investigarlo (Hacking, 2009).

En este punto Foucault vuelve a ser de central importancia, ya que en la *Historia de la sexualidad* (2002a) señala que la verdad mantiene una relación circular con los sistemas de poder que la producen y sustentan, así como en los efectos que ella induce y que la extienden. Foucault establece:

Hay que ser nominalista, sin duda: el poder no es una institución, y no es una estructura. No es cierta potencia de la que algunos estarían dotados: es el nombre que se presta a una situación estratégica compleja en una sociedad dada (Foucault, 2002a: 113).

Esto deriva de la concepción que el filósofo francés tiene acerca del poder y que desarrolla a lo largo de su obra, donde elimina la percepción jurídico-discursiva en la que el funcionamiento se daría de modo jerarquizado y estructurado, es decir, donde el poder es únicamente represor. Para Foucault (2001) el poder produce lo real. Con respecto a la verdad, Foucault entiende que es en sí misma

poder. La verdad no está más allá del poder, sino que está ligada a los sistemas que la producen y la mantienen.

Hay que cesar de describir siempre los efectos de poder en términos negativos: "excluye", "reprime", "rechaza", "censura", "abstrae", "disimula", "oculta". De hecho, el poder produce; produce realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad. El individuo y el conocimiento que de él se puede obtener corresponden a esta producción (Foucault, 2006b: 198).

Ante todo, poder es un verbo y refiere a una acción, no a un objeto que se posee. El poder no se cede ni se intercambia, se ejerce y solo existe en acto (Foucault, 1992). Lo importante cuando se analiza el poder es determinar cuáles son sus mecanismos, sus implicaciones, sus relaciones, así como los distintos dispositivos de poder que se utilizan en los distintos niveles de la sociedad (Ávila-Fuenmayor, 2007).

Al decir de Foucault, se crean entre estos dos polos continuamente juegos de poder. Hacking asimila estas ideas foucaultianas y entiende que hay una relación de tensión entre aquellos que son clasificados y las clasificaciones. Así sostiene que las clases de seres y acciones humanas surgen simultáneamente con la invención de las categorías que las etiquetan, se adecuan e interaccionan entre sí. De este modo nuevas categorías llevan a nuevos tipos de personas. Lo central de esta idea radica en que las prácticas de nombrar interactúan con las cosas que nombran.

Hacking en *Cinco parábolas* (1990) considera que en las ciencias naturales nuestra invención de categorías no cambia realmente el sentido de trabajar el mundo. Aunque creamos nuevos fenómenos que no existían antes de nuestro esfuerzo científico, lo hacemos únicamente con un permiso del mundo (o así pensamos). Pero en el fenómeno social podemos generar tantas clases de personas y de acción como nuevas clasificaciones y categorías inventemos. Las categorías de seres humanos arriban a la existencia al mismo tiempo que lo categorizado, y existe entre esos procesos una interacción en ambas direcciones (Hacking, 1990; 2001; 2007)

Las ideas interactúan con estados, condiciones, conductas, acciones e individuos. Por ello Hacking considera que hay un efecto bucle entre las clasificaciones y las acciones que inducen, al decir de Austin (1990) las invocaciones performativas que los fenómenos provocan. Pero a su vez las clasificaciones trascienden el lenguaje y se deslizan hacia instituciones y prácticas. Estas interacciones ocurren dentro de matrices en las que encontramos elementos sociales y materiales. No se trata únicamente de hacer cosas con palabras ya que no son procesos meramente discursivos (Molina, 2017).

Cuando las clasificaciones son conocidas por las personas o por quienes están a su alrededor y usadas en instituciones, cambian las formas en que los individuos tienen experiencia de sí mismos; pueden llevar a que los sentimientos y conducta de las personas cambien, en parte, por ser clasificadas (Hacking, 2001).

Según esta perspectiva la recolección sistemática de datos sobre las personas afecta no sólo las maneras en que concebimos a una sociedad, sino también las maneras en que describimos a nuestros semejantes. Lo que se conocía sobre las personas de una clase puede llegar a ser falso porque las personas de esa clase han cambiado en virtud de lo que creen de sí mismas. El autor llama a este fenómeno el *efecto bucle de las clases humanas* (Hacking, 2002).

Para Hacking (1995b; 2002) hacer-clases humanas es en un sentido más fuerte que hacer el mundo. Las personas clasificadas tienden a conformar o a crecer en los sentidos en que ellas son descritas; pero también se desarrollan en sus propios sentidos, de modo que las clasificaciones y descripciones están para ser constantemente revisadas. La perversión es una ilustración casi perfecta de este efecto feedback. Una de las razones de las constantes ediciones de *Psychopathia sexualis* fueron las continuas cartas a Krafft-Ebing de personas que se reconocían como perversas y explicaban su vida al psiquiatra. A su vez el médico analizaba estos testimonios y renovaba su obra.

En este sentido hackineano Arnold Davidson plantea que la perversión no era una enfermedad que se encontraba en la naturaleza, esperando que un psiquiatra con

poderes especiales de observación la descubriera. Era una desviación creada por un nuevo (funcional) entendimiento de enfermedad (Davidson, 2004; Hacking, 2007).

Asimismo, el mero hecho de que se planteara en el siglo XIX la clasificación de perversión recayó sobre una serie de individuos cuya conducta pasó a ser analizada desde una matriz psiquiátrica, dándosele todo un nuevo status a sus comportamientos y a las causas de estos.

Entre la categoría psiquiátrica de *perversión* y los sujetos que entran en esta categorización se genera un efecto bucle. Médicos y médicos psiquiatras crean a fines del siglo XIX la posibilidad de un espacio conceptual para una enfermedad funcional del instinto sexual. Los clasificados, que a su vez se ven afectados por la clasificación en su pensamiento, tratamiento y control, van actuar e incluso entenderse a sí mismos de forma no independiente de las descripciones disponibles, pero con la posibilidad de reaccionar a esas clasificaciones y crear nuevas acciones. Se genera nuevamente la necesidad de revisar la clasificación y los criterios mismos de su aplicación.

3.2. Efecto bucle y nicho ecológico

En las ciencias naturales, según Hacking, se tiene confianza en que algo es real cuando se comprenden sus causas y se es hábil para intervenir y cambiar. En el caso de las enfermedades mentales también suelen ligarse estos dos resultados, intervención y causas, de modo que los médicos pretenden comprender la enfermedad, pero también curarla (Martínez, 2005).

La psiquiatría opera en un movimiento que va de lo particular a lo general, de la particularidad del caso a su inscripción en la generalidad del cuadro nosográfico o trastorno objetivado. El diagnóstico, operación necesaria en una práctica que

requiere establecer un pronóstico y planificar un tratamiento, se realiza desde los síntomas visibles a fin de luego inferir la causa de la conducta. No obstante, no suele encontrarse un agente patógeno específico que explique el comportamiento del paciente (Nin, 2008).

Hacking una vez más retoma a Foucault y considera que debemos tratar de descubrir cómo es que los sujetos están poco a poco y de forma progresiva, real y materialmente constituidos a través de una multiplicidad de organismos, fuerzas, energías, materiales, deseos, pensamientos, etc. Según el autor se trata de averiguar cómo reorganizamos el mundo y construimos personas (Hacking, 2002).

Los objetos de las ciencias humanas están contruidos y constituidos históricamente, de modo que dependen de las posibilidades de descripción disponibles. Las clasificaciones construyen personas y además posibilitan que nos pensemos a nosotros mismos a través de esas clasificaciones (Hacking, 2007).

En este proceso actúan tres ejes. En primer lugar, el conocimiento, porque el individuo se reconoce como teniendo una clase de comportamiento y un sentido de sí mismo en relación con la enfermedad. Además, las nuevas clasificaciones pueden modificar no sólo el presente y el futuro, sino reinterpretar el pasado de cada individuo, ya que al crearse una nueva descripción el pasado puede reorganizarse a la luz de esa nueva categorización.

El segundo eje es el poder: el poder conceptual anónimo acerca de la enfermedad, que actúa sobre la vida del enfermo y de los demás, porque la interacción de las personas con la clasificación se produce en una matriz de instituciones y prácticas que rodean a la clasificación. Se genera un hacer a partir de la teoría y la clasificación, hacer que incide directamente en la clasificación misma.

Finalmente encontramos el eje de la ética: en cuanto los eventos relacionados con la enfermedad tienen que ver con valores que posibilitan elecciones, formas de ser y formas de verse a sí mismo y a los demás. En este sentido las clasificaciones

mismas están cargadas de valoraciones, de formas deseables de ser y no ser, de hacer y no hacer. Las categorías y conceptualizaciones del yo, no sólo determinan la mirada del otro, sino también la de uno mismo sobre sí.

Asimismo, existe un doble movimiento, desde la comunidad de expertos hacia las personas y desde estas hacia aquellos. Dicha comunidad crea una etiqueta (realidad) que algunas personas hacen propia. En un segundo movimiento la persona etiquetada reacciona creando una realidad nueva que los expertos deben encarar.

Construir personas cambia el espacio de las posibilidades para la personalidad y crea dos mecanismos. Por un lado, el etiquetar desde arriba, desde una comunidad de expertos que crean una realidad que algunas personas toman como propia. Y por otro lado el comportamiento autónomo de la persona etiquetada, la cual empuja desde abajo, creando una realidad que todo experto debe enfrentar.

Los pacientes de cada época —efecto bucle mediante— tienden a conformarse en el sentido en que son clasificados. A su vez, la manera en que lo hacen adquiere características propias, lo que lleva a una constante transformación y revisión de la clasificación (Hacking, 1995b).

Puede observarse que Hacking sigue el camino marcado por Foucault en cuanto a pensar la constitución de los sujetos no en términos universalizables, sino como un proceso que se da en un tiempo y lugar, en formas locales e históricas determinadas, y utilizando materiales organizados en una forma histórica distintiva. Es una ontología para ser practicada no en términos de grandes abstracciones, sino de formaciones explícitas en que poder constituirse a sí mismo de acuerdo a las posibilidades circundantes, y cuyas trayectorias pueden ser trazadas. Refiere más al espacio de posibilidades que rodea a la persona para la formación de su carácter y que crea la potencialidad para la experiencia individual, que a la formación del carácter mismo (Martínez, 2010).

No se trata de que hubiera una clase de personas, en este caso de perversos, que fueran aumentando en número hasta reclamar ser reconocida por burócratas o estudiosos de la naturaleza humana, sino que un tipo de persona surgió al mismo tiempo que la clase misma fue inventada. Es decir, nuestras clasificaciones y nuestras clases conspiran para emerger mano a mano.

Psychopathia sexualis de Krafft-Ebing con sus sucesivas ediciones y traducciones desde 1886, resulta particularmente interesante, ya que incluye historias de casos relatadas en primera persona por los corresponsales del médico. Incluso este mecanismo será imitado en su forma de concebir el tratado psiquiátrico por otros, como Albert Moll, Iwan Bloch y Sigmund Freud. Estos textos nos permiten reconstruir la historia, no sólo del discurso médico, sino de las experiencias de los sujetos, con sus apropiaciones, resistencias y divergencias respecto al saber normalizador. Clasificación y reacción a la clasificación confluyen primero en la misma obra de Krafft-Ebing y luego en las de sus sucesores (De Eugenio, 2015).

Los individuos etiquetados como pervertidos no eran víctimas pasivas del poder médico. Antes bien, sus historias de vida desempeñaron un papel importante en la producción de conocimiento sobre la sexualidad. Tanto Krafft-Ebing como sus seguidores confiaron en la información de sus pacientes y corresponsales como base empírica para sus consideraciones teóricas. Al publicar cartas y relatos autobiográficos que se presentaban de forma más o menos voluntaria, y al citar declaraciones de pervertidos *ad litem*, Krafft-Ebing, Moll, Bloch y Freud entre otros permitieron que se escucharan las voces que generalmente se silenciaban. La comprensión psiquiátrica de las perversiones se movió entre el etiquetado científico y el control, por un lado, y la realización de la autoconciencia y la autoexpresión, por otro (Oosterhuis, 2012).

Los testimonios fluyen profusamente dentro de los escritos médicos sobre la perversión y la figura del paciente retrocede ante la fuerza taxonómica del conocimiento que lo clasifica y permite que los clasificados se piensen a sí

mismos desde el saber médico pero que también interfieran en las futuras clasificaciones (De Eugenio, 2015).

De esta guisa también se pudo reescribir el pasado desde la matriz psiquiátrica. Estas nuevas categorías permitieron clasificar a personajes históricos y así echar luz sobre los acontecimientos de la historia con una más potente herramienta científica. Las ideas modernas viajan en el tiempo y explican el comportamiento de personajes que van desde Sade, Calígula, Nerón y hasta el mismo Jesucristo. La medicina retrospectiva también logró un auge en el siglo XIX, sin ir más lejos Jean-Marie Charcot en *Les Démoniaques dans l'art* (1887) encontró manifestaciones de histeria en varios tiempos de la historia del arte y de los artistas.

Antes de la invención del estilo de razonamiento psiquiátrico no existían pervertidos. Después de él, todas las personas pasaron a ser susceptibles de ser perversos. Este cambio trajo por añadidura e indefectiblemente un sentido moral.

La perversión y el pervertido son casos especialmente representativos de esta relación entre formas de experiencia y sistemas de conocimiento. El concepto médico de perversión no estuvo en circulación hasta fines del siglo XIX y, por tanto, no hubo pervertidos antes de esa fecha. El surgimiento de este concepto no sólo generó la aparición de un nuevo tipo humano, sino de un nuevo espacio donde pensar lo humano: cada individuo siente, piensa y se interpreta a sí mismo según las coordenadas en las cuales puede ser sujeto.

Desde una perspectiva histórica, como afirma Fragio (2007) asistimos a un caso claro de genealogía del sujeto vinculada a las nuevas categorizaciones decimonónicas de la subjetividad. De la enfermedad del cuerpo que dominó hasta la primera parte del siglo XIX se pasó a la morbilidad psicológica consciente.

Asimismo, para que haya sido posible crear con éxito una psicopatología médica del sexo, así como las perversiones y la figura del perverso, tuvieron que darse una serie de circunstancias históricas que fungieran como condición de

posibilidad para la emergencia de la sexualidad y la construcción de nuevas personas.

Con el objetivo de explicar este fenómeno, Ian Hacking en su análisis de las enfermedades mentales transitorias²³ recurre a la metáfora del “nicho ecológico” entendiéndolo como un lugar suficientemente amplio en el que se dan las condiciones ambientales adecuadas para la enfermedad o en el que el síntoma puede desarrollarse. Siguiendo la interpretación que Arnold Davidson hace de la obra de Hacking mantendremos la postura de que las nociones teóricas empleadas para las enfermedades mentales transitorias también se ajustan a la perversión (Davidson, 2004).

El término nicho ecológico refiere en el mundo de la ecología al concepto que describe la posición relacional de una especie o población en un ecosistema. En otras palabras, cuando se habla de nicho ecológico, se refiere a la “ocupación” o a la función que desempeña cierto individuo dentro de una comunidad.

A nivel filosófico este concepto se inspira en la idea foucaultiana de formación discursiva. Pero el filósofo canadiense aclara que evitó esta última expresión pues hace mucho hincapié en el discurso, lo cual, si no deja de lado, al menos quita protagonismo a la intervención, al experimentar y en definitiva a la práctica y al hacer.

Como se dijo antes, para la emergencia de las clases debe existir un nicho ecológico, el cual depende de cuatro vectores de distinto tipo que apuntan en diferentes direcciones. Si bien cuando uno o algunos de ellos desaparecen, el nicho se destruye (Hacking, 1998).

²³ No debemos entender a las enfermedades mentales transitorias como un trastorno o una dolencia de duración limitada en la vida de un sujeto. Antes bien, se trata de patologías que aparecen en un tiempo y un lugar determinado y, o bien desaparecen sin dejar rastro o bien reaparecen en otro lugar y en otras circunstancias, siempre por razones que tienen que ver con el ambiente cultural de la época y del país o contexto socio-geográfico en el que la enfermedad surge como tal (Huertas, 2011).

En el caso de las enfermedades mentales transitorias —como la personalidad múltiple o la fuga histérica— Hacking menciona el vector médico: la necesidad de que la patología se ajuste en alguna taxonomía de enfermedades; el vector de polaridad cultural, en vistas de que la enfermedad se incrusta en un sentido bipolar —bueno/malo, virtuoso/vicioso— en la cultura; el vector observabilidad: la enfermedad debe ser visible como tal; y el vector liberación, en tanto la patología debe proveer alguna liberación que no puede satisfacerse en otra parte de la cultura en la cual prospera (Martínez, 2010).

Así respecto al vector médico, un comportamiento pasa a ser una enfermedad en tanto es reconocido como patológico por un grupo de expertos quienes construyen una taxonomía. Es necesario percibir ciertos comportamientos como resultados de un problema de salud para reconocerlo como enfermedad. En el caso de la perversión, esta pasó a ser vista como una desviación del instinto sexual que afectaba la vida de los sujetos y evitaba la reproducción de la especie.

Al indagar la sexualidad, el psiquiatra en el siglo XIX busca los detalles, se adentra en los pensamientos y emociones del sujeto, quiere saber si se trata de un perverso o no. Cuanto más se profundiza en la individualidad del yo más se devela el misterio de la sexualidad, pero para hacer este recorrido es preciso ser un especialista, solo un psiquiatra calificado puede responder a la pregunta de si un individuo es perverso o no.

En cuanto al vector cultural este demarca, más allá de las prácticas, la valoración social. La caracterización y la evaluación social varían según la evolución de una práctica. Así, por ejemplo, la autoflagelación podría ser vista en un caso como devoción religiosa y en otro podría ser vista como masoquismo.

Los comportamientos están sujetos a la admiración o la desaprobación colectiva y por ello dan testimonio de la moralidad de una época que reacciona con inquietud o repulsión a determinadas acciones. En el caso de la perversión la aversión fue evidente no solo por el estrecho vínculo que se le asignaba al crimen, sino también por ser una enfermedad que padecían una serie de personas que no eran

capaces de ajustarse a las normas virtuosas y deseables de vida. Por otro lado, la perversión en tanto tal suscitó un interés soterrado en las personas por conocer la historia personal de los perversos, sus confesiones y testimonios. Ejemplo de esto último lo da la popularidad que generó en el gran público la *Psychopathia sexualis* de Krafft-Ebing.

En lo que al vector de la observabilidad refiere, la patología debe ser "visible" e identificable ya como desorden ya como sufrimiento, en suma, como "comportamiento patológico", tanto para los expertos como para la población en general (Huertas, 2011). La enfermedad debe tener manifestaciones visuales que no sólo permitan su identificación, sino también su tratamiento sintomático.

Por último, la liberación está dada por el hecho de que dicho comportamiento patológico debe permitir alcanzar objetivos vitales que sería imposible alcanzar de una manera normalizada (Huertas, 2011; Martínez, 2010). Este último vector está signado en el caso de la perversión por el hecho de que una vez establecido el trastorno muchas personas pudieron reconocerse en él, como padecientes de una enfermedad delimitada y establecida por el campo médico-científico.

La idea de nicho ecológico está articulada a la antes mencionada noción de nominalismo dinámico, ya que postula que numerosos tipos de seres humanos y actos humanos surgen mano a mano en la medida en que un grupo de expertos hacen de ellos su foco de estudio bajo un contexto socio-cultural específico que es constitutivo del fenómeno.

Este nominalismo complementa la noción de nicho ecológico en la medida en que tiene un interés más humano pues sostiene que nuestra esfera de posibilidad, y así, nosotros mismos, somos en algún alcance creados por los nombramientos y lo que ello conlleva. De la misma forma, Hacking entiende que cada clasificación es particular, que no hay una historia general para contar sobre la construcción de personas, sino que cada categoría tiene su propia historia.

Los sujetos se constituyen en un proceso específico dentro de variables tiempo-espaciales determinadas en formas históricas específicas. De este modo, para entender cómo nos constituimos a nosotros mismos es esencial la comprensión histórica de los conceptos implicados.

Así, el concepto de perversión, que alguna vez fue exclusivamente parte de las discusiones especializadas del siglo XIX, se convirtió décadas más tarde y ya en el siglo XX, en una forma dominante de organizar nuestro pensamiento sobre nuestra propia sexualidad. Las personas diagnosticadas como perversas llegaron a experimentarse a sí mismas como enfermas. Experiencia que no fue posible antes del apogeo de la perversión como descripción médica (Davidson, 2004).

El que una enfermedad desaparezca no es igualable a que se produzca una evolución conceptual en la manera de entender los desórdenes, o bien en la forma de nombrar y clasificar las patologías. El clasificar por parte de los expertos crea una realidad que algunas personas hacen suya, y la experiencia autónoma de la persona etiquetada recrea circunstancias que el especialista debe afrontar. Las personas tienden a conformarse, a permanecer e incluso a crecer en el ámbito clasificatorio en el que han sido descritos o diagnosticados.

Esta descripción de Hacking nos permite explicar por qué la historia de la psiquiatría y de la medicina está repleta de diagnósticos desaparecidos, que se han transformado o que ya no llenan las expectativas clínicas que en su momento pudieron llenar, de la misma forma que explica cómo hay razones de lo más variadas para estos cambios, ya sean científicas, al producirse un cambio en la concepción de hacer ciencia; prácticas, por las posibilidades técnicas del momento histórico; demográficas, sociales o culturales.

Las consideraciones acerca del comportamiento considerado perverso dependieron de las convenciones sociales imperantes en un momento y lugar determinado. Hacking ha demostrado cómo las estadísticas decimonónicas dieron lugar a muchas nuevas formas de ser (maneras del *self*). La psiquiatría abrió

nuevas posibilidades a cómo ser personas. La nueva taxonomía médico-psiquiátrica generó un terreno fértil para nuevas conceptualizaciones del yo.

Hacking (2002) sintetiza este último fenómeno bajo el concepto de ontología histórica, el cual refiere a las formas en que se dan las posibilidades de elección, y cómo estas surgen en la historia. No es para ser puesta en práctica en términos de grandes abstracciones, sino en términos de las formaciones explícitas en las que podemos constituirnos, de formaciones cuyas trayectorias se pueden trazar con tanta claridad como las trayectorias de los traumas en el desarrollo del niño, reconstruidas por una lógica que de sentido a lo que se enuncia.

Capítulo 4. Los perversos

¿Hubo perversos antes de la última parte del siglo XIX? Por extraño que pueda parecer, la respuesta es negativa. La perversión y los perversos fueron el resultado del modo de razonar psiquiátrico del siglo XIX y de las teorías sexuales que a partir de ese momento pudieron salir a escena. La sexualidad emerge y se configura como la clave para entender tanto a los sujetos como a los desórdenes y trastornos a partir del siglo XIX, gracias a la ciencia médica desarrollada en Francia, Alemania, Austria y Gran Bretaña.

Como vimos en el capítulo 2, alrededor de 1870 y 1880 prominentes psiquiatras como Wilhelm Griesinger, Carl von Westphal, Richard von Krafft-Ebing, Albert Moll, Paul Moreau, Jean-Martin Charcot y Valentin Magnan cambiaron el enfoque sobre los actos inmorales, de una desviación temporal de la norma a una condición morbosa con peso ontológico. Como investigadores provenientes del enfoque médico-científico y basando sus argumentos en el pensamiento evolutivo, así como en las teorías deterministas de la degeneración hereditaria y el automatismo neurofisiológico, los psiquiatras explicaron las perversiones como una enfermedad funcional que afectaba la vida entera del sujeto.

En las últimas décadas del siglo XIX, varios psiquiatras clasificaron y explicaron una amplia gama de comportamientos sexuales desviados que rastrearon recolectando casos clínicos a fin de introducir nuevas etiquetas y categorías de perversión. Después de que términos como "uranismo", "amor griego", "sentimiento sexual contrario", "inversión", "homosexual" y "heterosexual" se acuñaran en torno a la década de 1860, en las siguientes tres décadas, alentados por esta nueva forma de clasificación en la ciencia médica, aparecieron más neologismos, como el exhibicionismo, el voyeurismo y el fetichismo, pedofilia,

bestialidad, sadismo y masoquismo. Los psiquiatras hicieron una contribución sustancial al surgimiento de la sexología médica para que las perversiones pudieran ser diagnosticadas, categorizadas y discutidas (Oosterhuis, 2012).

Debemos remarcar que este fenómeno, a saber, la novedosa clasificación de los comportamientos sexuales en perversiones, fue un cambio impulsado desde la psiquiatría. Anteriormente un “mismo” comportamiento podría ser juzgado desde el derecho o desde la moralidad, nunca desde la ciencia. Como especifica Davidson: “The assignment in regulating the perversions, from law/morality to medicine, was not simply a new institutional division of labor; it was to signal a fundamental transformation and the inauguration of whole new ways of conceptualizing ourselves” (Davidson, 2004: 24).

A fin de ejemplificar lo anterior baste pensar que un siglo antes, en 1798 Kant —que escribió sobre todos los tópicos y aspectos del ser humano y del mundo— trató el tema de las enfermedades mentales, específicamente en *Antropología en sentido pragmático*. Allí el filósofo alemán distingue entre las enfermedades mentales a la hipocondría, la manía, la melancolía y el delirio: su enfoque es cognitivo, ninguna palabra sobre la perversión sexual aparece.

Incluso un año antes, en su doctrina sobre la virtud que integra *La metafísica de las costumbres* Kant se pronuncia sobre las conductas sexuales de los seres humanos, pero —como no podía ser de otro modo— desde un punto de vista jurídico y moral (Cruz Cruz, 2011; 2012).

El filósofo alemán en la sección titulada *La deshonra de sí mismo por la voluptuosidad* escribe:

Igual que el amor a la vida determina por naturaleza a la conservación de la *persona*, el amor al sexo determina por naturaleza a la conservación de la *especie*; es decir, cada una de ellas es un *fin de la naturaleza* [...] El impulso hacia aquel disfrute se llama *placer carnal* (también

voluptuosidad, sin más). El vicio que de aquí surge se llama impudicia,²⁴ y la virtud referida a estos impulsos sensibles se llama castidad, que aquí ha de presentarse ahora como un deber del hombre para consigo mismo. La voluptuosidad es *contranatural* cuando el hombre se ve excitado a ella, no por un objeto real, sino por una representación imaginaria del mismo, creándolo, por tanto, él mismo de forma contraria al fin, y ciertamente contrario a un fin todavía más importante que el del amor mismo a la vida, porque éste tiende sólo a la conservación del individuo, pero aquel a la conservación de la especie en su totalidad (Kant, 1993: 284-285).

Si bien no aparecen los tópicos de las desviaciones sexuales no deja de presentarse ya para ese entonces una suerte de reticencia pre-victoriana. Del mismo modo está en escena la preocupación por perpetuar la especie.

Aun así, es preciso admitir lo evidente, y es que el término perversión es muy anterior al siglo XIX, ya que fue forjado a partir del término latino *perversio*, el cual ya aparece, como sustantivo, a fines de la Edad Media. En cuanto al adjetivo "perverso" (*perversus*), se halla atestiguado mucho antes, a fines del siglo XII. Dicho adjetivo deriva del participio pasado del verbo *perverto*, *pervertere*, *perverti*, *perversus*, que viene a significar volver del revés, volcar, invertir, pero también erosionar o bien desordenar y cometer extravagancias, el cual también lleva al sustantivo *perversitas*. En consecuencia, perverso —sólo existe un adjetivo frente a varios sustantivos— es aquel aquejado de *perversitas*, es decir, de perversidad (o de perversión) (Corominas, 1991).

San Agustín utiliza en su *De civitate Dei* el término perversión, pero en un sentido teológico y a forma de describir actos malvados que parten de la voluntad humana, a modo de ejemplo tomaremos el párrafo 37 que se encuentra en el libro XII de la citada obra:

²⁴ Kant se vale de todo el arsenal lingüístico-jurídico latino y utiliza términos propios de la época romana.

Neque enim auri vitium est avaritia, sed hominis **perverse**²⁵ amantis aurum iustitia derelicta, quae incomparabiliter auro debuit anteponi; nec luxuria vitium est pulchrorum suaviumque corporum, sed animae **perverse** amantis corporeas voluptates neglecta temperantia, qua rebus spiritualiter pulchrioribus et incorruptibiliter suavioribus coaptamur; nec iactantia vitium est laudis humanae, sed animea perverse amantis laudari ab hominibus spreto testimonio conscientiae; nec superbia vitium est dantis potestatem vel ipsius etiam potestatis, sed animae **perverse** amantis potestatem suam potentioris iustiore contempta. Ac per hoc qui **perverse** amat cuiuslibet naturae bonum, etiamsi adipiscatur, ipse fit in bono malus et miser meliore privatus (San Agustín, De civ. Dei, XII: 37).

(Ciertamente la avaricia no es vicio del oro, sino del hombre que ama perversamente al oro y abandona la justicia, la cual se debía anteponer sin comparación al oro; ni la lujuria es vicio de los cuerpos bellos y delicados, sino del alma que ama perversamente los placeres corporales, haciendo caso omiso a la templanza, por la cual estamos en armonía con las cosas que son espiritualmente más hermosas e incorruptiblemente más agradables. Ni la jactancia es vicio del elogio humano, sino del alma que impíamente quiere ser alabada por los hombres, despreciando así el testimonio de su propia conciencia. Tampoco la soberbia es vicio de quien concede la potestad, sino del alma que perversamente ama su potestad, y de ese modo vilipendia la potestad más justa del que es más poderoso. Y, de ese modo, el que ama perversamente el bien de cualquiera naturaleza, aunque lo alcance, él mismo se hace malo en lo bueno y miserable privándose de lo que es mejor) {Traducción propia}.

Como vemos, en el pensamiento agustiniano la perversión está en relación a los pecados y en las faltas hacia Dios. En esta tradición, la perversión es un pecado, una afrenta al creador, pero nunca una enfermedad y mucho menos un desorden.

En contrapartida a San Agustín y Kant, así como a los siglos que separaron al uno del otro, es a pocos años de la mitad del siglo XIX que el término perversión adquiere una definición médico-científica. El *Oxford English Dictionary* reporta entre su vocabulario por primera vez el término perverso, en un sentido médico, en su edición de 1842. Aquí la perversión tiene el valor de una enfermedad por desviación que afecta a las funciones del organismo. Desde el comienzo las

²⁵ El término *perverse* (las negritas son nuestras) es un adverbio de modo que es indeclinable.

nociones de perversión y función están inextricablemente entrelazadas (Davidson, 2004).

Como bien lo entiende Edgardo Castro (2014), este trabajo epistémico de Davidson se enmarca en el mismo camino foucaultiano y a estos efectos tal vez la frase del poeta René Char, de *Fureur et mystère* (1948), que Foucault eligió para la contratapa de la edición francesa de sus dos últimos libros publicados en vida, sea la que mejor expresa el sentido de todo este tipo de trabajos genealógicos: “L'histoire des hommes est la longue succession des synonymes d'un même vocable. Y contredire est un devoir” (Char, 1948: 28).

En la genealogía del perverso Foucault ve como un antecedente central el momento, en el siglo XVIII, en que los gobiernos advierten que no tienen que vérselas ya con individuos ni incluso con un pueblo, sino con una población. La diferencia no es menor, ya que hablar de población implica cuantificar y clasificar, involucra analizar variables de natalidad y mortalidad, de duración y esperanza de vida, de fecundidad, estado de salud y de enfermedades, entraña incluso analizar la vivienda y las formas de alimentación. La población supone un problema económico ya que en ella se concentra la riqueza, la mano de obra y la capacidad de trabajo, controlarla pasa a ocupar un lugar de primera línea para los gobiernos ilustrados (Foucault, 2002a; 2006b).

Occidente generó a partir del siglo XVIII nuevas reglas de juego de poderes y de placeres, y fue a partir de estas reglas y placeres que emergieron un siglo más tarde la sexualidad y la perversión. A partir de las preocupaciones demográficas surgió en el siglo XIX una inédita incitación política, económica y técnica a hablar del sexo. Incitación que fue ante todo de carácter cuantitativo y con fines clasificatorios. El principal interés radicó en clasificar, ordenar y contabilizar a los individuos. Las estadísticas vivieron un auge sin igual y necesitaron categorías de clasificación (Foucault, 2002a).

Como señalan los autores españoles Francisco Vázquez García y Andrés Moreno (1997) la figura del perverso llega a tener tres enfoques, por un lado, el perverso

será visto como un parásito, un ser del cual el cuerpo social debe protegerse; por otro, será visto como un criminal o un criminal en potencia; y en último grado será percibido como un demente, es decir, como poseedor de un trastorno psiquiátrico.

Bajo esta perspectiva la conducta sexual fue tomada como objeto de análisis y blanco de intervención. En el siglo XIX se multiplicaron las condenas judiciales por pequeñas perversiones y se anexó la irregularidad sexual a la enfermedad mental. El siglo XIX europeo fue el iniciador de las heterogeneidades sexuales. Nunca antes se habían clasificado las diferentes conductas respecto al sexo, se trató, pues, del momento en el que emergieron las sexualidades periféricas.

Las rarezas del sexo dependen de una tecnología de la salud y de lo patológico. El crecimiento de las perversiones es producto real de la interferencia de un tipo de poder sobre el cuerpo y los placeres. Poco a poco el siglo XIX fue construyendo un gran archivo de los placeres del sexo, registro que —a diferencia de la confesión cristiana— fue solidificado por la medicina, la psiquiatría y la pedagogía: Campe, Salzmann, Kaan, Krafft-Ebing, Tardieu, Moll, Havelock Ellis, entre otros reunieron con cuidado todo ese abanico libre de heterogeneidad sexual (Davidson, 2004; Foucault, 2002a).

Occidente rompió de esta forma con el *ars erotica*²⁶ y en su lugar creó una *scientia sexualis*. Esta ciencia sexual generó una psiquiatrización del placer perverso: el instinto sexual fue aislado como instinto biológico y psíquico autónomo; se hizo el análisis clínico de todas las formas de anomalías que pueden afectarlo; se le prestó un papel de normalización y patologización de la conducta entera; por último, se buscó una tecnología correctiva de dichas anomalías (Foucault, 2002a).

Así, hacia fines del siglo XIX surge en la escena pública europea una serie de nuevos personajes: el sádico, el masoquista, el fetichista y el homosexual. Dichos

²⁶ En China, Japón, India o Roma la verdad era extraída del placer mismo, tomado como práctica y recogido como experiencia.

actores fueron presentados en sociedad por una nueva ciencia médica sobre el sexo que irrumpió para quedarse, estableciendo lo que hasta entonces era un modo inédito de entender las prácticas sexuales de las personas y sus relaciones con el orden social. Desde ese momento en adelante el cuarteto que integraba las perversiones se volvió un lugar común en las discusiones sobre la sexualidad.

Si bien el siglo XIX fue fecundo en estadísticas y clasificaciones, la perversión presentó características únicas en relación a otros cuadros clínicos ya que el sujeto perverso fue heterogéneo, ¿cómo unir bajo un mismo grupo a sádicos con fetichistas, masoquistas con homosexuales? El hilo que los unió y los conformó como tales, perversos, fue la negatividad, la búsqueda de una sexualidad que no tiene como fin la reproducción.

En 1886 con la publicación de *Psychopathia Sexualis* del psiquiatra Richard von Krafft-Ebing, a la sazón catedrático de Psiquiatría en la Universidad de Viena, quedaron conformadas las perversiones: homosexualidad, sadismo, masoquismo y fetichismo. Es menester ver este fenómeno funcionando dentro y fuera del campo científico, pues más allá de las importantes repercusiones científicas que tuvo la obra de Krafft-Ebing también fue común durante muchas décadas que en los hogares se encontrara un ejemplar de *Psychopathia sexualis* escondido bajo las tapas de un clásico de la literatura (Nin, 2013). Si bien los pasajes más sicalípticos de la obra estaban escritos en latín, cualquier persona que hubiera cursado educación media en la época sabía descifrar los textos de la lengua del Imperio Romano.²⁷

²⁷ Incluso los críticos literarios apuntan a que muchos de los relatos de la obra de Krafft-Ebing influenciaron en la creación del personaje del barón de Charlus de *À la recherche du temps perdu* de Proust. Ese personaje refinado, femenino, soberbio y arrogante, pero a la vez cruel y desequilibrado; incluso, como varios de los masoquistas de Krafft-Ebing, se hace flagelar en un burdel. Al leer este manual de Psiquiatría el escritor francés Marcel Proust lo desaprobó comentando “Parece que hasta el vicio es ahora ciencia exacta” (Czoniczner, 1959). Incluso vemos como en *À la recherche du temps perdu* el autor utiliza

A medida que se sucedían las ediciones de *Psychopathia sexualis* las historias que hacían de correlato empírico a las clasificaciones fueron en aumento, incluso estos relatos hicieron que la obra fuera en demasía popular. De modo tal que avanzadas las ediciones Krafft-Ebing se fue convirtiendo en un padre confesor de los perversos ya que le llegaron muchas cartas de diferentes personas que le relataron sus problemas y se identificaron con las descripciones de la obra del psiquiatra, de modo que su archivo llegó a tener miles de historias de los más variados casos.

Para este trabajo nos hemos valido de la primera edición en inglés de *Psychopathia sexualis* la cual fue editada en Nueva York en 1892 y toma como modelo la decimosegunda edición alemana, en ella Krafft-Ebing ilustra todas sus categorías psiquiátricas con 237 casos.

Con este conjunto de vidas paralelas, o al decir de Foucault, infames, Krafft-Ebing recopila un completísimo material donde se mezcla la compasión con el ridículo: los personajes que describe carecen de una vida colectiva, carecen de genealogía y anterioridad, su desviación ya no es parte de una degeneración hereditaria sino de una causalidad que la ciencia les asigna (Roudinesco, 2009).

4.1. Sadismo

En un camino opuesto a los místicos, que durante la Edad Media y la Modernidad temprana hicieron de la flagelación de su cuerpo un instrumento hacia la salvación de sus almas, los libertinos propios del siglo XVIII buscaron únicamente la voluptuosidad, desearon vivir como dioses y en consecuencia dejaron el esquema de la salvación religiosa detrás (Delon, 1990; Roudinesco, 2009).

sistemáticamente el término “invertido” sin contar que su cuarto tomo lleva por título *Sodome et Gomorrhe*, lo cual es una clara señal de que el autor rehúye el término “homosexualidad”.

Francia en un contexto de desórdenes políticos —que luego culminarían en el proceso de la Revolución y la época napoleónica— dio lugar a la aparición de grandes pensadores libertinos, entre los que se destacaron Pierre Choderlos de Laclos, Nicolas Restif, pero, sobre todo, el Marqués de Sade.

Frente a las enciclopedias que trataron de explicar el mundo racionalmente, el Marqués de Sade opuso a la racionalidad una naturaleza que consideraba criminal, pasional y excesiva haciendo que mude la filosofía de la Ilustración a una filosofía del crimen y del libertinaje: Sade construyó una Enciclopedia del mal basada en la necesidad de una enseñanza rigurosa del goce ilimitado ²⁸ (Delon, 1990; Roudinesco, 2009).

Es importante resaltar frente a este aspecto que las conductas y pensamientos de Sade no escapan a los análisis que del siglo XVIII (la época clásica) hace Foucault, ya que el Marqués crea un erotismo disciplinario. No es más que un sargento del sexo que desarrolla un cuidadoso control del cuerpo con el único objetivo del descontrol (Foucault, 2013). En el mismo sentido foucaultiano lo interpretó Georges Bataille: “No tuvo a lo largo de su vida más que una ocupación, que decididamente le interesó, la de enumerar hasta el agotamiento las posibilidades de destruir seres humanos, destruirlos y gozar con la idea de su muerte y sufrimiento” (Bataille, 2000: 163).

Sade pasó más de la mitad de su vida en reclusión, condenado a muerte por crimen, blasfemia, sodomía y envenenamiento (aunque las investigaciones más actuales indican que jamás mató a nadie). Sabemos además que fue encarcelado a petición de su suegra, primero en Vincennes, luego en la Bastilla, y que allí tramó el grueso de su obra y pensamiento.

²⁸ Curiosamente, y desde esta filosofía, Sade fue uno de los primeros filósofos que se opuso incondicionalmente a la pena de muerte ya que pragmáticamente entendió que el crimen es natural en el ser humano, estar a favor de la pena de muerte no solo reprime algo que no debe ser reprimido, a saber, el crimen, sino que además supone cometer dos en lugar de uno.

Más allá de que su nombre a posteriori diera lugar a una patología, tanto Foucault como Davidson entienden que el Marqués de Sade no pudo haber sufrido de sadismo. En primer término, porque su psicología no era la de un sádico, y en segundo lugar y aún más importante, porque el sadismo no había sido conceptualizado como una posible categoría de enfermedad psiquiátrica a fines del siglo XVIII (Davidson, 2006).

Hubo importantes debates en la sociedad francesa para cuando el Marqués de Sade fue arrestado. Se discutió sobre si era malvado o si sufría de un trastorno mental extraño y poco conocido. Varios alienistas testificaron en los juicios, pero no contaban con la categoría de perversión como categoría psiquiátrica, por lo que existieron intentos de explicar su comportamiento como monomanía erótica: el Marqués de Sade no fue jamás un sádico (Davidson, 2006).

Este mismo camino emprende Foucault, cuando a razón de la publicación de su primer tomo de la *Historia de la sexualidad* es entrevistado por los psicoanalistas Alain Grosrichard y Gérard Wajemanen en la Universidad de París VIII. Allí Grosrichard consulta a Foucault sobre el sado-masoquismo y le indica que hace tiempo se viene hablando de él como perversión, a lo que Foucault responde que es una aseveración muy fuerte e inquiera por documentos y fuentes que avalen que se hable de sadismo antes del siglo XIX. Grosrichard afirma que ya en el siglo XVII existían catálogos que detallaban casos de sujetos que se hacían azotar o azotaban obteniendo placer en ello. Foucault, sin perder nunca la desconfianza concluye que de existir tales casos no fueron entendidos como enfermedades del instinto sexual, pues esto recién ocurriría pasada la mitad del siglo XIX.

Volviendo al Marqués de Sade, es preciso mencionar que, a su muerte en 1814, su cuerpo fue enterrado en Chartenon. Sin embargo, cuatro años más tarde el cementerio fue remodelado y sus restos exhumados. En ese momento, el asistente del médico que lo atendía, J.L. Ramon, seguidor de los planteos frenológicos de Gall, inspeccionó el cráneo del filósofo y escritor y concluyó que era en todo similar a los de un Padre de la Iglesia (Roudinesco, 2009).

No obstante, más tarde, un discípulo directo del austríaco Gall, el doctor Spurzheim tomó prestada la calavera y realizó moldes de ella, a su vez contradijo la primera opinión de Ramon arguyendo que el cráneo de Sade no revelaba sino vicios, odio y depravación (Roudinesco, 2009). Con Spurzheim el cráneo viajó a varios países para ilustrar conferencias sobre frenología. Desde entonces, reaparecieron varias calaveras atribuidas al Marqués, así como muchas anécdotas que evocaban sus poderes malvados²⁹ (Lever, 1991).

Curiosamente la inmensa mayoría de las biografías del Marqués de Sade son de los siglos XIX y XX, destacándose la escrita por Iwan Bloch a fines del siglo XIX y la escrita por Maurice Lever en 1991. En todos los casos existe la abierta posibilidad de hablar de sadismo, y tal vez esta sea la razón principal que mueve a los investigadores a indagar los datos biográficos de Sade.

Más allá de Sade como personaje histórico, la patología que bautiza es independiente en todo de él. En tanto y en cuanto patología, el sadismo es definido por Krafft-Ebing en los siguientes términos:

Sadism. It consists in this that the association of lust and cruelty, which is indicated in the physiological consciousness, becomes strongly marked on a psychically degenerated basis, and that this lustful impulse coupled with presentations of cruelty rises to the height of powerful affects. This generates a force that seeks to materialise these presentations of fancy, and which is accomplished when hyperæsthesia supervenes as a complication, or inhibitory moral counter-presentations fail to act (Krafft-Ebing, 1892: 52-53).

De esta forma, por primera vez la noción de sadismo se encuentra descrita en términos médicos, para caracterizar de manera clara una forma aberrante de comportamiento sexual en la que el goce erótico sólo puede ocurrir a condición de

²⁹ De acuerdo a Maurice Lever (1991), Thibault de Sade —descendiente del Marqués— encontró un molde del cráneo de su ancestro en el laboratorio de antropología del Musée de l'Homme de París. Sobre el cráneo se habían inscrito las siguientes palabras: «Marquis de Sade. Coll. Dumoutier (nombre de un asistente de Spurzheim) no. 259»

que se encuentre asociado a la voluptuosidad además de la crueldad y violencia activa (Costa Pereira, 2009).

En el manual psiquiátrico del doctor Krafft-Ebing el nombre del Marqués de Sade apenas si aparece mencionado, en una de estas pocas oportunidades el forjador de la ciencia sexual moderna escribe “[t]he notorious Marquis de Sade, after whom this combination of lust and cruelty has been named, was such a monster. Coitus only excited him when he could prick the object of his desire until the blood came” (Krafft-Ebing, 1892, 105). Esta breve descripción que el médico hace de Sade, es a partir de sus novelas, específicamente de *Histoire de Justine*, *Histoire de Juliette* y *Philosophic dans le boudoir*, es decir, ningún testimonio directo del Marqués es utilizado más allá de sus ficciones.

Contemporáneo a Krafft-Ebing, el psiquiatra y dermatólogo³⁰ alemán Iwan Bloch fue un estudioso de la obra de Sade. Tras una exhaustiva investigación publicó en 1899 un libro sobre la vida del filósofo francés e incluso él fue quien encontró el manuscrito de *Les Cent Vingt Journées de Sodome*. Recordemos que dicho original le había sido requisado al divino marqués mientras estaba prisionero en la Bastilla, y cuya pérdida lamentó muy vivamente e incluso murió pensando que se había perdido para siempre.

Bloch encuentra y publica la obra central de Sade con el seudónimo de Eugene Duehren en 1904. El manuscrito había permanecido por tres generaciones en manos de familiares de Sade, y a fines del siglo XIX fue vendido por un librero parisino a Bloch, quien lo traduce —con muchos errores— y lo da a conocer al público³¹ (Roudinesco, 2009).

Para Bloch este libro era capital, no sólo dentro de la obra del Marqués de Sade, sino dentro de la historia de la humanidad misma. Bajo el punto de vista del

³⁰ Recordemos que los dermatólogos eran los especialistas en enfermedades venéreas para ese entonces.

³¹ Hoy el manuscrito se encuentra en la fundación Martin-Bodmer de Ginebra, Suiza.

psiquiatra alemán, en la novela se halla una clasificación rigurosa de todas las pasiones relacionadas al instinto sexual. A los ojos de Bloch, el Marqués de Sade condensó en esta obra todas sus teorías, y de este modo creó cien años antes que Krafft-Ebing lo que pasaría a ser llamado como psicopatía sexual.

El ejercicio de comprender al Marqués de Sade como sádico supone una acción anacrónica. Entre la persona histórica y la patología hubo casi un siglo de diferencia. Suponer que el sadismo preexiste a su nominación y creación en tanto enfermedad funcional del instinto sexual es a todas luces un error.

Mientras que el siglo XVIII vio en el Marqués de Sade a un criminal y una persona malvada, el siglo XIX vio en el sadismo a un trastorno patológico de origen biológico y psicológico. El sadismo en el terreno médico jamás se ha utilizado para designar actos malvados o personas que hacen el mal (en el más intuitivo uso moral del término). En tanto concepto científico, el sadismo ha intentado designar un tipo de patología en base a la cual entender la conducta de una clase específica de sujetos, sin que con ello se pretenda introducir conceptos éticos.

4.2. Masoquismo

A lo largo de la historia nos han llegado testimonios de comportamientos signados por la sumisión y el dolor. En tiempos premodernos la esclavitud como sistema daba al sometimiento un carácter social y político. Una vez que las sociedades se transformaron hubo que encontrar explicaciones individuales para aquellos que tuvieran una inclinación particular hacia el dolor. No obstante, para que el diagnóstico de masoquismo se estableciera como tal se tuvieron que dar muchas discusiones a nivel médico. Curiosamente, los expertos centraron la mayor parte de su atención en la nomenclatura.

Cuando el revolucionario Chales Lynch ordenó la ejecución sin proceso de un grupo de lealistas dio lugar al linchamiento, del mismo modo el ingeniero John Loudon McAdam prestó su nombre al macadán, igualmente el doctor Joseph-Ignace Guillotin inventó una máquina de decapitar que tomó su apellido, de igual forma un particular método de presión implementado en Irlanda contra el británico Charles Cunningham Boycott dio origen a un nuevo término y forma de protesta. No obstante, el uso de estas palabras no generó tanta polémica como el caso del masoquismo.

Mientras que en los casos anteriores no hubo un responsable específico de la invención de la palabra, es decir, no hubo una persona concreta que impusiera el término, en dos de las perversiones el nombre fue acuñado por un solo médico. Algunos de los neologismos de Krafft-Ebing para el campo de la psiquiatría permanecen hasta hoy: es el caso del sadismo, el masoquismo y la pedofilia. Del mismo modo, el término homosexualidad había sido introducido en 1869 por el poeta húngaro Karl Maria Kertbeny pero no se usó en la terminología científica hasta que Krafft-Ebing lo reintrodujera en 1886 (Oosterhuis, 2012).

La emergencia de la sexualidad y de la perversión articuladas dentro del saber psiquiátrico provocó que para describir una sexualidad denominada como patológica se inventara una inmensa lista de términos eruditos en griego antiguo y en latín. No obstante, algunos de estos términos en lenguas clásicas no llegaron a consolidarse y fue necesario buscar nomenclaturas alternativas.

De este modo Krafft-Ebing utilizó los nombres de Donatien Alphonse François de Sade y de Leopold von Sacher-Masoch para imponerlos como perversiones, sadismo y masoquismo respectivamente. Esta decisión, como adelantamos, fue acompañada de una serie de controversias.

Es cierto que para 1886 al publicarse *Psychopathia sexualis* el Marqués de Sade ya había muerto hacía tiempo, por lo cual no vio bautizar con su nombre a una perversión. Por el contrario, Leopold von Sacher-Masoch era contemporáneo de

Krafft-Ebing y por aquellos años gozaba de popularidad como escritor tanto en Austria como en sus alrededores.

Krafft-Ebing fue cuestionado por haber tomado sin permiso el nombre de un escritor vivo y de renombre para designar a una de las perversiones. Con esta decisión Sacher-Masoch pasó a ser el emblema del masoquismo gracias a su novela *La venus de las pieles* (1870) la cual describe un contrato por parte del narrador Severin con su amante Wanda. En dicho contrato Severin se compromete a ser esclavo de Wanda y ella a azotarlo y maltratarlo.

El término utilizado hasta entonces para designar la predisposición a ser azotado, golpeado y maltratado por un partenaire era el de *algolagnia pasiva*, mientras que la *algolagnia activa* designaba a las conductas que implicaban placer al causar sufrimiento físico en la pareja. También se probó suerte con el término *algofilia*. No obstante, la lengua griega no dio con nomenclaturas muy cómodas para designar las inclinaciones al dolor y el sufrimiento (Assandri, 2013).

Así como los términos *algolagnia*³² y *algofilia* no tuvieron suerte, nombres previos como el de *flagelación*, el de *disciplina inglesa* o *vicio inglés*³³ resultaban reticentes al saber médico, el cual necesitaba términos más neutros. Por ello la propuesta de Krafft-Ebing tuvo una gran acogida tanto en el pequeño como en el gran público.

Lo cierto es que Krafft-Ebing, si de ejemplos de la literatura se trata, bien pudo haber tomado a Jean-Jacques Rousseau quien en sus *Confesiones* admite tener la debilidad de hacerse maltratar y la describe con detalles, pero tal vez esta obra del

³² Luego de Krafft-Ebing el psiquiatra alemán Schrenck-Notzing intentó volver al nombre de *algolagnia* (pues ἄλγος significa dolor en griego antiguo, *algolagnia* destaca el factor del dolor, mientras que sadismo y masoquismo destacan el factor del placer) pero sus intentos fueron en vano, la clasificación de Krafft-Ebing se mantuvo incólume (Nin, 2013).

³³ Para entonces la literatura erótica inglesa contaba con muchas obras donde la flagelación era moneda corriente.

filósofo ginebrino ya había sido canonizada como monumento al romanticismo y la introspección (Grynbaum, 2012).

Rousseau felt a desire to have himself punished by ladies pleasing to him, *à la Lambeccior*, but he asserts that until he became a youth he knew nothing of the relation of the sexes to each other. As is known, Rousseau was first introduced to the real mysteries of love in his thirteenth year, and lost his innocence through Madame de Warrens. Till then he had had only feelings and impulses attracting him to woman in the nature of passive flagellation, and other masochistic ideas (Krafft-Ebing, 1892: 167).

En esta misma sintonía, y más allá de Sacher-Masoch, Krafft-Ebing ilustra el masoquismo con dos ejemplos literarios más, por un lado, la vida del poeta Charles Baudelaire y por otro la reconocida novela *Nana* de Émile Zola. La literatura ha funcionado como catalizador de las fantasías masoquistas desde el primer momento (De Eugenio, 2015).

Krafft-Ebing justificaba la utilización del nombre de Sacher-Masoch por el hecho de que este había hecho de una desviación conductual poco conocida como tal en el mundo científico, el sustrato de sus escritos. Llegó a afirmar más tarde, estando muerto Sacher-Masoch, que el austríaco no solo había sido el poeta del masoquismo sino que él mismo había padecido esta anomalía (hecho que comprueban, en efecto, sus diarios y cartas).³⁴

Respecto a esta polémica, para la duodécima edición de su obra Krafft-Ebing ya respondía de la siguiente forma a las críticas:

I refute the accusation that I have coupled the name of a revered author with a perversion of the sexual instinct, which has been made against me by some admirers of the author and by some critics of my book. As a man Sacher-Masoch cannot lose anything in the estimation of his cultured fellow-beings simply because he was afflicted with an anomaly of his sexual feelings. As an author he suffered severe injury so far as the influence and intrinsic merit of his work is concerned, for so long and whenever he eliminated his perversion from his literary efforts he was a

³⁴ Hoy sabemos que el contrato entre Severin y Wanda en *La venus de las pieles* se basa en el propio contrato que Sacher-Masoch pactó con su amante Fanny Pistor.

gifted writer, and as such would have achieved real greatness had he been actuated by normally sexual feelings (Krafft-Ebing, 1892: 132-133).

Krafft-Ebing sentía que su decisión estaba plenamente justificada y el derecho a utilizar el nombre de Sacher-Masoch para una categoría científica era tan legítimo como el uso que John Dalton hizo de su propio apellido para definir un trastorno de origen genético en la capacidad de distinguir los colores. Si bien es necesario señalar que aquí se invierte la mecánica del nombrar, ya que la enfermedad no lleva el nombre del científico que las acuña sino del escritor que la inspira.

Krafft-Ebing incluso llegó a explicitar que antes de Sacher-Masoch el masoquismo —en su esencia— era desconocido en el ámbito científico, a esto súmesele que el primero en describirlo detalladamente como perversión es el mencionado médico, mientras que antes solo podemos encontrar vagas utilizaciones del término perverso y sus aledaños, donde nunca hay concomitantemente una definición fija de los usos de los términos.

Krafft-Ebing con la creación de su manual posibilitó que el masoquista sea un tipo de persona, es decir, que logre una existencia como tal. Desde la primera edición de la *Psychopathia sexualis* el masoquismo pasa a ser una forma posible en que un sujeto pueda concebirse a sí propio.

Igualmente, es preciso puntualizar que al momento de crear su clasificación Krafft-Ebing tuvo un importante cuidado en distinguir el masoquismo de la flagelación pasiva, propia de tantos monjes y sacerdotes cristianos. El psiquiatra indica que el masoquista se hace azotar por un partenaire y el castigo es parte de esa relación dual, el acto de castigo es un medio por el cual satisfacer un deseo perverso. En el caso de la flagelación el sujeto solo desea un daño mecánico en su espalda, el cual se lo inflige él mismo (Krafft-Ebing, 1892).

Por último, es importante destacar que, desde sus orígenes, el masoquismo fue entendido como el reverso del sadismo, es decir, como el lado complementario de la primera perversión aquí analizada

Masochism is the opposite of sadism. While the latter is the desire to cause pain and use force, the former is the wish to suffer pain and be subjected to force. By masochism I understand a peculiar perversion of the psychical *vita sexualis* in which the individual affected, in sexual feeling and thought, is controlled by the idea of being completely and unconditionally subject to the will of a person of the opposite sex; of being treated by this person as by a master, humiliated and abused. This idea is coloured by lustful feeling; the masochist lives in fancies, in which he creates situations of this kind and often attempts to realise them. By this perversion his sexual instinct is often made more or less insensible to the normal charms of the opposite sex incapable of a normal *vita sexualis* psychically impotent (Krafft-Ebing, 1892: 131)

Muchas décadas más tarde Gilles Deleuze contradecirá esta posición. Para el filósofo francés el sádico y el masoquista no son figuras complementarias, sino incompatibles. Esto no sólo es debido a la divergencia de expectativas de cada uno con respecto a la actividad del otro, sino a que el escenario del masoquista no encaja con el del sádico: los marcos estéticos y éticos de sus relatos no coinciden (Deleuze, 2001).³⁵

Incluso hoy, para la psiquiatría contemporánea el masoquismo no deja de ser un desorden. Si bien la psiquiatría americana habla de parafilias, se mantiene la noción de desviación y de trastorno sexual a corregir.

³⁵ Siguiendo a Deleuze, Slavoj Žižek ilustra esta postura con un simple chiste y una breve interpretación: “un masoquista que le pide a un sádico que le golpee cruelmente, ante lo que el sádico le responde con una sonrisa maliciosa «No, jamás...». Este breve chiste ilustra cómo la relación entre el sadismo y el masoquismo no es complementaria; es decir, el sádico y el masoquista de ninguna manera forman una pareja ideal; no es una relación en la que cada uno de los dos obtiene del otro lo que quiere (en la que el dolor del masoquista provoque directamente la satisfacción del sádico, y viceversa)” (Žižek, 2015: 148).

4.3. Fetichismo

A diferencia de la homosexualidad, el sadismo y el masoquismo, y casi a contrapelo de la historia de estos tres primeros diagnósticos mencionados, el fetichismo ha permanecido de un modo característico y sin las variables que suelen darse en todos los diagnósticos médicos en general y psiquiátricos en particular.

Al contrario de las otras nuevas "especies" sexuales emergidas en el siglo XIX, el término fetichismo, en cuanto palabra, fue acuñado varios siglos antes, de modo que la obra de Krafft-Ebing solo reconfigurará su significado.

El polimorfismo del fetichismo y su insistencia hacen que su estudio resulte asaz interesante. Así en un lapso de medio milenio prestó servicios primariamente en la religión, luego se fue ampliando a la filosofía, la etnología, la economía, la antropología, así como al positivismo comteano hasta llegar a la psicopatología, modificando sus formas, pero sin desaparecer jamás y sin dejar de ser reconocido con el término *fetichismo*.

El pasaje del fetichismo de siglo en siglo, comenzó cuando ciertos exploradores portugueses nombraron con la palabra *feitisso*, "magia", "cosa encantada", "cosa hechizada" a objetos materiales que adoraban los habitantes del sur del África. El vocablo *feitisso* a su vez proviene del latín *facticius*, "artificial" (Corominas, 1991). La empresa conquistadora de aquellos cristianos portugueses los llevó a tropezarse con trozos de raíces, de piedras brillantes, de huesos, que eran venerados por los aborígenes (Assandri 2008).

A estos efectos, podríamos decir con palabras cristianas que los portugueses veían la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, ya que —al igual que todas las religiones— ellos mismos ya hacía tiempo que adoraban reliquias: desde sus inicios el cristianismo dio un valor infinito a cenizas, huesos, mechones de cabello, dientes y trozos de vestimentas de santos, siendo toda esta mercadería

traficada por siglos y siglos en el mundo cristiano, donde los más poderosos eran capaces de gastar verdaderas fortunas por un trozo de tela que habría sido parte del santo sudario, o un trozo de madera que se decía había sido parte de la lanza de Longino o la cruz en la que clavaron al hijo de Dios. El explorador cristiano, con su reliquia de la cruz en la mano, desconocía al africano que adoraba un trozo de raíz, sin embargo, ambos creyentes hubieran podido reconocerse como siendo de la misma madera (Assandri 2008).³⁶

En el siglo XVIII el fetichismo pasó a formar parte de la historia natural de las religiones de la mano de Charles de Brosses, magistrado y erudito francés que dedicó su vida al estudio de la historia y evolución de las religiones. De Brosses en *Du culte des dieux Fétiches* publicada por primera vez en 1760 fue el encargado de hacer oficial y popular el término acuñado por los conquistadores portugueses tiempo atrás.

Luego los antropólogos ingleses desarrollaron las teorías del animismo y el totemismo para aclarar y superar al fetichismo en tanto concepto. El fetichismo religioso encuentra su motivo original en la ilusión de que su objeto, el ídolo, no es un mero símbolo, sino que posee atributos divinos. Por ello se le atribuyen peculiares y maravillosas virtudes (reliquias), o bien se le asignan cualidades protectoras (amuletos) (Krafft-Ebing, 1892).

Ya en el terreno económico, es necesario señalar que el famoso fetichismo de la mercancía de Marx no debe ser ubicado como un intermedio entre el fetichismo religioso y el fetichismo sexual, sino más bien, como parte de un mismo asunto, cosificar el plus de valor que se le otorga a cierto objeto. Marx se refiere al modo en que las relaciones sociales son reemplazadas por las relaciones entre cosas. El

³⁶ El antropólogo francés Marcel Mauss analizará a principios del siglo XX este punto en *Esquisse d'une théorie générale de la magie* (1902). Allí Mauss pone la lupa en esta ceguera europea para ver el funcionamiento del pensamiento mágico funcionando en su vida cotidiana y el juicio negativo del viejo continente para con las sociedades totémicas africanas y asiáticas.

objeto fabricado borra la inscripción del proceso humano que llevó a producirlo y se vuelve protagonista.

Poco más de un siglo después de Charles de Brosses y dos décadas más tarde que *Das Kapital* donde Marx acuña el *fetichismo de la mercancía*, Alfred Binet dará al concepto de fetichismo un matiz sexual, y lo entenderá como la característica de un sujeto de sobredeterminar el valor de un objeto o actitud. Para el fetichista una tela, una mirada, un brillo, un olor que podría considerarse sin ningún valor, toma rápidamente una valía única sobre el resto de las cosas y a ojos de un especialista en la ciencia sexual se vuelve patológico en tanto se ve en clave de erotismo.

Binet establecerá que existe un fetichismo normal y uno patológico, e inclusive mantendrá lo religioso dentro del asunto, ya que menciona en su artículo de 1887 *Le fétichisme dans l'amour* que el fetichismo normal es politeísta y el patológico, monoteísta. Binet tomó tanto aportes científicos como literarios,³⁷ pero fue el primero en emplear el término *fetichismo* fuera del ámbito religioso y dentro del ámbito médico-psicológico, en otras palabras, fue el primero en emplear la expresión *fetichismo erótico* (Larsen, 1986).

Respecto al fetichismo, Richard von Krafft-Ebing intuyó que se trataba de una perversión primordial, ya incluida en las demás perversiones, “[t]he pathological facts of masochism and sadism show that mental peculiarities may also act as fetiches but in a wider sense” (Krafft-Ebing, 1892: 22). Para ilustrar este punto el psiquiatra señala, por ejemplo, que en la novela de Sacher-Masoch el tapado de piel de la protagonista cumple el rol de fetiche.

Además, Krafft-Ebing interpretó al fetichismo como un proceso metonímico, es decir, el fetiche oficia como la parte que representa al todo, de forma que actúa naturalmente en la especie humana como lugar donde inferir la salud del posible

³⁷ Posteriormente Marcel Proust, al igual que leyó a Krafft-Ebing, leerá y se verá influenciado por Binet, o al menos así lo plantea Elisabeth Czoniczzer (1959) en su importante obra sobre el escritor francés (1959).

partenaire. En este sentido el fetiche sirve al accionar del instinto sexual y al proceso general de la reproducción como un paso intermedio a ésta, “the fetichism of body and mind is of importance in progeneration; it favours the selection of the fittest and the transmission of physical and mental virtues” (Krafft-Ebing, 1892: 22).

Al momento de su definición Krafft-Ebing era consciente tanto de los testimonios de los exploradores portugueses como de las obras de De Brosses y Binet, por lo que consolidando al cuadro como perversión y sin olvidar su origen religioso escribe:

Erotic fetichism makes an idol of physical or mental qualities of a person or even merely of objects used by that person, etc., because they awaken mighty associations with the beloved person, thus originating strong emotions of sexual pleasure. Analogies with religious fetichism are always discernible; for, in the latter, the most insignificant objects (hair, nails, bones, etc.) become at times fetiches which produce feelings of delight and even ecstasy (Krafft-Ebing, 1892: 18).

Al igual que Binet, Krafft-Ebing distingue entre un fetichismo normal y uno patológico. Este se vuelve un cuadro clínico en la medida en que el fetiche no está en relación directa al acto sexual, en otras palabras, cuando el fetiche tiene un valor por sí mismo y no es un paso intermedio a la copulación. Así el psiquiatra germano dedica gran parte de su enciclopedia a analizar casos de pacientes cuyo fetiche recaía en zapatos o prendas de vestir donde no hay un estímulo sexual previo que justifique esa predisposición.

De la misma forma que Krafft-Ebing, Freud en sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905),³⁸ se refiere en diversos apartados al fetichismo como una manifestación

³⁸ Recordemos que Freud trabajó la temática del fetichismo en muchos de sus textos, además de sus *Tres ensayos* cabe mencionar *El delirio y los sueños en la Gradiva de W. Jensen* (1907), *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910) y por último su conferencia *Fetichismo* (1927), sin obviar las continuas referencias al fetichismo en los casos clínicos publicados por el psicoanalista y las menciones al pasar por sus textos más teóricos.

perversa. Freud citará los estudios de Binet quien en 1888 ya planteó que las causas del fetichismo radicaban en la primera infancia del sujeto: “on revient toujours à ses premières amours” (Binet, citado en Freud, 2000a: 140).

Para Binet y luego para Freud en el fetiche se manifiesta la influencia persistente de una impresión sexual recibida en la primera infancia. En este sentido es claro que para entender al sujeto enfermo es menester observar toda su historia vital y sus emociones, ya no su anatomía ni sus herencias genéticas.

La particularidad del fetichismo radica en su estabilidad, no solo porque su misma invención terminológica con los colonizadores portugueses es rememorada por los autores que analizan esta perversión, sino porque sus conceptos básicos permanecen inamovibles e incuestionados desde Binet, pasando por Krafft-Ebing y Freud, hasta llegar al actual DSM V.

Para evidenciar esta unidad baste recordar que, al igual que Krafft-Ebing, Freud entendió que el fetichismo estaba acertadamente emparentado con los objetos en que el salvaje veía encarnado a su dios y razonó que en lo sexual se daba en las ocasiones en que *el objeto sexual normal* era sustituido por otro que guarda relación con él a pesar de que es inapropiado para servir a modo de meta sexual normal. Freud sigue observando que el sustituto del objeto sexual es en general una parte del cuerpo (pie, cabellos) o una prenda (ropa interior, sombrero), un objeto inanimado que mantiene una relación con la persona sexual.

También vemos en Freud uno de los primeros enunciados de Richard von Krafft-Ebing, en tanto que el fetichismo está presente, disfrazado o no, en otras perversiones y cuadros clínicos: “Ninguna otra variante de la pulsión sexual que linde con lo patológico ha atraído tanto nuestro interés como aquella, a causa de los extraños fenómenos a que da lugar” (Freud, 2000a: 139).

Los avatares de la psicopatología sexual, incluso en su renombre en *parafilias*,³⁹ no excluyó al fetichismo en tanto término y trastorno. Tampoco fue excluido en la reabsorción que del cuadro clínico hizo *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) y el *Psychodynamic Diagnostic Manual* (PDM). Pero no deja de ser significativa una peculiar exclusión que se establece en los dos citados manuales, a saber, ciertos objetos que no deben diagnosticarse como fetiche, sobre todo cuando el objeto es estimulante desde el punto de vista genital debido a que ha sido diseñado especialmente para este propósito, como puede ser por ejemplo un vibrador (Assandri, 2008).

En cuanto al fetichismo, el DSM V lo clasifica como enfermedad siempre y cuando, al igual que la mayoría de los trastornos que el manual clasifica, sea una conducta recurrente durante al menos seis meses. De esta forma, el fetiche debe ser condición *sine qua non* para la excitación sexual y a su vez afectar la vida social o laboral del sujeto. En el caso de que ésta no afecte la vida social o laboral del paciente, se considera simplemente como una manifestación de su sexualidad.

³⁹ La psiquiatría americana abandona el término *perversión* y postula a cambio en 1987 el de *parafilia*. Así el DSM entiende por *parafilias* a los impulsos sexuales, fantasías, o comportamientos recurrentes e intensos que implican objetos no humanos, el sufrimiento o la humillación de uno mismo o de la pareja, o que implican niños u otras personas que no consienten. De igual forma, estos impulsos, para ser considerados *parafilicos* deben deteriorar la vida del sujeto. El DSM V hoy reúne bajo el grupo de *parafilias* a comportamientos como el sadismo, el masoquismo, el exhibicionismo, el voyerismo, el fetichismo y el frotismo, entre otros (American Psychiatric Association, 2002).

4.4. Homosexualidad

Únicamente en el siglo XIX podremos aislar el problema de la homosexualidad y reconocerlo como problema propiamente dicho. Si bien en retrospectiva se han intentado reconocer, de forma amplia, prácticas de diferentes civilizaciones en términos de la dualidad homosexual/heterosexual, esta no deja de ser un binomio decimonónico con preocupaciones específicas de la sociedad europea en primer término y luego occidental. Extender más allá de los límites espaciales de Occidente y de igual forma hacer retro-diagnóstico con la categoría de homosexual no nos llevaría sino al error.⁴⁰

Como han mostrado con sobrada fuerza Henri Ellenberger (1970) y Didier Eribon (2001) el universo discursivo en torno a los amores entre hombres y los amores entre mujeres es extremadamente complejo y heterogéneo en el siglo XIX.

De todas las perversiones catalogadas en el siglo XIX la que más análisis e interés ha suscitado es sin lugar a dudas la homosexualidad. Si bien, como apuntábamos más arriba, podemos buscar antecedentes de lo que a fines del siglo XIX se conoce como *homosexualidad*, esta se diferencia de sus antecesores (especialmente la sodomía) en tanto categoría. Los homosexuales son enfermos sexuales, mientras que el sodomita nunca fue un enfermo sexual, sino que la sodomía era una categoría legal, definida en términos de cierta conducta

⁴⁰ Paul Veyne ilustra este aspecto en las culturas clásicas, y recurriendo a los textos antiguos muestra cómo los antiguos griegos y luego los romanos, no tenían experiencia de la homosexualidad como tal. Lo que hoy podríamos entender por homosexualidad nunca fue vista como problemática, antes bien, en la relación hombre-hombre la parte pasiva en caso de ser un hombre libre era pasible de ser sancionado o juzgado moralmente. Ni el griego ni el romano pudieron tener la posibilidad de experimentarse y pensarse a sí mismos como homosexual o heterosexual (Veyne, 1982).

específica. El sodomita era un sujeto judicial de la ley mientras que el homosexual un enfermo psíquico del instinto.

Auguste Ambroise Tardieu, además de pronunciarse sobre el caso de Herculine Barbin, dedicó un tercio de su famoso *Estudio médico-legal* de 1857 a la discusión sobre la sodomía y la pederastia. El autor restringió el término *pederastia* al amor hacia los jóvenes de sexo masculino, mientras que la *sodomía* era más amplia y se reservaba para todos los actos contrarios a la natura e independientes del sexo de los actuantes, así se cae en sodomía —Tardieu brinda ejemplos al respecto— en el coito anal, sea este entre hombre y hombre u hombre y mujer (Davidson, 2004; Tin, 2012).

La homosexualidad en tanto que perversión fue fruto de la caza de las sexualidades periféricas propia del siglo XIX, que a su vez produjo una *incorporación de las perversiones* y una nueva especificación de los individuos. La sodomía, palabra habitual en el derecho civil y canónico, era un tipo de acto prohibido. Aquel que cometía sodomía no era más que un sujeto jurídico, mientras que el homosexual decimonónico llegó a ser un personaje complejísimo, poseedor de un pasado, una historia y una infancia, un carácter, una forma de vida. Asimismo —en las primeras décadas del mencionado siglo— el invertido en tanto sujeto supuso una determinada morfología, con una anatomía indiscreta y tal vez hasta una misteriosa fisiología. A diferencia de la sodomía, nada de lo que él es *in toto* escapa a su sexualidad, esta está presente en todo su ser: subyacente en todas sus conductas puesto que constituye su principio insidioso e indefinidamente activo, inscrita sin pudor en su rostro y su cuerpo (Foucault, 2002a).

La homosexualidad apareció como una de las figuras de la sexualidad cuando fue rebajada de la práctica de la sodomía a una suerte de androginia interior, de hermafroditismo del alma. El sodomita antes era un relapso, el homosexual es ahora una especie (Foucault, 2002a: 57).

Mientras que un sodomita podía ser juzgado por la ley y castigado, un homosexual no entraba en esta lógica, antes bien, podía ser reprimido y obligado

moral y socialmente a inhibir sus preferencias. Mientras que la sodomía era un vicio, la homosexualidad era una enfermedad sexual.

Foucault y Davidson entienden que no existen evidencias de que los homosexuales preexistan a los conceptos y categorías de la psiquiatría del siglo XIX. En todo caso, la supuesta demostración es en realidad evidencia de la sodomía, y que solo fue malinterpretada retrospectivamente como prueba de homosexualidad después de que se concibió la categoría de homosexual, cuya emergencia está arraigada en la teoría y la práctica psiquiátrica.

A estos efectos es necesario entender que la categoría de homosexualidad logra imponerse en las dos últimas décadas del siglo XIX, ya que entre mediados y fines del siglo se habla en el ámbito de la psiquiatría de inversión sexual. En 1870 el psiquiatra berlinés Karl Westphal⁴¹ en su *Die conträre Sexualempfindung* aúna la teoría de la degeneración hereditaria y las ideas biologicistas del instinto para proponer que la inversión es fruto de una perversión congénita del instinto sexual, lo que desemboca en que una mujer sea físicamente una mujer pero psicológicamente un hombre, y en contrapartida, que un hombre sea físicamente un hombre pero psicológicamente una mujer.⁴²

Davidson (2004) ve en Westphal al primer médico en definir la homosexualidad en un sentido moderno ya que el psiquiatra alemán comienza a comprender y definir la inversión en términos psicológicos y no fisiológicos.

⁴¹ Karl Friedrich Otto Westphal (1833-1890) fue un médico alemán cuyo nombre logró inscribirse en la historia de la ciencia médico-psiquiatra por haber acuñado el término *agorafobia* tras analizar a varios pacientes que presentaban un terror inusual a encontrarse en lugares públicos (Reuter, 2007).

⁴² Como lo definió el escritor Karl Heinrich Ulrichs en su ensayo *Forschungen über das Rätsel der mann männlichen Liebe*, publicado por primera vez en 1865: *anima muliebris in corpore virili inclusa*, que podríamos traducir como “un alma femenina atrapada en un cuerpo masculino”.

Es justamente para este tipo de fenómeno que se utiliza, por muy pocos años, el término *uranismo*, siendo este un tercer sexo donde se ubicaban aquellos que tenían cuerpo de varón y psique de mujer o bien cuerpo de mujer y psique de varón. El término sin dudas alude al dios griego Urano y más específicamente al discurso de Pausanias dentro de *El banquete* de Platón.

Esta misma postura propuesta por Westphal, apenas modificada y defendida por Ulrichs tomó Magnus Hirschfeld (quien luego pertenecería a la Sociedad Psicoanalítica de Viena). Hirschfeld abandonó por completo las nociones de la degeneración hereditaria y en consecuencia no veía a la inversión como una enfermedad y prefería entenderla como un tercer sexo, el uranista (Hernández Delgado, 2016; Eribon, 2001).

Iwan Bloch se unió a los planteos de Hirschfeld, tanto en contra de la degeneración hereditaria como la patologización de la inversión y en defensa del uranismo como diagnóstico. No obstante, pocos años más tarde, Freud criticó duramente estas concepciones y en sus ensayos sobre la sexualidad escribió:

La doctrina de la bisexualidad⁴³ ha sido formulada en su variante más cruda por un portavoz de los invertidos masculinos: “Un cerebro femenino en un cuerpo masculino”. Sólo que no conocemos los caracteres de los que sería un “cerebro femenino”. Sustituir el problema psicológico por el anatómico es tan ocioso como injustificado (Freud, 2000a: 130).

Mientras tanto el término *homosexualidad* fue propuesto por el escritor, poeta y traductor húngaro Karl-Maria Kertbeny en 1869. Kertbeny usó la palabra homosexualidad tanto en su correspondencia como en sus obras acerca del alma humana. Poco después el vocablo fue retomado y utilizado ya de lleno en el ámbito médico y sustituyó a términos anteriores tales como sodomía, uranismo,

⁴³ Aquí el valor del término bisexualidad no es el que le damos hoy día, antes bien, bisexual era definido como aquel que siendo anatómicamente hombre tiene preferencias sexuales y comportamientos femeninos. En este sentido la bisexualidad era un desorden propio de los hombres y no de las mujeres.

inversión, pederastia, safismo o lesbianismo (Féray, 1981; Berrios & Kennedy, 2003).

En 1886 Krafft-Ebing utiliza la palabra *homosexualidad* y entiende que se basa en el instinto sexual cambiado, es decir, quien es anatómicamente un hombre tiene instinto sexual de mujer y quien es anatómicamente una mujer tiene instinto sexual de hombre. En este sentido no duda en mencionar el concepto de uranismo de Westphal y Ulrichs y marcar las diferencias con la homosexualidad:

The characteristic mark of this degree of inversion of the sexual instinct is that, by the side of the pronounced sexual instinct and desire for the same sex, a desire toward the opposite sex is present; but the latter is much weaker and is manifested episodically only, while homo-sexuality is primary, and, in time and intensity, forms the most striking feature of the *vita sexualis* (Krafft-Ebing, 1892: 351).

Krafft-Ebing no abandona el término uranismo, sino que lo diferencia de homosexualidad. La divergencia entre uranismo y homosexualidad radica en la intensidad. En el primero el deseo sexual está presente en forma débil y episódica hacia un sujeto del mismo género, mientras que en la segunda la *inversión* domina la vida entera. Así pues, en Krafft-Ebing el instinto sexual expresa el ser de la vida sexual del sujeto y por consiguiente determina todas las esferas de su vida.

Para la última década del siglo XIX el término *inversión* es utilizado indistintamente por todos los psiquiatras y médicos, a su vez es combinado en los textos con otros términos más científicos. Así, al término *inversión*, Westphal, Ulrichs y Hirschfeld le adjuntan el de uranismo; Krafft-Ebing y Freud lo sustituyen en varios pasajes por homosexualidad. Al tiempo que Moll, Ellis y Kraepelin utilizan únicamente el diagnóstico de *inversión*.

Ahondando en la distinción psicológica del sexo, Albert Moll,⁴⁴ quien ampliara la decimosexta y decimoséptima edición de *Psychopathia sexualis*, hizo notar que

⁴⁴ Albert Moll llegó a plantear en 1897 que el impulso sexual contrario (hoy diríamos homosexual) aparece desde la infancia y lleva a los niños a querer tocarse, acariciarse y

hay ciertos oficios que son más propensos a ser desempeñados por invertidos, como decoradores, camareros, comediantes, actores o sastres. En esta misma línea, Kraepelin entendió en *Clinical Psychiatry* de 1903 que las anomalías que llevaban a la perversión una vez acentuadas hacían que los perversos eligieran este tipo de empleos detallados por Moll.

En el terreno anglosajón Havelock Ellis, quien desarrollara los conceptos de autoerotismo y de narcicismo que luego Freud retomaría,⁴⁵ publicó en 1897 *Sexual Inversion*, que es, para los críticos, el primer texto en inglés sobre la homosexualidad, si bien el autor no estaba de acuerdo con este término y siempre habló de inversión sexual (Davidson, 2004).

Con Ellis hay una demarcación clara y consolidada entre anatomía y preferencias psicológicas. Esta demarcación que a principios del siglo XIX no existía, consiste en la diferenciación de la complexión anatómica, por un lado, y sus deseos y psicología por otro. Ellis aclara enfáticamente que un invertido puede tener la complexión más ruda y varonil imaginable y, sin embargo, sentirse atraído por otros hombres. Davidson destaca el rol de Ellis dentro del tercer tiempo del razonamiento psiquiátrico sobre la sexualidad, ya que la perversión no está exclusivamente unida a la estructura interna ni externa de los órganos genitales ni del cerebro, sino que es cuestión de impulsos, gustos, actitudes, satisfacciones y rasgos psíquicos (Davidson, 2004).

La homosexualidad como perversión muestra de forma más nítida como para los psiquiatras conocer la sexualidad de una persona es conocer a la persona misma.

fantasear. Por supuesto, esto es un antecedente de la teoría de la sexualidad infantil de Freud.

⁴⁵ Ellis se puso en comunicación con Freud en 1898 para elogiar el trabajo sobre la histeria que este había realizado junto a Joseph Breuer en 1895. Incluso el inglés se valió de los aportes del primer Freud para sus investigaciones, así como Freud reelaboró muchos planteos de Ellis.

La sexualidad es la expresión individual de la forma de ser del sujeto. La psiquiatría del siglo XIX entendió que en esta yace la mejor manera en la que se representa a un individuo, en que se lo individualiza y a su vez hace que cada persona pertenezca a un grupo específico de seres humanos.

En el pasaje del siglo XIX al XX la categoría clínica-psiquiátrica de homosexualidad fue ganando paulatinamente terreno en el campo médico y poco a poco fue utilizada por más y más profesionales, quienes al hacer uso de ella designaban un tipo específico de sujetos, los cuales eran comprendidos como perversos, es decir, como enfermos funcionales del instinto sexual.

No obstante, durante el siglo XX, el término homosexualidad logró imponerse, pero poco a poco dejó de ser comprendido como perversión. Tumuluosos fueron los devenires desde que se acuñó el término *homosexualidad* y se lo definió como una perversión, hasta el momento en que la presión de los movimientos de liberación gays y lesbianos provocaran que fuera descartada en 1973 por la American Psychiatric Association como trastorno mental, y un año más tarde la séptima edición del DSM-II la retirara como clasificación de desorden de la orientación sexual. El asunto, como es de imaginar, armó un gran revuelo, ya que indicaba que la psiquiatría había cedido a la presión de la opinión pública a falta de poder definir científicamente la naturaleza de la homosexualidad.

Asimismo, no es hasta el 17 de mayo de 1990 que la OMS la elimina del listado de trastornos mentales, fecha considerada hoy como Día Internacional contra la Homofobia y la Transfobia.

Capítulo 5. Psicoanálisis

El psicoanálisis representa una ruptura respecto a las tecnologías políticas y científicas de fines del siglo XIX y principios del XX. No obstante, presenta también una gran continuidad con el proyecto decimonónico de la ciencia sexual. La ciencia del inconsciente emerge desde la medicina y con ella aún mantiene una directa vinculación, más allá de que cada vez sea más frecuente que los psicoanalistas no sean médicos.

La medicina fue entendida desde el principio de los tiempos como una forma privilegiada de entender al ser humano y su condición. Esto se hizo aún más patente con los psiquiatras y médicos del siglo XIX que trataron de entender no solo el cuerpo humano sino también su conducta. Así fue moneda corriente encontrar entre los testimonios de los primeros psicoanalistas una asociación directa entre el conocimiento médico y la condición humana. No será casualidad que bien entrado el siglo XX fuera condición imprescindible ser médico para integrar las asociaciones psicoanalistas. El mismo Freud, cuya formación fue en neurología, en uno de sus textos autobiográficos expresa cómo desde muy joven su interés por la medicina era la base de su interés por conocer el alma humana.

Más bien me movía una suerte de apetito de saber, pero dirigido más a la condición humana que a los objetos naturales; tampoco había discernido el valor de la observación como medio principal para satisfacer ese apetito [...] Entretanto, la doctrina de Darwin, reciente en aquel tiempo, me atrajo poderosamente porque prometía un extraordinario avance en la comprensión del universo, y sé que la lectura en una conferencia popular (por el profesor Cari Brühl) del hermoso ensayo de Goethe «Die Natur», que escuché poco antes de mi examen final de bachillerato, me decidió a inscribirme en medicina (Freud, 2000b: 8-9).

El psicoanálisis se desprende de la medicina y mantiene con ella un nexo constante, además de que contemporáneamente trabaja en muchos casos en conjunto con la psiquiatría.

En este mismo sentido Foucault plantea que el psicoanálisis forma parte de la medicalización de la sexualidad. Bajo este aspecto, la disciplina del inconsciente es continuadora de la psiquiatría de su época ya que desde el comienzo Freud planteó que toda sexualidad corre el riesgo de estar enferma y de inducir a enfermedades sin cuerpo.

De los numerosos textos freudianos pocos tienen una relevancia esencial y fundamental para el psicoanálisis. Probablemente sea *La interpretación de los sueños* el texto más canónico de Freud, y el que da convencionalmente fecha de origen al psicoanálisis: 1900. Pero conjuntamente con el esfuerzo freudiano de descifrar los sueños aparece el interés por comprender la sexualidad humana, es por ello que *Tres ensayos de teoría sexual* es de las contribuciones más originales y trascendentales que Freud nos ha legado. Dicho texto fue publicado originalmente en 1905, pero hay que hacer muchas salvedades a este respecto.

Las ediciones de los *ensayos* se sucedieron durante veinte años con la introducción de varias modificaciones en cada versión (sólo *La interpretación de los sueños* tuvo más reediciones y modificaciones). Es importante remarcar que la versión en español del texto freudiano se basa en la sexta y última versión modificada durante la vida de Freud, publicada en alemán en 1925. Freud agregó secciones enteras al texto en 1915, su trabajo siempre fue *work in progress*, e incluso, los avatares de la bioquímica obligaron a reescribir en 1920 uno de los párrafos sobre las bases químicas de la sexualidad (Strachey, 2000).

¿No resulta curioso que Freud comenzara su texto principal acerca de la sexualidad humana hablando de “las aberraciones sexuales”? ¿Por qué un ensayo sobre teoría sexual debería iniciarse tratando el tema de la *inversión*?

El estudio de la sexualidad que realiza Freud está en continuo diálogo con los trabajos de los más ilustres psiquiatras de las últimas décadas del siglo XIX. Incluso la nota al pie de la primera página de *Tres ensayos de teoría sexual* reza de la siguiente forma: “Las referencias contenidas en el primer ensayo se tomaron de las conocidas publicaciones de Krafft-Ebing, Moll, Moebius, Havelock Ellis, Schrenck-Notzing, Löwenfeld, Eulenburg, I. Bloch, M. Hirschfeld, y de los trabajos de *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen*” (Freud, 2000a: 123).

Freud se basa en los psiquiatras y teóricos más importantes de fines del siglo XIX y a partir de ellos continúa una teoría sexual, que sigue incluso la misma metodología; a partir de las desviaciones colegir la normalidad. No sin malicia, Davidson (2004) menciona que cada vez que Freud habla de *opinión popular* en sus ensayos, no hace sino copiar la opinión de los psiquiatras que cita en el primer pie de página de su obra.

Las conceptualizaciones de la sexualidad de dos de los más ilustres psiquiatras del siglo XIX, Richard von Krafft-Ebing y Albert Moll estaban en línea de muchas maneras con los postulados freudianos. Al igual que el psicoanalista, ambos criticaron la criminalización de la desviación sexual y defendieron la prevención del libertinaje sexual mediante la introducción de la educación sexual y la higiene moral.

Del mismo modo, tanto Moll como Kraft-Ebing mostraron aprecio por la contribución de Freud a la sexología. Incluso el segundo apoyó activamente la solicitud de Freud para un puesto de profesor en la Universidad de Viena, y el primero mantuvo una amplia correspondencia con el médico vienés. Si bien es necesario aclarar que Krafft-Ebing desestimó la teoría de la seducción de Freud en una reunión de la Verein für Psychiatrie und Neurologie —Sociedad de Psiquiatría y Neurología— en 1896 como un "cuento de hadas científico", al tiempo que Moll caracterizó la forma en que Freud y sus seguidores interpretaban los sueños como meras proyecciones y fantasías (Oosterhuis, 2012).

El padre del psicoanálisis pone por escrito las posiciones en debate en su época, así discute, entre otros asuntos, la concepción de la perversión como enfermedad. De este modo, en la edición de 1915 de sus ensayos arremete contra el juicio de que *la inversión* es innata, a este respecto contradice a Havelock Ellis, que sostuvo que la inversión era congénita. Freud arguye que la ocasión hace al invertido y que las influencias externas pueden decidir que un hombre se decida a tener comercio sexual con otro hombre (Freud, 2000a).

Freud explica que la heterosexualidad no es un producto inmediato de la conciencia ni de una esencia corporal, sino que el hecho de que, por ejemplo, los hombres se vean atraídos por las mujeres o viceversa, es una cuestión a ser elucidada y no un simple resultado que en última instancia remite a una naturaleza química. Lejos de ser un acontecimiento natural, la heterosexualidad y la homosexualidad eran para Freud fenómenos a ser explicados por la historia psíquica del individuo (Tin, 2012; Freud, 2000a).

A fin de seguir con el ejemplo de la perversión que más polémica y discusión provocó, a saber, la homosexualidad, el psicoanálisis viene a apoyar la noción de que ni heterosexualidad ni la homosexualidad remiten a cualidades innatas. A la supuesta unicidad del instinto sexual, Freud opone una multiplicidad de pulsiones sexuales y de objetos posibles para su satisfacción. Para Freud la disposición a las perversiones no es una particularidad rara, sino un fragmento de la constitución normal. Los niños, por ejemplo, son calificados en los trabajos freudianos como *perversos polimorfos*.

A la hora de definir y clasificar a las perversiones Freud ya no las entiende como enfermedades sino como transgresiones anatómicas respecto de las zonas del cuerpo destinadas a la unión sexual o bien demoras en relaciones intermediarias con el objeto sexual, es decir, pasos intermedios a la concertación del coito.

Aquí planteamos que el trabajo del padre del psicoanálisis es tan continuador del saber decimonónico como rupturista. A favor de esto último, Élisabeth Roudinesco, historiadora y psicoanalista franco-rumana especializada en la historia del psicoanálisis escribe:

Nunca se insistirá bastante en el hecho de que Freud fue el único erudito de su época —tras numerosas errancias— que dejó de ver en el tríptico infernal del homosexual, la mujer histérica y el niño masturbador la encarnación de una noción de perversión reducida a la ineptitud (Roudinesco, 2009: 111-112).

Por otro lado, Foucault y Davidson afirman que existe una continuidad entre el psicoanálisis y la psiquiatría del siglo XIX, o de modo más específico, ambos campos del saber pertenecen al dispositivo de la sexualidad. Tanto el francés como el americano enfatizan dicha continuidad allí donde muchos otros encuentran una ruptura, es decir, en la relación entre el instinto sexual del que hablaba la psiquiatría de fines del siglo XIX y la pulsión sexual de la que hablará Freud desde los albores del siglo XX (Hernández Delgado, 2016).

Foucault entiende que el psicoanálisis se desliga del sistema de la degeneración y su teoría central de la degeneración hereditaria, así como de sus consecuencias más directas, del tenor de la eugenesia y el racismo. No obstante, sigue el rumbo de la tecnología médica establecida por el concepto de instinto sexual.

5.1. Pulsión

El diccionario de psicoanálisis de Laplanche y Pontalis define en los siguientes términos a la pulsión:

Proceso dinámico consistente en un empuje (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin. Según Freud, una pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión que reina en la fuente pulsional;

gracias al objeto, la pulsión puede alcanzar su fin (Laplanche & Pontalis, 2004: 324).

El término *pulsión* —como la mayoría de los términos psicoanalíticos— sólo es entendible cabalmente funcionando en conjunto con los demás conceptos de cuño freudiano. Es importante aclarar además que nos basaremos en el concepto de *pulsión* en sus aspectos más generales y tal como aparece en *Tres ensayos de teoría sexual*, ya que este es el texto donde por primera vez se presenta dicho concepto. Pero es necesario reconocer que la idea de pulsión sexual no se reduce a *Tres ensayos*, sino que Freud la fue modificando y perfeccionando a lo largo de su vida y obra.

En alemán tanto *Trieb* (pulsión) como *Instinkt* (instinto) pueden significar “impulso”, por consiguiente, en ambos vocablos está la idea de una fuerza que avanza, de la misma manera que estaba presente en la idea de *nisus* que planteó Heinrich Kaan haciendo uso del latín sesenta años antes que Freud.

El término *Trieb* es de raíz germánica, —instinto, como ya vimos, es de raíz latina— y se utiliza en la lengua alemana desde hace siglos, además de conservar el matiz de empuje (*treiben* = empujar). El acento de esta palabra recae menos en una finalidad precisa que en una orientación general, y subraya el carácter irreprochable del empuje más que la fijeza del fin y del objeto (Laplanche & Pontalis, 2004).

En el mundo académico de habla hispana se utiliza la traducción que de Freud hizo José Etcheverry, la cual es editada por Amorrortu Editores. Aunque el primer traductor del psicoanalista vienés al español fue Luis López Ballesteros, quien tradujo *Trieb* por instinto, hoy esta versión ha sido desacreditada por considerarse demasiado poética y poco rigurosa.

De esta forma y siguiendo el trabajo de Etcheverry, *Trieb* se traduce al español como “pulsión” porque tiene el mérito de mantener el sentido de empuje, que es lo esencial. No obstante, hay que destacar que “pulsión” no forma parte del

lenguaje corriente de nuestra lengua, mientras que *Trieb* en alemán es una palabra de uso cotidiano (Tranquillini, 2009).

La idea de instinto en Freud deriva de la biología y opera por ejemplo en los animales no humanos, es un patrimonio propio de la especie y por tal heredado y dado a priori. En contrapartida, la pulsión es propia del ser humano y no se halla predeterminada de modo natural: nos vemos pues, fuera de la idea de que la sexualidad humana tiene como fin inamovible la perpetuación de la especie (Hernández Delgado, 2016).

Freud abre la puerta a pensar una sexualidad que no solo no lleve a la reproducción, sino que tampoco puede tener, para ser considerada normal, un sujeto de sexo opuesto. Como el vienés escribe en sus *Tres ensayos*:

La experiencia recogida con los casos considerados anormales nos enseña que entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino soldadura, que correríamos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto. [...] Probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de este (Freud, 2000a: 134).⁴⁶

De este modo el concepto freudiano de la pulsión se establece en la descripción de la sexualidad humana. Para este fin Freud se basó en el estudio de las perversiones y de las modalidades de la sexualidad infantil, yendo en contra de la visión predominante en la psiquiatría del siglo XIX que atribuía, como ya hemos dicho, a la fuerza sexual un solo y único fin, además de un solo objeto específico.

Freud argumenta que el objeto de la pulsión es variable y contingente y sólo es elegido en su forma definitiva en función de las vicisitudes de la historia del

⁴⁶ Con este mismo espíritu Iwan Bloch postuló que cualquier órgano puede funcionar como zona erógena. Cabe destacar de igual modo que el concepto de zona erógena fue aplicado por Bloch antes que por Freud.

sujeto. Además, muestra cómo sus fines son múltiples, no en balde el padre del psicoanálisis hablará de *pulsiones parciales*, las cuales no se subordinan a la zona genital y no se integran a la realización del coito más que al final de una evolución completa que no viene garantizada por la simple maduración biológica (Laplanche & Pontalis, 2004: 324).

Del mismo modo es necesario reconocer que ya Krafft-Ebing veía que había más que reproducción en la idea de instinto sexual, pues entendía que el deseo reproductivo no estaba en la consciencia de quienes copulaban. Igualmente, Ned Katz (2012) ve como la idea de Krafft-Ebing sobre un instinto sexual que lleva a la reproducción y la procreación, generó un pequeño espacio oscuro —ese instinto sexual inconsciente— que permitió pensar las motivaciones y placeres del ser humano desde una nueva forma que luego cristalizó en la pulsión sexual freudiana.

Lo curioso es que, si bien Freud en 1905 con su concepto de pulsión fue capaz de salir de la lógica de la “sexualidad normal”, una década después reeditando los *Ensayos* introdujo la descripción de una progresiva evolución sexual que lleva a la heterosexualidad: la conformación final del desarrollo sexual que se supone normal entra en contradicción con la formulación de que la pulsión es desprovista de objeto a priori. La figura de lo normal que Freud echa por la puerta, entra por la ventana (Capurro, 2004; Hernández Delgado, 2016).

Podemos comprobar cómo las formulaciones freudianas tuvieron, antes que Freud, equivalentes conceptuales y antecedentes muy claros bajo otras denominaciones: esto no invalida la originalidad del trabajo de Freud como síntesis de las teorías previas, pero sí cuestiona la extendida idea de la ruptura que supuso el trabajo del médico vienés (Hernández Delgado, 2016).

También es importante recalcar que la innovación freudiana no acabó con la idea de la sexualidad normal (en la que él mismo cae por otra parte) propia del siglo XIX y que sigue funcionando incluso hoy con mucha fuerza a nivel popular —y en algunos círculos científicos—.

Sobre el aspecto de la normalidad, la obra de Krafft-Ebing había sido tan explicativa como descriptiva, los múltiples casos que recoge no solo ilustran sus clasificaciones clínicas, sino que también dan la pauta de que la perversión sexual no es para nada algo raro entre las personas comunes. Del mismo modo Iwan Bloch señaló antes que Freud el estrecho vínculo entre lo normal y lo patológico. El hecho de que las aberraciones sexuales son un fenómeno humano universal, fue la principal evidencia para Bloch de que la degeneración nerviosa no era una rúbrica explicativa o diagnóstica precisa bajo la cual se pudiera realizar la perversión.

Davidson señala que la diferencia entre Bloch y Freud es que el padre del psicoanálisis no se limitó a difuminar el límite entre lo normal y lo patológico como hizo Bloch, sino que tomando la idea de instinto sexual la perfeccionó hacia la pulsión y la recatapultó dentro de una teoría innovadora.

Davidson ve la obra de Freud y particularmente *Tres ensayos* como la culminación de la psicopatología sexual del siglo XIX. Como plantea en *The Emergence of Sexuality* (2004) la originalidad freudiana no radica en introducir el término *Trieb*, el cual ya empleaba Krafft-Ebing, sino en diferenciar *Trieb* de *Instinkt*. La particularidad radica pues, en separar dos palabras que antes se utilizaban como sinónimos y por tanto de modo indistinto.

Como bien señala el crítico de arte suizo Heinrich Wölfflin (2007), incluso el talento más original no puede avanzar más allá de ciertos límites fijados por la fecha de su nacimiento. No todo es posible en todo momento, y ciertos pensamientos solo pueden ser pensados en ciertas etapas del desarrollo. Freud no es una excepción a esta sentencia.

Davidson entiende tanto al instinto como a la pulsión sexual como engranajes de una misma estrategia de expansión discursiva y política. Si bien los historiadores del psicoanálisis han entendido que los planteos de Freud fueron a todas luces rupturistas, han soslayado el peso que tuvieron los psiquiatras del último tercio del siglo XIX y más específicamente la idea de instinto sexual planteada por estos, ya

que solo desde esta noción pudo emerger el concepto de pulsión sexual (Hernández Delgado, 2016).

A pesar de que Freud utiliza, en un gran número, la misma terminología que los psiquiatras cuyas obras conocía a la perfección, cambia la estructura en que los conceptos se articulan. En términos de la Epistemología Histórica, abre un nuevo espacio conceptual donde nuevos conceptos y nuevas prácticas son capaces de emerger.

Muchos autores, antes que Freud, poseyeron ideas y conceptos que hoy se vinculan directamente con el trabajo del psicoanalista vienés. No obstante, fue Freud quien articuló y organizó una serie de conceptos dispersos en la literatura psiquiátrica decimonónica y logró las condiciones para que, a partir de allí, la ciencia del inconsciente surgiera. De esta forma *Tres ensayos* es una obra que supone el puntapié inicial para la teoría psicoanalítica de la sexualidad, pero que a su vez da un cierre a la visión que los psiquiatras europeos tuvieron desde la publicación de *Psychopathia sexualis* en 1886.

La originalidad de Freud no radica en su ruptura, sino más bien en su síntesis dialéctica de los postulados de la psiquiatría de su época, desechando, claro está, nociones que hoy percibimos como ingenuas o racistas. Como reza la locución de cuño parmenideo *ex nihilo nihil fit*. Así la teoría del psicoanálisis fue en la misma línea de lo que habían planteado Kaan, Krafft-Ebing, Hirschfeld y Bloch entre otros, liberándose de un gran número de prejuicios perniciosos de la medicina decimonónica.

En resumen, Freud cambia las reglas de combinación de los conceptos de su época y las emplea en un modo nuevo de razonamiento: desde ese momento en que se dan las condiciones de posibilidad el psicoanálisis es capaz de emerger.

Conclusión

Estas páginas pretendieron reconstruir los planteos de Arnold Davidson prestando atención a dos de sus influencias más importantes, como lo son Michel Foucault e Ian Hacking. De esta forma, el objetivo general de este trabajo ha sido evaluar filosóficamente la emergencia de la categoría psiquiátrica de perversión y del sujeto perverso, entendiendo a este como el portador de una forma de ser característica que solo fue capaz de surgir en un entorno social y científico específico.

Para que haya sido posible la emergencia de la perversión el siglo XIX europeo debió presentar un dinamismo en su accionar epistémico y en su razonar científico que, como se vio, permitiera desplazar en un proceso de décadas, el eje del pensamiento patológico de lo anatómico a la noción de instinto sexual. Solo así surgieron las condiciones de posibilidad que permitieron que la perversión emergiera como tal.

Hasta la postulación de la existencia del instinto sexual por parte del estilo de razonamiento psiquiátrico no existieron perversos. Una vez establecido como diagnóstico, la perversión pasó a formar parte potencial de la personalidad de cada ser humano y una categoría para entender el accionar de ciertos sujetos con conductas sexuales determinadas. Adquirió así, por añadidura y de forma inevitable un sentido moral.

A lo largo del siglo XIX se desarrollaron una serie de mecanismos y dispositivos científico-epistémicos que no solo determinaron las diversas conceptualizaciones del yo, sino que también configuraron la mirada del otro, de modo tal que los sujetos entendidos como perversos llegaron a reflejarse a sí mismos dentro de esa categoría.

Desde una perspectiva histórica, vemos un caso claro de genealogía del sujeto vinculada a las nuevas clasificaciones decimonónicas de la subjetividad. De la enfermedad del cuerpo a la morbilidad psicológica consciente, de las prácticas clínicas a una arqueología de los espacios o estratos conceptuales que configuran una tipología singular de sujeto occidental (Fragio, 2007).

En *The Emergence of Sexuality* Arnold Davidson se centró en la historia del razonamiento científico como el lugar en el que se genera la idoneidad de las explicaciones y la emergencia de nuevas y diferenciadas estructuras de conocimiento. Su libro dilucida cómo un cierto enunciado se vuelve susceptible de adquirir un valor de verdad, frente a otros que son metódicamente desechados, reconocidos por su falta de correspondencia.

Siguiendo estos planteos, uno de los puntos más trabajado en esta tesis radicó en el objetivo de mostrar cómo la experiencia de ser perverso solo fue posible en la última parte del siglo XIX, ya que la perversión no fue un fenómeno a ser descubierto sino un desorden creado como un nuevo y funcional entendimiento de los trastornos. Un cambio en el modo de razonar permitió que varios tipos de conductas, acciones y emociones de los seres humanos fueran interpretadas bajo una nueva lupa y enfoque.

En otras palabras, no había una entidad mórbida previa aguardando ser descubierta, sino categorías creadas para reunir las conductas humanas: antes del siglo XIX no hubo perversos ni los hubiera podido haber. Así como, del mismo modo, desaparecidos en el siglo XX los diagnósticos y el saber médico que los sostuvo, desaparecieron con ellos los perversos.

Davidson, al retomar los planteos de Foucault y Hacking, entiende que los conceptos científicos producen y articulan regiones de experiencia, adquieren un valor práctico y una eficiencia causal. De este modo se vuelven capaces de generar y gestionar las más diversas entidades científicas.

Los estilos de razonamiento, que siguiendo a Hacking, propuso Davidson a su manera, funcionan como una teoría de la experiencia científica vinculada a la historicidad del conocimiento. Para el caso de la sexualidad y la perversión, el estadounidense pudo distinguir a lo largo del siglo XIX tres estilos de razonamiento donde se generaron la idoneidad de las explicaciones y la emergencia de nuevas y diferenciadas estructuras del saber de la ciencia sexual.

En este trabajo pudimos desarrollar la historia de la perversión sexual diferenciándola en los tres estilos presentados por Davidson. En primer término, un estilo anatómico según el cual la perversión sexual es un tipo de desarreglo reproductivo relacionado únicamente con la anormalidad de los órganos genitales. En segundo lugar, y como variación del primero, encontramos el estilo de razonamiento anátomo-cerebral para el cual la perversión estaba vinculada a malformaciones de carácter psicofisiológico que remitían a la disposición del cerebro. En tercer y último lugar, Davidson identifica un estilo de razonamiento psiquiátrico, que haría de la perversión una enfermedad disfuncional psicogénica irreductible a las bases materiales de la mente humana. Como hemos analizado, es aquí cuando la perversión se consolida como diagnóstico psiquiátrico.

Estos tres estilos propiciaron modos de explicación incompatibles entre sí y a partir de ellos podemos comprender cómo las enfermedades que estaban ligadas a explicaciones estrictamente anatómicas pudieron ser comprendidas como enfermedades funcionales, cuyo ejemplo más notable es la perversión.

De esta guisa hemos podido ilustrar cómo las interpretaciones en torno a los comportamientos sexuales fueron dinámicas y no lograron un consenso dentro de la comunidad de expertos hasta la publicación en 1886 de *Psychopathia sexualis* por parte de Richard von Krafft-Ebing. Es a partir de dicha obra que la perversión pudo ser definida como una enfermedad funcional del instinto sexual y englobó diagnósticos tan variados entre sí como la homosexualidad, el sadismo, el masoquismo y el fetichismo.

El mencionado cuarteto perverso pasó a estar unificado por la desviación del instinto sexual en cada uno de los casos. Asimismo, el diagnóstico se fue fortaleciendo en la medida en que se reeditaba *Psychopathia sexualis* y mientras Krafft-Ebing enriquecía su correspondencia con personas que narraban su situación clasificándose a sí mismos como perversos.

A estos efectos y siguiendo la postura del nominalismo dinámico propuesta por Ian Hacking vimos cómo se genera un efecto bucle en el cual la gente clasificada tiende a conformar o a crecer en los sentidos que ellos son descriptos; pero de igual manera se desarrollan en sus propios sentidos, de modo que las descripciones y las clasificaciones deben ser revisadas de forma continua.

El caso de la perversión muestra claramente la interacción entre los expertos, a la sazón: médicos y médicos psiquiatras, que crearon la posibilidad de un espacio conceptual para la enfermedad, y los clasificados que a su vez se vieron afectados por esta en su pensamiento, tratamiento y control. Esto fue así de modo tal que actuaron e incluso se entendieron a sí mismos desde las descripciones disponibles, aumentando y complejizando las clasificaciones con sus historiales clínicos, creándose la necesidad de revisar los diagnósticos y los criterios mismos de su aplicación.

En esta tesis pudimos ilustrar cómo las clasificaciones al ser conocidas por las personas o por quienes están a su alrededor y usadas en instituciones, cambian las formas en que los individuos tienen experiencia de sí mismos. En otras palabras, el mero hecho de ser clasificado de una forma puede llevar a que los sentimientos y conducta de las personas evolucionen de un modo en que no lo hubieran hecho si no hubiera existido tal clasificación.

De igual forma, la interacción va más allá de los expertos y los clasificados, de modo que abarca instituciones y prácticas que rodean a la clasificación, así como los códigos morales y simbólicos. En este aspecto, la perversión es un caso

paradigmático de cómo las normas sociales inciden en una clasificación de índole médico-psiquiátrica.

En síntesis, la reconstrucción de las epistemes vinculadas con la evolución de la perversión sexual ilustra los procesos de configuración de objetos de atención teórica derivados de la interacción de las categorías con la realidad. Así, las categorías, aplicadas a extensas muestras de población, terminan por transformar dichas muestras, puesto que las personas que las componen pasan a interpretarse a sí mismos a partir de esas conceptualizaciones y, con ello, son modificadas y adquieren otra entidad (Fragio 2007).

Asimismo, los cursos de acción que eligen, y realmente sus formas de ser, no son de ninguna manera independientes de las descripciones disponibles según las cuales pueden actuar. A partir de la entrada de la perversión como diagnóstico en el manual *Psychopathia sexualis* de Krafft-Ebing y en los sucesivos manuales psicopatológicos, cualquier sujeto es potencialmente perverso. Se ha abierto el espacio conceptual para interpretar como “perversas” un determinado número de conductas específicas.

En resumen, basta hacer una breve revisión histórica para notar que ningún diagnóstico psiquiátrico permanece en el tiempo, las clasificaciones cambian, desaparecen unas y aparecen otras, condicionadas por la coyuntura, por las necesidades y por el universo simbólico en que se incluyen los sujetos, así como por la reacción de las propias personas clasificadas.

De este modo, en el siglo XX la cuestión de la perversión pasó a ser secundaria o más bien a ubicarse tras el problema del placer. El psicoanálisis, heredero del discurso epistémico de la psiquiatría, posibilitó una narrativa que enfatizó el papel del placer y dejó atrás las preocupaciones por la perpetuación de la especie (Bejín, 1987; Illouz, 2010).

Aquí pudimos analizar el vínculo entre los planteos de Sigmund Freud en *Tres ensayos de teoría sexual* y los de los más ilustres psiquiatras decimonónicos que

pensaron la sexualidad y la perversión. De este modo pudimos argumentar que existe una continuidad y no una ruptura entre la psiquiatría del siglo XIX y el psicoanálisis de principios del siglo XX.

La mencionada continuidad está signada ante todo por el concepto psicoanalítico de *pulsión*, el cual es una reformulación de la idea propuesta por Krafft-Ebing de instinto sexual, al punto tal que la palabra utilizada por Freud, *Trieb* (pulsión), se la tradujo al español en muchas ocasiones por *instinto*.

La reconstrucción de los principales planteos teóricos de la ciencia sexual decimonónica nos permitió poner de manifiesto el vínculo tan estrecho, y que ha solido pasar desapercibido para un gran número de estudiosos, entre la psiquiatría y sus postulados con la incipiente disciplina psicoanalítica que Sigmund Freud construía en los primeros años del pasado siglo.

Con su reorganización teórica el padre del psicoanálisis permitió ampliar el campo conceptual de la sexualidad y de la sexualidad enferma y hacerlo la piedra de toque para analizar a todos los sujetos, ya no solo aquellos reconocidos como enfermos. Del mismo modo abrió la posibilidad de pensar y ampliar el problema de la perversión más allá de desórdenes genéticos, por una parte, y del desarrollo “normal” de la sexualidad, por otra.

Por otro lado, con la prevalencia de la psiquiatría americana y el DSM, las perversiones dejaron de ser categorías clínicas aplicables y surgieron las parafilias. El Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, editado por la Asociación Estadounidense de Psiquiatría, busca investigar minuciosamente los pensamientos, las fantasías, los afectos y las conductas de los sujetos a fin de reducirlos al estudio a lo empírico, medible, observable y clasificable.

Mientras que la perversión fue un modo de ser sujeto, las parafilias refieren hoy a una serie de síntomas sobre las conductas sostenidas en el tiempo de las personas

y a su vez, solo se constituyen como trastornos en caso de que obstaculicen la vida cotidiana y sexual de quien las sufre.

De este modo, las cuatro perversiones originales planteadas por Krafft-Ebing se han visto superadas por los planteos del DSM-III, DSM-IV y DSM-V, ya que la última versión de estos manuales distingue nueve parafilias: exhibicionismo, fetichismo, frotteurismo, pedofilia, masoquismo sexual, sadismo sexual, fetichismo transvestista, y una novena categoría de parafilias no especificadas para aquellos casos en los que no se cumplen los criterios diagnósticos para las categorías anteriores. Se establecen además criterios de gravedad.

Como se ha mostrado, no es posible el sueño de una clasificación de las enfermedades mentales neutra como han pretendido lograr muchos psiquiatras y expertos afines. Todas las taxonomías y cuadros clínicos varían según los valores de cada período histórico y de los tipos de individuos que en ese *espíritu* de época se construyen. El fenómeno es mucho más complejo que el saber médico en sí, involucra también analizar tanto nuestro tiempo, nuestra sociedad, las clasificaciones y las reacciones a dichas clasificaciones. En definitiva, se trata de un sistema dinámico que requiere un tipo de pensamiento crítico con el mismo grado de dinamismo.

De esta forma ilustramos cómo el diagnóstico de perversión está inevitablemente ligado a la sociedad europea de fines del siglo XIX, de modo tal que el clima cultural, artístico, económico y científico dispuso las posibilidades para que dicho diagnóstico emergiera.

Aquí, utilizando los aportes de Davidson, Hacking y Foucault pudimos generar una bibliografía sistematizada en torno al problema de la perversión, así como una lectura de las diferentes concepciones que de esta categoría se tuvo, no solo en el siglo XIX, sino antes del mismo e inmediatamente después.

Al continuar el camino emprendido por Arnold Davidson, esta tesis no sólo echó luz sobre los vínculos del pensamiento de este con los de Foucault y Hacking,

sino que aportó al análisis de la perversión, ilustrando qué nuevas concepciones de sujeto fueron posibles a partir del momento en que el diagnóstico se erigió como tal.

Para el cumplimiento de los objetivos planteados en esta tesis, la Epistemología Histórica desde la que trabaja Davidson supuso una herramienta de investigación que permitió una rigurosa articulación entre el aspecto epistémico y el cultural. Del mismo modo y en virtud de los planteos de Hacking pudimos trascender la dicotomía entre lo biológico y lo construido en tanto no podemos anclar a la perversión en ninguno de estos dos polos, sino que se trató de un fenómeno dinámico que implicaba ambos aspectos.

Asimismo, el optar por un caso tan paradigmático como es la perversión nos permitió pensar la distinción entre las diferentes concepciones de normalidad y anormalidad, viendo en cada caso como el límite entre una y otra se veía modificado por las diferentes concepciones científicas y sociales que lograban imponerse. A cada uno de los estilos de razonamiento, anatómico, anatómo-cerebral y psiquiátrico, subyacía una idea de normalidad y de anormalidad que se ajustaba al modo de razonar característico en cada caso.

Por otro lado, este trabajo de tesis presenta las limitaciones que suponen a un tema tan amplio, en primera instancia porque aquí nos hemos centrado en la emergencia de la perversión en la medicina europea, y más en específico, de la psiquiatría germana, anglosajona y franca.

Como hemos visto en la introducción y el primer capítulo de esta tesis, la Epistemología Histórica es un movimiento de gran fuerza en la filosofía de la ciencia contemporánea. No obstante, aunque un número significativo de pensadores se identifiquen con dicha corriente, establecer de modo taxativo qué es y qué estudia la Epistemología Histórica sigue siendo una tarea pendiente.

El lugar que ocupa Davidson dentro de los pensadores que manifiestan hacer Epistemología Histórica se podrá ver clarificado en una investigación que busque

dar un panorama integrado de las tres perspectivas que integran esta nueva corriente, tomando en cuenta el lado filosófico, histórico e institucional.

Aquí volvimos sobre sus planteos en torno a la sexualidad y ampliamos los postulados del profesor de la Universidad de Chicago en relación a la perversión. Aunque es claro que en ninguno de los casos se profundizó exhaustivamente en el modo específico de hacer ciencia en los diferentes momentos del siglo XIX.

Ni el libro de Davidson en sus 276 páginas ni una tesis de este carácter pueden ahondar pormenorizadamente en el análisis de un saber científico dado dentro de un período de tiempo tan amplio. Por ello, en ambos casos se analizaron los puntos más sobresalientes de los postulados que tanto los médicos como los psiquiatras más ilustres del siglo XIX presentaron a la comunidad científica.

Por este motivo, futuras obras que se encarguen de analizar minuciosamente el desenvolvimiento de la ciencia médica que llevó a que un estilo de razonamiento prevaleciera por sobre otro, serán de gran interés. Una temática como esta requiere que se siga pensando en las condiciones científicas, sociales e históricas que hicieron que se dejara de lado el estilo de razonamiento anatómico primero y el estilo de razonamiento anátomo-cerebral luego para que se impusiera a fines del siglo XIX el estilo de razonamiento psiquiátrico.

En este trabajo de tesis solamente pudieron exponerse brevemente algunos de estos elementos ya que el foco estuvo centrado en la emergencia del sujeto perverso y la categoría psiquiátrica que dio sustento a este tipo de persona.

Asimismo, trabajos futuros podrían ahondar aún más en el vínculo que médicos y psiquiatras decimonónicos establecieron entre perversión y hermafroditismo, degeneración hereditaria y frenología.

De igual modo, esta investigación abre la posibilidad de profundizar en otras temáticas similares al problema de la perversión, como lo es la cuestión de la normalidad, la emergencia de la noción de heterosexualidad (y la concepción que

de ella se tuvo como única forma de comportamiento sexual saludable), la conversión de las perversiones en parafilias o el uso que de la perversión se hace en toda la obra de Sigmund Freud y en el psicoanálisis si se piensa a gran escala.

Referencias bibliográficas

- Aguiar e Silva, V. (1979). *Teoría de la literatura*. Madrid: Gredos.
- Alfonso (1807). *Las siete partidas del rey don Alfonso el Sabio*. Madrid: Imprenta Real.
- American Psychiatric Association (2002). *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales DSM-IV-TR*. Barcelona: Masson.
- Arcos, M.T. (2008). La inquietante actividad del diagnóstico. *Ñácate* 1 (1)7-26.
- Arteaga, J.P. (2012). La “emergencia” de la sexualidad desde una perspectiva arqueológica. *Revista de Estudios Sociales* 43 (12) 175-178.
- Assandri, J. (2008). La saga del fetichismo. *Ñácate* 1 (1) 68-84.
- Assandri, L. (2013). Signos de Sacher-Masoch. *Ñácate* 4 (2) 140-148.
- Austin, J. (1990). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Ávila-Fuenmayor, F. (2007). El concepto de poder en Michel Foucault. *A parte rei* 53 (11) 50-66.
- Bataille, G. (2000). *La literatura y el mal*. Buenos Aires: Elaleph.
- Becerra, M. (2016). La cuestión de la Epistemología Histórica como estilo epistemológico. *Epistemología e Historia de la Ciencia* 1(1) 35-52.
- Bejín, A. (1987). Crepúsculo de los psicoanalistas, aurora de los sexólogos. En: Ariès, P., et al. (Eds.) *Sexualidades Occidentales*. Buenos Aires: Paidós.
- Berrios, G.E. & Kennedy, N. (2003). Erotomania: a conceptual history. *History of Psychiatry* 13 (2) 381-400.
- Braunstein, J.F. (2012). Historical Epistemology. Old and New. *Conference Epistemology and History. From Bachelard and Canguilhem to Today's History of Science*. Berlín: MPIWG.
- Canguilhem, G. (2005). *Lo normal y lo patológico*. México D.F.: Siglo XXI.
- Canguilhem, G. (2009). *Estudios de historia y filosofía de la ciencia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Caponi, S. (2009). Para una genealogía de la anormalidad: la teoría de la degeneración de Morel. *Scientiae Studia* 7 (3) 425-445.

- Capurro, R. (2004). *Del sexo y su sombra. Del "misterioso hermafrodita" de Michel Foucault*. México D.F.: PeEle.
- Capurro, R. (2007). La aparición de la sexualidad. *Ñácate 1 (0)*155-157.
- Castro, E. (2014). *Introducción a Foucault*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Char, R. (1948). *Fureur et mystère*. París: Gallimard.
- Corominas, J. (1991). *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.
- Costa Pereira, M. (2009). Krafft-Ebing, a Psychopathia Sexualis e a criação da noção médica de sadismo. *Revista Latinoamericana de Psicopatologia* 12 (2) 379-386.
- Crombie, A. (1994). *Styles of Scientific Thinking in the European Tradition: The History of Argument and Explanation Especially in the Mathematical and Biomedical Sciences and Arts*. Londres: Duckworth.
- Cruz Cruz, J. (2011). Sexualidad y dignidad personal según Kant. Recuperado en: <http://www.leynatural.es/2011/08/19/sexualidad-y-dignidad-personal-segun-kant/> 31/10/2015.
- Cruz Cruz, J. (2012). Amor, Matrimonio y Celibato. Sobre Kant, Fichte y Hegel. Recuperado en: <http://www.leynatural.es/2012/11/27/amor-matrimonio-y-celibato-sobre-kant-fichte-y-hegel/> 31/10/2015.
- Czoniczer, E. (1959). *Quelques antecedents de "A la recherche du temps perdu"*. Ginebra: Librairie Droz.
- Daston, L. (1994). Historial Epistemology. En Chander, J., Davidson, A. & Harootunian, H (Eds.). *Question of Evidence: Proof, Practice, and Persuasion across the Disciplines*. Chicago: Chicago University Press.
- Daston, L. & Galison, P. (2007). *Objectivity*. New York: Zone Books.
- Davidson, A. (1988). Arqueología, genealogía, ética. En Couzens, D (Ed.). *Foucault*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Davisdosn, A. (2004). *The Emergence of Sexuality. Historical Epistemology and the Formation of concepts*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Davidson, A. (2006). Interview. Recuperado en: http://www.believermag.com/issues/200605/?read=interview_davidson 04/07/2017.

- De Eugenio, G. (2015). El masoquismo ¿una enfermedad literaria? *Ambigua, Revista de Investigaciones sobre Género y Estudios Culturales* 2 (1) 5-28.
- De Jaucourt, L. (1766). L'Encyclopédie, Tomo 8. Recuperado en: https://fr.wikisource.org/wiki/L%E2%80%99Encyclop%C3%A9die/1re_%C3%A9dition/HERMAPHRODITE 24/04/2018.
- De Monte Rochen, G. (2011). *Handbook for Curates: A Late Medieval Manual on Pastoral Ministry*. Washington D.C.: The Catholic University of America Press.
- Deleuze, G. (2001). *Lo frío y lo cruel*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Delon, M. (1990). Introduction. En: *Œuvres*. Paris: Gallimard.
- Eidelsztein, A. (2015). *Otro Lacan. Estudio crítico sobre los fundamentos del psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Ellenberger, H. (1970). *El descubrimiento del inconsciente: historia y evolución de la psiquiatría dinámica*. Madrid: Gredos.
- Eribon, D. (2001). *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama.
- Feest, U. & Sturm, T. (2011). What (good) is Historical Epistemology? Editor's Introduction. *Erkenntnis* 75 (3) 285-302.
- Féray, J-C. (1981). *Une histoire critique du mot "homosexualité"*. París: Arcadie.
- Foucault, M. (1991a). *Enfermedad mental y personalidad*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1991b). *La arqueología del saber*. México D.F.: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1992). *Genealogía del racismo*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (2000). *Los anormales: curso en el Collège de France (1974-1975)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2001). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (2002a). *Historia de la sexualidad. Vol. I: La voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2002b). *Historia de la sexualidad. Vol. II: La voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2002c). *Historia de la sexualidad. Vol. III: El cuidado de sí*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Foucault, M. (2004). *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2006a). *Historia de la locura en la época clásica. Vol. I*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2006b). *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2007). *Herculine Barbin llamada Alexina B*. Madrid: Talasa.
- Foucault, M. (2013). *¿Qué es usted, profesor Foucault?: sobre la arqueología y su método*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fragio, A. (2007). De Davos a Cerisy-La-Salle: La epistemología histórica en el contexto europeo. Universidad Autónoma de Madrid. Tesis de doctorado.
- Freud, S. (2000a). *Obras completas. Vol. VII: Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora) & Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000b). *Obras completas. Vol. XX: Presentación autobiográfica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gingras, Y. (2010). Naming Without Necessity. On the Genealogy and Uses of the Label “Historical Epistemology”. *Revue de synthèse* 131 (6) 439-454.
- Grynbaum, A. (2012). *La cultura masoquista*. Montevideo: Hum.
- Hacking, I. (1975). *The Emergence of Probability*. Cambridge: Cambridge University.
- Hacking, I. (1982). Language, Truth and Reason. En Hollins, M. & Lukes, S. (Eds.): *Rationality and Relativism*. Cambridge: MIT Press.
- Hacking, I. (1988). La arqueología de Foucault. En Couzens, D (Ed.). *Foucault*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Hacking, I. (1990). Cinco parábolas. En Rorty, Schneewinf y Skinner (comp) *La filosofía en la historia*. Barcelona: Paidós.
- Hacking, I. (1992a). *La autojustificación de las ciencias de laboratorio*. Chicago: Chicago University.
- Hacking, I. (1992b). “Style” for historians and philosophers. *Studies in History and Philosophy of Science* 23 (15) 1-20.

Hacking, I. (1992c). From our archives: Ronald De Sousa interviews Ian Hacking (1992). Recuperado en: <http://philosophy.utoronto.ca/news/archives-de-sousa-interviews-hacking/> 22/09/2018.

Hacking, I. (1995a). *El surgimiento de la probabilidad. Un estudio filosófico de las ideas tempranas acerca de la probabilidad, la inducción y la inferencia estadística*. Barcelona: Gedisa.

Hacking, I. (1995b). *Rewriting the Soul: Multiple Personality and the Sciences of Memory*. Princeton: Princeton University.

Hacking, I. (1998). *Mad Travelers: Reflections on the Reality of Transient Mental Illnesses*. University Press of Virginia.

Hacking, I. (1999). Historical meta-epistemology. En W. Carl & L. Daston (Eds.), *Wahrheit und Geschichte. Abhandlungen der Akademie der Wissenschaften in Göttingen*, Göttingen: Vanderhoed & Ruprecht, p. 53-77

Hacking, I. (2001). *¿La construcción social de qué?* Buenos Aires: Paidós.

Hacking, I. (2002). *Historical Ontology*. London: Harvard University Press.

Hacking, I. (2007). Kinds of People: Moving Targets. *Proceedings of the British Academy*, 151 (20) 285-318.

Hacking, I. (2009). *Scientific reason*. Taiwan: National Taiwan University.

Hernández Delgado, R. (2016). El instinto y la pulsión sexual. El lugar del psicoanálisis freudiano en la historia de la sexualidad. *Teoría y Crítica de la Psicología* 8 (2) 33–71.

Huertas, R. (2011). En torno a la construcción social de la locura. Ian Hacking y la historia cultural de la psiquiatría. *Asociación Española de Neuropsiquiatría* 31 (111) 437-456.

Illouz, E. (2010). *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*. Buenos Aires: Katz.

Kant, I. (1993). *La metafísica de las costumbres*. Barcelona: Altaya.

Krafft-Ebing, R. (1892). *Psychopathia sexualis*. New York: Rebman.

Laplanche, J. & Pontalis, J-B. (2004). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Larsen, K. (1986). La ciencia aplicada: Gabriel Miró, Alfred Binet y el fetichismo. *Bulletin hispanique* 88 (2) 121-144.

- Lecourt, D. (1969). *L'Epistémologie historique de Gaston Bachelard*. Paris: Vrin.
- Lever, M. (1991). *Donatien Alphonse François, marquis de Sade*. Paris: Fayard.
- Magnan, V. (1885, 13 de enero). *Des anomalies, des aberrations et des perversions sexuelles*. Conferencia a la Academia de Ciencias Médicas, París. Recuperada en: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k54626180/f2.image.texteImage> 09/07/2018.
- Mandressi, R. (2012). *La mirada del anatomista. Disecciones e invención del cuerpo en Occidente*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Martínez, M.L. (2002). Ian Hacking: realismo científico sin verdad como correspondencia. *Galileo* 25 (2) 21-37.
- Martínez, M.L. (2005). El realismo científico de Ian Hacking: de los electrones a las enfermedades mentales transitorias. *Redes: revista de estudios sociales de la ciencia* 11 (22) 153-176.
- Martínez, M.L. (2010). Ontología Histórica y Nominalismo Dinámico: La propuesta de Ian Hacking para las ciencias humanas. *Revista de Epistemología de Ciencias Sociales* 39 (10) 130-141.
- Méthot, P. O. (2012). On the genealogy of concepts and experimental practices. Rethinking Georges Canguilhem's Historical Epistemology. En *Conference Epistemology and History. From Bachelard and Canguilhem to Today's History of Science*. Berlín: MPIWG.
- Molina, F. (2017). Clasificar vidas: el protagonismo teórico y el biográfico. *Eikasia* 75 (30) 83-110.
- Morel, B. (1857). *Traité des dégénérescence de l'espèce humaine*. Paris: Baillière.
- Ned Katz, J. (2012). *La invención de la heterosexualidad*. México D.F.: Me cayó el veinte.
- Nin, D. (2008). PDM: la dilución del psicoanálisis. *Ñácate* 1 (1) 149-153.
- Nin, D. (2013). El masoquismo de Krafft-Ebing... y después. *Ñácate* 4 (2) 30-51.
- Oosterhuis, H. (2012). Sexual Modernity in the Works of Richard von Krafft-Ebing and Albert Moll. *Cambridge journal of Medical History* 56 (2) 133-155.
- Poster, M. (1988). Foucault y la tiranía de Grecia. En Couzens, D (Ed.). *Foucault*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Putnam, H. (1988). *Razón, verdad e historia*. Madrid: Tecnos.

- Reguillo, R. (2017). *Los jóvenes en México*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Renn, J. (2012). *The Globalization of Knowledge in History*. Berlín: Open Access.
- Reuter, S. (2007). *Narrating Social Order: Agoraphobia and the Politics of Classification*. Toronto: University of Toronto Press.
- Rheinberger, H-J. (1997). *Toward a History of Epistemic Things: Synthesizing Proteins in the Test Tube*. Stanford: Stanford University Press.
- Rosario, V. (1999). *L'irrésistible ascension du pervers*. París: EPEL.
- Roudinesco, É. (2009). *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*. Barcelona: Anagrama.
- Strachey, J. (2000). Nota introductoria. En Freud, S. *Obras completas. Vol. VII: Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora) & Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Tin, L-G. (2012). *La invención de la cultura heterosexual*. Buenos Aires: El cuenco del Plata.
- Tranquillini, V. (2009). La polisemia del significante Trieb: pulsión-instinto en la obra de Freud. *II Congreso Internacional de Investigación* llevado a cabo en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
- Ulrichs, K.H. (1865). *Forschungen über das Räthsel der mann männlichen Liebe*. Recuperado en: <http://gutenberg.spiegel.de/buch/-9135/12> 22/09/2018.
- Vásquez, F. & Moreno, A. (1995). La invención de la monosexualidad y expulsión del hermafroditismo en España. *Daimon* 11 (2) 95-112.
- Vásquez, F. & Moreno, A. (1997). *Sexo y razón. Una genealogía de la moral sexual en España (siglos XVI- XX)*. Madrid: Akal.
- Veyne, P. (1982). La homosexualidad en Roma. En Ariès, P. & Béjin, A. *Sexualidades occidentales*. Buenos Aires: Paidós.
- Wölfflin, H. (2007). *Conceptos fundamentales de la historia del arte*. Madrid: Austral.
- Žižek, S. (2015). *Mis chistes, mi filosofía*. Barcelona: Anagrama.